194

ALREVÉS

Leyenda de sangre

LUIS ROSO



En junio de 1922, cuando la Leyenda Negra de la comarca extremeña de Las Hurdes está en el centro de la opinión pública por la próxima visita del rey Alfonso XIII, una niña pequeña es secuestrada y asesinada en un monte hurdano. El estado en que se halla el cuerpo, al que le han extraído vísceras y una gran cantidad de sangre, hace pensar que la motivación del crimen ha sido usar los restos de la niña en un ritual de sanación promovido por alguna bruja o santero.

Ante la pasividad de las autoridades y el descontento de la población local, la investigación recae en un antiguo sargento del Ejército reconvertido en asistente de la Policía, Valerio Lubián, al que todos conocen como Cristo, que viajará desde Madrid a Las Hurdes para averiguar qué está ocurriendo realmente en la comarca y para asegurarse de que la visita del rey puede seguir adelante, aunque muy pronto se verá arrastrado a una carrera contrarreloj para salvar la vida de otras niñas.

Con su afilada y elegante prosa, Luis Roso nos vuelve a deleitar con una historia dentro de la Historia, un retrato con una atmósfera y unos personajes envolventes que nos guiarán por la hipnótica Extremadura del siglo pasado.

Leyenda de sangre



Leyenda de sangre

LUIS ROSO

ALREVÉS
BARCELONA-2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

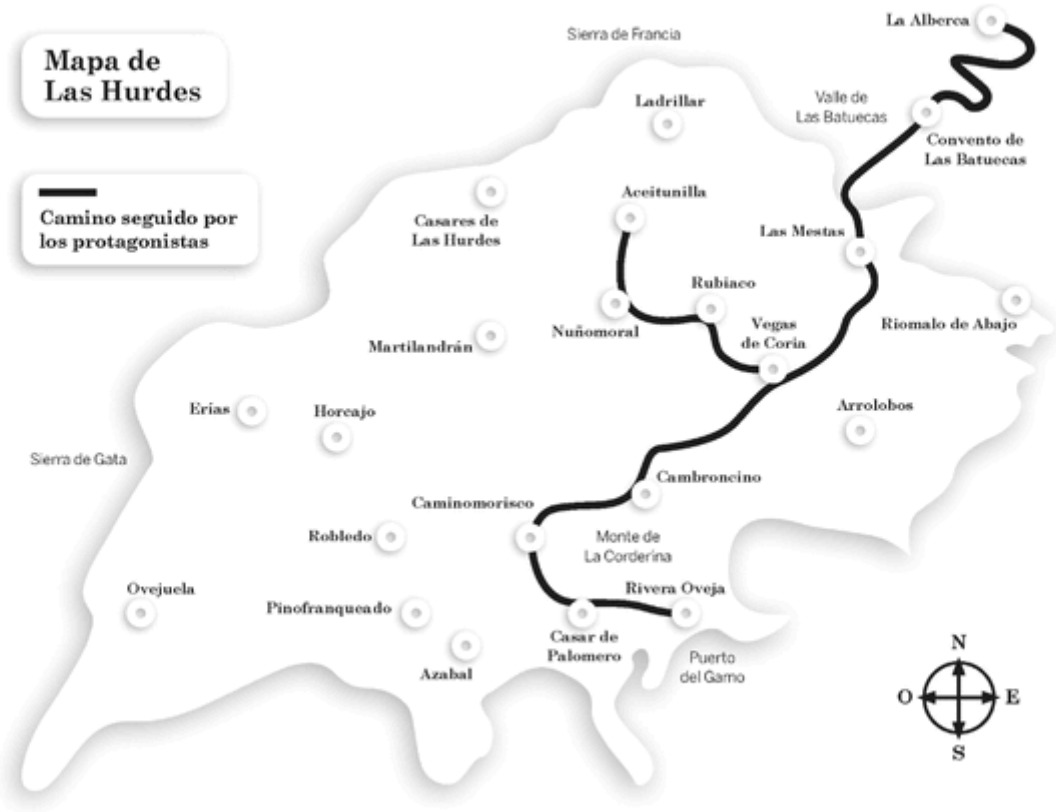
2025, Luis Roso
de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

A mis amigos, porque siempre están dispuestos a acompañarme en mis búsquedas

Y al pueblo jurdano, por tanto sufrimiento injusto

ADVERTENCIA

Aunque algunos hechos, lugares y personajes de este libro son reales, la historia que sigue es ficción, y como tal debe considerarse. El suceso que sirvió de inspiración para la misma aparece descrito en las páginas finales.


Mapa de
Las Hurdes
Camino seguido por
los protagonistas
Sierra de Francia
La Alberca
Ladrillar
Valle de
Las Batuecas
Convento de
Las Batuecas
Casares de
Las Hurdes
Aceitunilla
Las Mestas
Rubiaco
Nuñomoral
Martilandrán
Vegas
de Coria
Riomalo de Abajo
Erias
Horcajo
Arrolobos
Sierra de Gata
Cambroncino
Caminomorisco
Robledo
Monte de
La Corderina
Ovejuela
Rivera Oveja
Pinofranqueado
Casar de
Palomero
Puerto
del Gamo
Azabal
N
O
E
S

Examínese ese país, reconózcanse sus grandes medios de vida y de prosperidad; su natural y asombrosa vegetación; sus innumerables y perennes ríos, manantiales fecundos de riqueza y actividad; obsérvense sus montañas, tan ricas en el reino mineral como las bocas del Potosí, y veremos muy pronto que la miseria y abyección de los hurdanos no es culpa suya, sino de la nación que los deja olvidados o desatendidos.

PASCUAL MADOZ,
Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar, 1850

El «saludador», que ejercía de cirujano y curandero, se excusó de estas muertes diciendo que las aguas de las fuentes estaban envenenadas y que la causante debía ser una vieja, con toda la facha de bruja, que traían las «menderas». […]
Y a la mañana siguiente apareció colgada de una encina la desdichada mujer, con los ojos saltados, las entrañas fuera del vientre y cortados los brazos y las piernas.

Diario La Libertad,
21 de junio de 1922 (fragmento de una crónica del viaje de Alfonso XIII a Las Hurdes)

Las Hurdes o Jurdes tienen de antaño el prestigio de una leyenda, y cuantos van a ellas van, dense o no clara cuenta de ello, o a corroborar y aun exagerar la tal leyenda o a rectificarla.

MIGUEL DE UNAMUNO,
Andanzas y visiones españolas, 1922

El sacamantecas busca al niño. Hay una mirada de gavilán que elige entre los niños que topa. El hombre demacrado que cada vez está más terroso y siente durante el día en la boca el sabor sequerizo de la muerte, sueña ya con ese niño que ha de devolverle hasta la ingenuidad primera.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA,
«El sacamantecas», en La Rioja: Diario Político,
25 de agosto de 1926

—¿Aquí? —dijo—. ¡Joder, si esto es Las Hurdes!
—¿Has estado alguna vez?
—No, joder, ni tú, ni este, ni nadie. Por eso digo que es Las Hurdes. Con Las Hurdes pasa como con *El capital*, que todo el mundo habla de ellos pero nadie los conoce.

MIGUEL DELIBES,
El disputado voto del señor Cayo, 1978

Capítulo uno

—Estamos buscando a Cristo.

El anuncio del guardia ni siquiera generó las burlas que este quizá se había temido. Los pocos parroquianos que levantaron la mirada al escucharlo lo observaron con indiferencia. Allí abajo, en aquel sótano oscuro y cargado de humedad, probablemente nadie iba a dejarse intimidar por un par de uniformes. De hecho, fueron los guardias los que vacilaron unos instantes antes de bajar las escaleras. De poco iban a servirles las amenazas o las porras si iniciaban un altercado en aquel lugar, con aquella gente.

—Buscamos a Cristo —insistió el guardia de más edad, que, sin embargo, y pese al grueso bigote que le ocultaba el labio superior, no pasaría de los treinta años.

—¿Han mirado a ver si lo encuentran allá, en la iglesia?

La burla del tabernero, un sujeto rollizo llamado Pedro Castro, bien conocido por las autoridades de la ciudad y que lucía una repulsiva oquedad morada en el lugar de su ojo derecho, provocó algunas risas desganadas en la concurrencia. La basílica de San Francisco el Grande quedaba a apenas trescientos metros de su taberna.

—Nos han dicho que lo encontraríamos aquí —repuso el guardia, casi en tono de disculpa.

—¿Quién os ha dicho eso?

La voz vino del fondo de la sala, desde una mesa que la débil lámpara del techo apenas alcanzaba a alumbrar. El hombre estaba solo, fumando un pitillo. Los guardias se acercaron hasta él, aunque se detuvieron en seco cuando este se lo ordenó con un gesto de su mano.

—¿Me buscan para llevarme preso? —preguntó.

—No —respondió el guardia, en un susurro.

—Entonces, ¿qué queréis de mí?

—Nos mandan para acompañarlo al Gobierno Civil.

—¿El gobernador les ha mandado a buscarme?

—No. Ha sido el jefe.

—¿Su jefe? ¿Ramón?

—Don Ramón, sí.

—Ramón es un viejo amigo, pero hace algún tiempo que no trato con él. ¿Cómo sabía que yo estaba aquí? ¿Es que me tiene vigilado?

—No sabría decirle.

—Bueno, es normal. Un jefe de policía tiene que saber lo que se cuece en su ciudad. ¿Y les ha dicho Ramón para qué me buscan en el Gobierno Civil a estas horas?

—No. Solo nos ha dicho que vengamos a buscar a un hombre llamado Cristo y lo llevemos para allá.

—Un hombre llamado Cristo… Pero yo no me llamo Cristo, aunque a nadie le importe un rábano.

Cristo apuró el pitillo y arrojó la colilla dentro de la jarra de vino vacía que había en la mesa. Al ponerse en pie, los guardias comprobaron que, tal y como habrían supuesto por su vozarrón, era un tipo alto y corpulento: superaba en más de una cabeza de altura y dos arrobas de peso a cualquiera de los presentes. Tendría alrededor de cincuenta años, pero conservaba el cabello moreno, sin apenas canas, salvo en la barba, esta sí salpicada de mechones blancos, y que no llevaba recortada ni perfilada, sino sencillamente dejada crecer a su aire por espacio de varios días. Vestía un gabán oscuro, de paño quizá demasiado fuerte para la época del año, y bajo este una camisa blanca, desabotonada en la parte superior.

—Venga, vámonos —ordenó Cristo, colocándose su sombrero negro de ala corta e invirtiendo los papeles respecto a los guardias, como si fuera él quien los llevara detenidos.

Los guardias lo precedieron hasta la salida, y lo precedieron también durante los diez minutos de trayecto a pie hasta la plaza de la Villa. Las calles estaban empapadas por la lluvia que había caído de manera constante todo el día, y que solo había amainado hacia el atardecer; a pesar de eso, había bastante animación, como si todo el mundo hubiera estado esperando a que escampara para salir.

En el centro mismo de la plaza de la Villa, ataviado con un

uniforme azul idéntico al de sus subordinados, salvo por la ausencia de correajes, les aguardaba el jefe de la Policía de Madrid, Ramón Fernández-Luna.

—¿Cómo te va la vida, Cristo? —preguntó, tendiéndole una mano.

—No tan bien como a ti, Ramón, eso seguro —respondió Cristo, estrechándosela.

El jefe de la Policía de Madrid rondaría los sesenta años, era más bien bajo y lucía una barba negra y densa que a esas alturas podía considerarse una seña de identidad. Ramón era, con bastante diferencia, el detective más conocido y aclamado del país: había resuelto —mediante la aplicación de técnicas y protocolos de investigación novedosos, muchos de uso común en el extranjero— algunos de los crímenes más complejos y pintorescos ocurridos en España en las últimas décadas.

—Yo te veo bien —dijo Ramón—. Más viejo, pero eso no tiene remedio.

—Sí lo tiene —repuso Cristo—. Solo que el remedio para la vejez es la muerte.

—Entonces tú y yo andamos cerca de curarnos.

—Habla por ti, a mí aún me queda correa para rato.

Ramón despidió a los guardias con un gesto de su mano y conminó a Cristo a seguirlo.

—¿A santo de qué me sacáis de la tasca a media borrachera? —preguntó este.

—Enseguida lo sabrás.

El palacio de Cañete, sede del Gobierno Civil, era un edificio anexo al ayuntamiento y de estilo renacentista, como tantos otros del centro de Madrid. También como tantos otros, tenía una fachada sobria, de ladrillo visto, que apenas llamaba la atención del transeúnte que pasaba por delante. La entrada principal estaba en la calle Mayor, a pocos metros de la plaza de la Villa. El jefe de policía abrió la puerta con una llave que sacó de un bolsillo del uniforme.

El palacio no era mucho más opulento en su interior. En general, y aunque había algunos cuadros, alfombras o estatuillas de diversas épocas y estilos decorando los pasillos y estancias de paso, transmitía una impresión burocrática, de impersonalidad. En ese

aspecto, distaba enormemente de otros edificios históricos del centro, como la vecina Casa de la Villa —la sede del ayuntamiento— o el Congreso de los Diputados, de mayor valor artístico. El motivo de este agravio comparativo quizá fuera que el Gobierno Civil de Madrid era, hasta cierto punto, un organismo de carácter difuso, sin unas funciones claras. En el resto de provincias los gobernadores civiles ostentaban un poder que emanaba del Gobierno de la nación española; eran el brazo con el que ese Gobierno se hacía patente en los rincones más remotos. Pero en Madrid esa función se antojaba incongruente o innecesaria, toda vez que se trataba de la capital del Reino.

—Lo más bonito es el jardín —apuntó Ramón, mientras caminaban a toda prisa; nadie les salió al paso, unas pocas lámparas encendidas les iban marcando el camino—. Pero no creo que tengamos tiempo de verlo.

—¿El jardín donde se aparecen los espíritus? —preguntó Cristo.

—Se aparecen por todas partes, no solo en el jardín —repuso Ramón—. Pero no son espíritus, sino un espíritu. Uno, en singular. El de un cura al que, siendo inocente, condenaron a muerte por asesinar al dueño del palacio.

—Sí, conozco la historia. ¿Tú lo has visto alguna vez?

—Yo no creo en esas pamplinas, y los espíritus solo se aparecen a quienes tienen interés en verlos. Además, ya sería mala suerte que me fuera a dar de bruces con el cura fantasma la primera vez que vengo al Gobierno Civil de noche.

El despacho del gobernador, a donde se dirigían, estaba en la primera planta. Cristo conocía su nombre por los periódicos, pero jamás había visto una fotografía suya. Nada más entrar al despacho —el jefe de policía abrió la puerta tras llamar suavemente, sin esperar respuesta—, Cristo descubrió que, para su sorpresa, el gobernador era unos quince o veinte años más joven que Ramón y que él mismo. No era un chiquillo, ni mucho menos, pero escasamente habría cumplido los cuarenta, una edad más que adelantada para su cargo.

—Señor Cristo, un gusto conocerlo —lo saludó el gobernador, invitándolo con la mano a tomar asiento en una butaca frente a su

escritorio, pero sin levantarse a recibirlo ni tenderle la mano—. Mi nombre es Eloy Bullón.

El gobernador era un hombre grueso, de cabellera abundante y bigote también abundante con las guías vueltas hacia arriba. Sobre la nariz llevaba unos quevedos redondos de alambre, y vestía un traje negro, con corbatín blanco, que le daba cierto aire clerical.

—Don Valerio Lubián, a su servicio —dijo este, sentándose y retirándose el sombrero, que a falta de percha dejó sobre su regazo.

El gobernador miró a Ramón, que se había quedado de pie junto a la puerta, como para pedirle cuentas acerca de la identidad de la persona que tenía delante.

—Valerio es el hombre al que informalmente conocemos como Cristo —explicó el jefe de policía.

—¿Se refiere a un alias, como los miembros del hampa? —preguntó el gobernador.

—No, no. Ni mucho menos, don Eloy. De ser un hampón no lo habría traído a su presencia, claro que no. Cristo es un sobrenombre que le pusieron en el Ejército, hace muchos años.

Ramón miró a Cristo, como para indicarle que interviniera. Pero no tuvo ocasión: el gobernador parecía satisfecho con la explicación, y pasó adelante.

—Bien, tanto da cómo lo llamen a usted, lo que importa es que nos sea de utilidad.

—Procuraré serlo —dijo Cristo—, aunque dependerá de lo que esperen de mí.

—Por lo pronto, esperamos que sepa ser discreto.

—Eso va por descontado. El señor jefe de policía puede dar fe de mi discreción.

—Soy consciente. De no ser por su aval no estaría usted aquí. Es él quien lo ha recomendado.

Cristo se volvió a Ramón para agradecerle la confianza con un gesto de su cabeza.

—Se trata de un asunto sumamente delicado —continuó el gobernador—, y que por esto mismo no debe dejarse en manos de la Policía, ni de la Guardia Civil, ni de la justicia ordinaria, sino en manos de alguien ajeno al aparataje del Estado, ¿me sigue usted,

señor Cristo?

—¿Hay que matar a alguien?

El gobernador dio un respingo en su asiento. Cristo había formulado la pregunta con naturalidad, como si preguntara una dirección en la calle.

—A nadie —respondió el gobernador, haciendo un esfuerzo evidente por mostrarse indignado—. No es eso, por Dios.

—Mejor —repuso Cristo—, porque si hay algo que no me gustaría es matar por orden del Gobierno. Lo haría si me pagaran lo suficiente, qué remedio. Pero es algo que en principio me repugnaría.

El gobernador miró de nuevo al jefe de policía, como si dudara de la cordura de aquel hombre y, por extensión, de quien lo había traído.

—Valerio, a menudo, es un poco brusco —lo excusó Ramón—. Y más cuando ha bebido alguna que otra copilla. Pero llegada la hora de la verdad, es de los que saben comportarse, no es ningún salvaje. Ahí donde lo tiene, es un hombre bastante culto, aunque no le guste aparentarlo. Y me consta que hasta es un buen lector.

—Si usted lo dice, tendré que creerlo —repuso el gobernador.

Cristo estuvo tentado de corregir a su amigo: él no se consideraba culto, ni mucho menos, y hacía mucho que ya no era buen lector. Por descontado, no tenía estudios: ni siquiera había pisado jamás una escuela. De hecho, había aprendido a leer muy tarde, al entrar en el Ejército, como tantos otros jóvenes reclutas. Era cierto que había recuperado parte del tiempo perdido aficionándose primero a leer la prensa y más tarde todo tipo de libros, aunque jamás leyó siguiendo ningún orden ni buscando una formación concreta: tanto le daba una novelita de aventuras como un manual de táctica militar, leía cualquier cosa que cayera en sus manos. Sin embargo, con los años, sobre todo al notar cómo su vista empeoraba en distancias cortas, había abandonado casi completamente la lectura por placer. Leía los periódicos lo justo para mantenerse al día, poco más.

—En fin, no se trata de matar a nadie —insistió el gobernador, dirigiéndose de nuevo a Cristo—. Aunque eso no quita que su empeño vaya a ser peligroso, y que, en determinadas circunstancias,

pudiera usted verse empujado a emplear la violencia, lo que siempre acarrea el riesgo de que se produzca un desenlace fatal.

—Entonces no iba yo tan desencaminado —dijo Cristo, quien a continuación, sin pedir permiso, puesto que la estancia olía fuertemente a tabaco, sacó de uno de los bolsillos de su gabán una pitillera de cuero, y de esta un cigarrillo ya liado. El propio gobernador, en una repentina muestra de cortesía, se reclinó sobre la mesa y se lo encendió con un mechero de gasolina que apareció en su mano como por arte de magia; tal vez lo había tenido ahí todo el rato mientras conversaban. Cristo también usaba mechero en lugar de fósforos, pero el suyo era uno corriente, de los de yesca y pedernal.

—¿Conoce usted Las Hurdes, señor Cristo?

La pregunta lo pilló desprevenido, y Cristo no acertó a contestar hasta pasados unos instantes.

—¿Las Hurdes? —dijo, tras la primera calada—. ¿Las de Extremadura?

—No hay otras, hasta donde yo sé.

—No, no las conozco. Quiero decir, las conozco por lo que se comenta últimamente en los periódicos, lo de que es un agujero de miseria donde las personas viven como animales, pero nada más. Creo que hasta me costaría situarlas en el mapa.

—No se apure. A casi todos les ocurre lo mismo. De Las Hurdes se está hablando bastante en estas fechas, como usted bien dice, pero no todos saben dónde quedan, y son muchos menos los que alguna vez las han visitado. Tampoco son muchos los que se preocupan realmente por lo que allí sucede, salvo por aquello que pueda usarse para atacar al rey y a su Gobierno.

El gobernador abrió un cajón del escritorio y sacó un documento que Cristo intuyó que era una hoja de periódico. Antes de entregársela, el gobernador añadió:

—Yo sí conozco Las Hurdes, y además muy bien, de ahí que haya sido el escogido para informarle a usted de la cuestión que nos ocupa. Desde hace varias legislaturas soy diputado en el Congreso por el distrito de Sequeros, en la sierra de Francia, limítrofe con Las Hurdes, y fui además uno de los ideólogos y participantes, hace ya

catorce años, del primer Congreso Nacional de Hurdanófilos, que se celebró en Plasencia en 1908. Por tanto sé mejor que nadie, por mi propia experiencia, que no todo lo que se cuenta de aquel lugar es cierto. Aunque también sé que una parte sí lo es. La comarca no está habitada por bárbaros, pero las condiciones de pobreza en que viven algunos hurdanos de los enclaves más remotos suponen un auténtico baldón para el buen nombre de nuestro país.

El gobernador desplegó sobre la mesa el documento, que efectivamente era una página de prensa de aquel mismo día, domingo 11 de junio de 1922. La giró para que Cristo pudiera leer el titular. Este tampoco habría podido leer más aunque hubiera querido sin antes acercarse la hoja a la cara o doblarse sobre la mesa. El titular decía: «Próxima visita del rey a Las Hurdes».

—La noticia se está dando a conocer en estos días —continuó el gobernador—, aunque todavía no se han hecho públicos los detalles del viaje. Desde que el pasado día 1 de junio se abordara en el Congreso la calamitosa situación de Las Hurdes, a cuenta de un viaje del doctor Gregorio Marañón a la comarca en el mes de marzo, era evidente que el rey no tendría otra opción que viajar allí para acallar las críticas que ya comenzaban a arreciar entre los republicanos y otros sectores políticos. Alfonso XIII posiblemente conseguirá con su viaje cambiar el sentir popular al respecto: ya se habla en los periódicos de las inversiones y obras públicas que se acometerán en años venideros. Las Hurdes, que ahora mismo están en el centro del debate público, y que amenazaban con convertirse en otro problema más para la estabilidad de la nación, serán un tema que se zanjará para siempre en cuanto se publiquen los artículos e instantáneas de la visita real. Supondrá un vuelco en positivo para la imagen del rey y la de todo el Gobierno.

—Una maniobra de propaganda muy bien pensada, a lo que parece —apuntó Cristo.

El gobernador, aunque por la mueca que hizo era obvio que no aprobaba aquel comentario, no replicó nada y siguió adelante con su exposición.

—Sin embargo —dijo—, ha surgido un problema que podría dar al traste con el proyecto del viaje, obligando a retrasarlo o incluso a

suspenderlo. Y es ahí donde nos gustaría contar con usted, señor Cristo. La misión que voy a encomendarle, o que va a encomendarle la nación española en su conjunto a través de mí, mejor dicho, es estrictamente confidencial, y de su éxito dependerá que el viaje del rey a Las Hurdes se lleve o no finalmente a cabo.

—Soy todo oídos.

El gobernador, sobrepasando quizá ciertos límites de histrionismo, se puso en pie y rodeó el escritorio hasta situarse junto a Cristo. Inclinándose sobre él, casi en susurro, como si en lugar de una tarea en favor del rey y del Gobierno le fuera a revelar una conspiración en su contra, dijo:

—Hace cuatro días fue asesinada una niña en una aldea de Las Hurdes. El asesinato se produjo de una manera absolutamente atroz, inhumana. Tanto, que me resisto a ser yo quien le refiera los pormenores de viva voz. Enseguida le haré entrega de unos documentos donde consta el estado en que se encontró el cuerpo, así como el resto de detalles que se conocen en torno al suceso.

Como leyendo el gesto en el rostro de Cristo, el gobernador añadió, en el mismo tono de confidencia:

—Ya sé lo que está pensando, señor Cristo: ¿cómo puede ser que una noticia así, la del asesinato de una niña en Las Hurdes pocos días antes de la visita del rey, no haya llegado a la prensa? La respuesta es sencilla: por atención al bien común, el juzgado de instrucción y la Guardia Civil de aquel distrito decidieron comunicar que la niña había sido víctima de un ataque de lobos. Por la inminencia del viaje real, y por las propias circunstancias del crimen, no convenía informar de otra cosa. Una niña devorada por lobos es un suceso trágico, pero asumible dentro del orden natural de esa comarca: la prueba es que los periódicos no mostraron ningún interés en la historia una vez difundida esa versión de los hechos. Sin embargo, entre los vecinos ha corrido de boca en boca otra versión distinta. Una más ajustada a la verdad. Y esto ha provocado que cunda la indignación. Al no querer dar publicidad a lo ocurrido, se ha producido un efecto adverso, que quizá sea incluso peor que lo que se pretendía evitar. Ese efecto es que el clima en la comarca se ha vuelto irrespirable. Pero ya no hay vuelta atrás. Ya no hay

posibilidad de que el juzgado y la Guardia Civil se retracten y reconozcan que la niña fue víctima de un crimen, y Las Hurdes son ahora mismo un polvorín. Si no conseguimos que los ánimos se apacigüen, el monarca deberá replantearse su viaje, con todas las consecuencias que ello podría tener en la opinión pública, que serían muchas y muy profundas.

—¿Y cómo han pensado que podrían apaciguarse los ánimos? —preguntó Cristo.

El gobernador se incorporó y se alejó de él unos pasos, hasta colocarse junto a la ventana. Esta era grande, con vistas a la calle Mayor.

—Lo primero, claro está, investigando y descubriendo quién fue el autor del crimen. Por motivos obvios, no es posible que la investigación se lleve a cabo por vías ordinarias. De ahí que recurramos a usted.

—¿Y qué esperan que haga si descubro quién mató a esa niña? Porque, no siendo yo policía, no habría modo de arrestar ni procesar a nadie.

—Deberá usted asegurarse de que no cometa más tropelías. Eso es lo único importante.

—¿Mediante qué procedimiento?

—Lo dejo a su criterio.

—Mi criterio es que cuantos menos asesinos de niñas pululen por el mundo, mejor.

El gobernador se volvió hacia Cristo exhibiendo una media sonrisa bajo su bigote de cornamenta.

—Bien —dijo el gobernador—, lo segundo que habría que hacer es asegurarse un cierto control sobre los elementos disruptivos de la comarca. De esto ya se está encargando la Guardia Civil, por supuesto. Pero sus medios llegan hasta donde llegan, y cuando el ambiente está demasiado tenso, como ahora, su intervención siempre debe considerarse solo como un último recurso.

—No quieren agitar aún más el avispero…

—El gobernador civil de aquella provincia es lo que más teme en estos momentos: que se produzca algún enfrentamiento entre agentes y vecinos que resulte en alguna muerte, lo que obligaría a

desplegar más efectivos en la comarca para reprimir las revueltas que pudieran seguir. Por desgracia, es el signo de los tiempos. Lo último que hace falta es que Las Hurdes se conviertan en otro foco de insurgencia como lo es Barcelona, por ejemplo.

Cristo sonrió. Le resultaba absurdo suponer que una comarca al parecer remota y sin industria como Las Hurdes pudiera inflamarse hasta el punto que su situación fuera equiparable a la de Barcelona, donde el conflicto entre patronos y obreros, con la intermediación de las fuerzas del orden, se había caldeado hasta el punto de que los tumultos y asesinatos eran una realidad cotidiana. Pero el gobernador no parecía hablar de broma, en absoluto.

—A ver si me he enterado bien —dijo Cristo—, lo que pretenden es que yo viaje hasta Las Hurdes e intente resolver solapadamente el asesinato de una niña, nada menos, y que además, ya que estoy allí, evite que se produzcan altercados por esta cuestión. Y todo eso en apenas unos días, antes de que el rey asome la nariz por la comarca.

—¿No se ve capaz de hacerlo?

—No sé cómo podría. Pero si me pagan lo suficiente, haré todo lo que esté en mi mano. Es lo único que puedo prometerle.

—El dinero no será un inconveniente. Se le pagará la mitad ahora y la mitad cuando termine el trabajo. Siempre que lo resuelva como es debido.

—Mi precio son veinte mil pesetas.

Cristo había propuesto una cantidad que, en principio, le pareció inasumible, pero solo porque imaginaba que el gobernador procuraría negociarla y rebajarla. No ocurrió así.

—Trato hecho, señor Valerio. Saldrá usted mañana mismo para Las Hurdes. Pondré a su disposición un coche de alquiler: es el medio más rápido para llegar a la comarca. Aunque debo advertirle que no le servirá para moverse por allí, por el mal estado de los caminos. Dígame, ¿sabe usted conducir, señor Cristo?

—Sé conducir, sí. Aunque hace mucho que no practico. Y no dispongo de permiso.

—El permiso se lo puedo entregar también mañana, junto con el coche. Y junto con un plano de Las Hurdes. Le hará falta, porque

aquella comarca es un laberinto. Y durante la mañana, en cuanto salga usted para allá, daré aviso de su viaje a las autoridades locales, para que estén prevenidas y le ayuden en lo que necesite. Aunque naturalmente deberá usted mantenerse al margen de ellas, en la medida de lo posible. No será fácil que un forastero como usted pase desapercibido en Las Hurdes, pero lo mejor es que no lo tomen por un policía.

—Desapercibido no he pasado jamás en ninguna parte, por mi estatura. Pero tampoco me han tomado nunca por un policía. No creo que eso vaya a pasar.

Capítulo dos

—Aún no sé si debo darte las gracias o romper para siempre nuestra amistad.

Cristo y el jefe de policía caminaban de vuelta a la calle tras la reunión con el gobernador Eloy Bullón. Cristo llevaba bajo el brazo una carpeta de cartón que contenía un puñado de papeles con información relativa a la muerte de la niña. No eran informes oficiales —dado que los oficiales hablaban del supuesto ataque de lobos—, sino documentos confidenciales redactados a toda prisa en las últimas horas a partir de telegramas y llamadas de teléfono, dirigidos a quien fuera a ponerse al frente de aquella investigación paralela.

—Llevas diez mil pesetas en el bolsillo ahora mismo —repuso Ramón—. Es más de lo que ganarías con el resto de tus ocupaciones durante un año entero. Si eso no es para que me lo agradezcas… Además, si el asunto te daba mala espina podías haberte negado. Ya eres mayorcito para saber lo que te haces.

—No me he negado justamente porque ya voy teniendo una edad, y necesito el dinero para retirarme.

—Si te hubieras quedado en el Ejército, ya estarías retirado. Además con honores y con tu pensión correspondiente. O podías haberte metido en la Policía, como yo. A estas alturas lo mismo serías comisario. El comisario Cristo.

—Una de las pocas cosas de las que no me arrepiento en esta vida es de haber dejado el Ejército, y también de haber rechazado entrar en la Policía.

—Pues ya ves para qué te ha servido: igualmente trabajas para nosotros.

—A veces trabajo para vosotros, pero no soy uno de los vuestros. Hay una diferencia.

El jefe de policía le dio una palmada en la espalda cuando se despidieron en la puerta del palacio.

—No sé qué te encontrarás allá en Las Hurdes —dijo Ramón—, pero te deseo suerte. Supongo que la necesitarás. Nos veremos a tu vuelta.

—Será si vuelvo.

—No seas cenizo.

Sin que el propio Cristo fuera consciente, sus piernas echaron a andar hacia la plaza de Nicolás Salmerón, donde casi cada noche terminaba su deambular etílico al salir de la taberna de Pedro Castro. Aquella noche no había bebido apenas: los guardias lo habían ido a buscar temprano, sobre las diez y media, antes de que llegara a emborracharse. Todavía tendría tiempo de pasarse de nuevo por la taberna. Faltaba un rato para la medianoche, las calles de Madrid aún estaban limpias de la chusma nocturna y los fantasmas que las ocupaban aproximadamente a partir de esa hora, cuando comenzaban a cerrar los restaurantes y los teatros y la gente decente se retiraba a sus hogares. Pero Cristo se dijo que lo mejor era no beber más para así estar despejado a la mañana siguiente.

La plaza de Nicolás Salmerón estaba muy cerca de su pensión, y era un buen sitio para sentarse en un banco a pensar y tomar el fresco en noches serenas como aquella. Pero Cristo no acudía allí para eso: lo hacía para pagar el merecido tributo al monumento levantado en su centro, la estatua al soldado Eloy Gonzalo. Una vez ante ella, se persignó maquinalmente mientras dedicaba un instante a recordar a sus camaradas caídos en combate.

Cristo no había estado presente cuando inauguraron la estatua, en 1902: pasó todo aquel año en Marruecos, donde fue destinado tras la humillación española en Cuba. Por descontado, el soldado Eloy Gonzalo —a quien Cristo había conocido personalmente, aunque apenas se habían tratado— tampoco había asistido a esa inauguración: este ni siquiera había vivido bastante para ser testigo de la derrota de los españoles en la isla. En 1896, menos de un año después de su hazaña en el Sitio de Cascorro, en el que se jugó la vida colándose entre las líneas de los sitiadores para prender fuego a una de sus posiciones, permitiendo así que los soldados españoles

resistieran hasta la llegada de refuerzos, Eloy Gonzalo murió por una enfermedad intestinal en un hospital militar cubano.

La gesta y la muerte de Eloy Gonzalo, y la posterior derrota de los españoles en Cuba, habían propiciado que en 1902 el Ayuntamiento de Madrid y el Gobierno de España decidieran bautizar aquella plaza en honor al Sitio de Cascorro, y erigir una estatua a la memoria del soldado que tanta valentía demostró durante el mismo. Un homenaje que, supuestamente, debía servir también para honrar a todos los soldados que tomaron parte en aquella guerra.

Sin embargo, en 1913 la plaza había sido renombrada con el nombre del presidente Nicolás Salmerón, un gesto que Cristo —como tantos otros militares— había considerado una afrenta. La estatua —que además le parecía bastante digna, por no tratarse de ninguna imagen alegórica, sino de la del propio Eloy Gonzalo portando una antorcha y una lata de aceite— continuaba allí, en su pedestal, pero la plaza ya no llevaba el nombre de ninguna batalla, sino el de un político.

Había sido por entonces, hacía nueve años, cuando Cristo había adquirido la costumbre de visitar asiduamente la plaza para saludar a la estatua. Era su pequeño acto de reparación ante el olvido al que parecía pretender relegarse, no ya la memoria de Eloy Gonzalo, sino la memoria de aquella guerra en su conjunto y la de los jóvenes empujados a combatir y morir en ella.

Tras el saludo, Cristo caminó derecho a su pensión, distante de allí unos doscientos metros. Como huésped de larga duración —llevaba una década alojado en la casa—, su anfitriona le había entregado una llave y le permitía entrar y salir a su aire, incluso en horario intempestivo, un privilegio vedado a los demás pensionistas, todos ellos varones y todos ellos tipos solitarios, como el propio Cristo.

Sentado a la mesa de su cuartucho, pulcro y vacío de trastos —Cristo se preciaba de haber aprendido a vivir con lo imprescindible—, abrió por fin la carpeta que minutos antes le había entregado el gobernador civil.

La niña asesinada se llamaba Augusta Muñoz Vicente, y tenía solo once años. Entre los documentos no había ninguna fotografía de ella, ni tampoco una descripción física, sino únicamente una

narración extensa de cómo se había producido su desaparición y el hallazgo de su cuerpo, así como las conclusiones de la autopsia practicada por un doctor de la zona; las conclusiones reales, no las que se habrían incluido más adelante en el sumario del caso, correspondientes al ficticio ataque de lobos.

Cristo inició la lectura precisamente por el final, o sea, por el resultado de la autopsia: tenía curiosidad por conocer el estado en que encontraron el cuerpo. Aunque esa curiosidad enseguida se tornó en asco, pese al tono aséptico con que estaba redactado el texto. La niña había muerto con toda probabilidad desangrada: el cuerpo presentaba dos incisiones profundas, una a cada lado del cuello, que según el doctor eran muy similares a las que se efectuaban en el ganado con ese mismo fin, el de sacrificar a la res, a menudo con la intención de preservar la sangre para darle algún uso. A continuación, empleando algún tipo de herramienta cortante —un cuchillo o navaja corrientes, en ningún caso un bisturí u otro instrumental de precisión—, se había retirado del torso una tira de piel con forma de cruz latina de unos ochenta centímetros de largo por cincuenta de ancho y unos dos de grosor, coincidiendo los extremos de la cruz, respectivamente, con el inicio del cuello, con el pubis, y con los dos hombros de la niña. A través de la abertura en forma de cruz, quebrando y apartando el esternón y las costillas, le habían extraído los pulmones y el corazón, así como algunos pedazos de intestino y otras vísceras. El vaciado de la cavidad torácica se había realizado de manera muy violenta y rudimentaria, posiblemente sin la ayuda de ninguna herramienta: un individuo había introducido un brazo en el pecho de la niña y había arrancado sin más los órganos de su interior.

Esos órganos, junto con la sangre que manara de los cortes en el cuello, no se habían hallado junto al cuerpo: cabía suponer que el asesino se había llevado todo consigo. Un indicio de esto último —según se explicaba en otro de los documentos que Cristo leyó poco después— era que muy cerca del cuerpo se había encontrado un recipiente grande, de cerámica, con restos de sangre. El recipiente se habría usado para recoger la sangre de la niña, y luego esa sangre se habría traspasado a otro recipiente distinto, quizá uno más

discreto y sencillo de cerrar y transportar, como una garrafa o botella.

El crimen había tenido lugar el jueves 8 de junio alrededor de las once de la mañana, en un monte conocido como la Corderina, cercano a la aldea de Cambroncino, donde se ubicaba la casa familiar de la niña. Augusta Muñoz y otros dos menores, de aproximadamente la misma edad que ella y vecinos también de la dicha localidad, habían quedado al cuidado de unas cabras propiedad del padre de la niña, mientras que este se ocupaba de sus quehaceres diarios en una finca a varios centenares de metros de distancia. En cierto momento, un sujeto de complexión fuerte, vestido con ropa humilde, campesina, que caminaba descalzo y que cubría su rostro con el ala de su sombrero chambergo y un pañuelo oscuro —motivo por el que los niños no pudieron reconocerlo, si es que acaso se trataba de alguien que habitara en los alrededores—, se acercó hasta ellos sin que supieran exactamente por dónde había venido y les pidió ayuda para mover de sitio unos panales de abejas supuestamente situados en la cima del monte en el que se encontraban.

Los dos niños rehusaron ayudarlo, pese a que el sujeto les ofreció a cada uno un mendrugo de pan blanco como recompensa: no podían separarse del rebaño de cabras que estaban custodiando sin ganarse un rapapolvo del padre de Augusta. Esta, en cambio, y pese a las advertencias de sus dos amigos —acalladas convenientemente por los ruegos y promesas del desconocido—, aceptó acompañar al hombre, subestimando el riesgo que corría posiblemente por lo tentador de la oferta —el plan blanco era al parecer escaso en Las Hurdes, y por eso mismo muy codiciado—, y sobre todo por hallarse a plena luz del día y en un paraje que era de paso habitual para los vecinos de las poblaciones próximas.

Al cabo de un rato, los niños comenzaron a inquietarse por la tardanza de Augusta en regresar, y ellos mismos acudieron a buscarla, aun exponiéndose así a la posterior reprimenda por desatender a las cabras. Al no dar con ella ni con los supuestos panales que el hombre había pedido ayuda para mover, y alarmados por lo que pudiera haber sucedido, corrieron hasta la finca donde se

hallaba el padre de Augusta, y después de que este inspeccionara también el lugar todos se desplazaron a Cambroncino para comprobar si la niña había vuelto a casa por su cuenta sin avisar a nadie.

Pero Augusta, claro, no estaba en casa, por lo que de inmediato se organizó una partida de búsqueda compuesta por vecinos y parientes de la niña, a la vez que alguien se trasladaba a dar aviso de la desaparición al juzgado de paz de Calabazas, población a la que administrativamente se adscribía Cambroncino.

El cuerpo sería hallado unas horas después, sobre las dos de la tarde, cuando ya se habían unido a la búsqueda varias docenas más de personas, así como el propio juez de paz de Calabazas. No estaba lejos de la cima del monte, ni del lugar donde la habían buscado antes tanto los niños como su padre, pero la arboleda y la vegetación les había impedido verlo, y eso pese a que había sido colocado sobre una especie de mesa o altar de roca natural, al borde mismo de un precipicio, y que por tanto era evidente que no se había hecho ningún esfuerzo por mantenerlo oculto.

En cuanto se constató la naturaleza criminal del suceso, desde el juzgado de paz de Calabazas se envió un mensajero a caballo hasta el juzgado de instrucción de Coria, localidad a más de cincuenta kilómetros de distancia pero a cuyo partido judicial pertenecían Las Hurdes al completo, así como otro al único cuartel de la Guardia Civil de la comarca, ubicado en Casar de Palomero.

Durante las horas transcurridas hasta que el juez de instrucción hizo su aparición en Las Hurdes, el oficial al mando del cuartel, y por tanto de las diligencias del crimen, decidió —aun sin el visto bueno del juez, aunque este luego aprobó la medida— que se transportara el cuerpo de la niña hasta unas dependencias municipales en Calabazas, ya que no consideró conveniente que permaneciera tanto tiempo a la intemperie. Allí fue donde, esa misma noche, se le practicó la autopsia.

También durante esa primera jornada —es decir, con anterioridad a que se acordara difundir la versión del ataque de los lobos, lo que se haría a la jornada siguiente—, la Guardia Civil recogió varias docenas de testimonios e inspeccionó un buen número de caminos y

fincas cercanas al monte de la Corderina en busca de algún indicio que pudiera llevar a la identificación del autor del crimen. Sin embargo, más allá de los dos menores que acompañaban a Augusta esa mañana, no se halló ningún testigo que hubiera visto a un extraño merodear por aquel monte, ni tampoco ningún testigo que hubiera visto a algún vecino de la zona comportándose de manera inusual, o mucho menos a uno con las ropas manchadas de sangre, o portando un saco o recipiente sospechoso donde pudiera acarrear los órganos y la sangre de la niña. Por descontado, no se sospechaba que ningún pariente de la niña hubiera sido el culpable: todos y cada uno de ellos habían sido interrogados y descartados inmediatamente, por uno u otro motivo.

Cristo terminó de leer los documentos, cerró la carpeta y alargó la mano para agarrar la botella de orujo que había en un estante de la pared y que reservaba precisamente para noches como aquella, en las que hubiera regresado a la pensión sin haber bebido lo suficiente por ahí fuera y tuviera la certeza de que no podría conciliar el sueño por las buenas.

Capítulo tres

A las siete en punto, en la misma puerta del Gobierno Civil, Cristo se puso a los mandos de un Overland de color rojo con capota retráctil, cuatro plazas y, según el funcionario que se lo entregó —aunque se trataba de un vehículo de alquiler—, treinta caballos de potencia, lo que al parecer era mucho. Minutos antes de su marcha, en la misma calle, el gobernador Eloy Bullón compartió con él las últimas instrucciones para su misión, además de hacerle entrega de un permiso de conducción expedido con fecha de aquel mismo día, lunes 12 de junio de 1922.

El primer tramo del trayecto fue también el más agradable: las carreteras de salida de Madrid, por su proximidad con la capital, estaban asfaltadas y conservadas en buen estado, por lo que Cristo pudo acelerar a todo lo que daba el Overland, superando en algunos tramos los setenta kilómetros por hora. Sin embargo, a partir de las ocho aproximadamente, el panorama fue muy distinto. Más allá de Maqueda, la carretera alternaba tramos de asfalto con otros adoquinados o de macadán, lo que sumado al volumen de tráfico en ambos sentidos —tanto de carros de animales como de automóviles; cuanto más se alejaba de Madrid menor era el número de estos últimos—, lo obligó a aminorar la marcha, a veces hasta el punto de circular a la misma velocidad que si fuese a pie.

Al mediodía hizo una parada para repostar en Talavera de la Reina, y poco después, casi seis horas después de iniciar el viaje, un letrero junto a la calzada le indicó que por fin entraba en la provincia de Cáceres, y por tanto en la región de Extremadura. Para entonces estaba totalmente exhausto y con la espalda molida por el traqueteo del asiento. Se detuvo de nuevo en una estación de servicio a las afueras de Plasencia, una ciudad que, aun desde la distancia, le pareció bastante hermosa. Allí comió algo y descansó antes de

emprender la última parte del trayecto.

El mapa general de carreteras del Overland dejó de ser de utilidad en cuanto se alejó de Plasencia, ya que este solo recogía las principales vías y municipios, no así los caminos secundarios o las pequeñas aldeas. En aquel territorio, Cristo únicamente podía servirse del plano de Las Hurdes que le había entregado esa mañana el gobernador Eloy Bullón, que era bastante más completo y abarcaba también las comarcas colindantes y la mayoría de los accidentes del terreno, aunque por contra no tenía una escala bien ajustada.

Los pueblos que atravesó le recordaron a los villorrios típicamente manchegos, por sus casas encaladas y de una sola planta, aunque se diferenciaban de estos no solo por el paisaje que los rodeaba —la inabarcable dehesa de encinas y alcornoques—, sino también porque las fachadas blancas se alternaban con otras de piedra propias de zonas de montaña, que parecía delatar la proximidad de la meseta y de Castilla. Las calles estaban llenas de animación, como correspondía a la época del año, lo que le permitió detenerse a preguntar a los lugareños —muchos de los cuales observaban el vehículo como si se tratara de una aparición— si iba en la dirección correcta hacia Las Hurdes: constantemente se encontraba con que algún desvío mal tomado lo conducía por caminos que morían sin más en medio del campo o en las orillas de algún arroyo, o lo internaba por senderos intransitables para un automóvil. Pensó que quizá habría sido más práctico abandonar el Overland en Plasencia y completar aquel último trecho a caballo, pero a esas alturas ya no había remedio.

No faltaba mucho para el anochecer cuando por fin atisbó, desde lo alto de un promontorio, los primeros caseríos de Las Hurdes. Para entonces, el paisaje hacía rato que había cambiado: la dehesa había dejado paso a un terreno escarpado, de monte bajo y bosque de robles y castaños por los que el camino culebreaba asomándose de cuando en cuando a algún desfiladero. Aunque las verdaderas montañas se intuían al fondo, en lo profundo de la comarca, marcando el límite con la provincia vecina de Salamanca.

Apenas unos minutos después, Cristo se adentraba en Casar de

Palomero, el pueblo situado más al sur de Las Hurdes, si bien —según le había comentado de pasada el gobernador horas atrás, al informarle que era justamente allí donde debía dirigirse para iniciar su investigación— no estaba del todo clara su pertenencia a la comarca: al parecer, algunos vecinos de Casar de Palomero preferían no ser considerados hurdanos debido a que el suyo era un municipio relativamente próspero, cuya situación no tenía nada que ver con la de miseria y abandono en que vivían otras aldeas un poco más al norte.

A Cristo, ni qué decir tiene, tanto le daba que aquello fueran Las Hurdes o solo su antesala; los debates administrativos le traían sin cuidado. Lo único que le interesaba era que, a decir del gobernador, aquel era el único pueblo de las cercanías en el que podría hallar una fonda decente donde hospedarse, además de que era allí donde se situaba el cuartel de la Guardia Civil y donde tenía su consulta el doctor que había practicado la autopsia a la niña Augusta Muñoz. También, si Cristo cumplía su cometido y no había ningún cambio de planes, el propio monarca comenzaría su viaje a Las Hurdes la semana próxima alojándose en Casar de Palomero.

Cristo tuvo la prudencia de aparcar el Overland fuera del casco urbano, imaginando —acertadamente— que no habría modo de maniobrar con él por unas callejuelas que adivinaba estrechas y retorcidas. Bastante había arriesgado ya conduciéndolo hasta aquel punto, y albergaba incluso la sospecha de que el suyo probablemente fuera el primer vehículo de motor que hubiera llegado jamás a Casar de Palomero.

Como para confirmar su sospecha, nada más apearse varios niños atraídos por el ruido del automóvil salieron a recibirlo y lo rodearon y jalearon como si se tratara del mismísimo Alfonso XIII. Eran todos muy pequeños, no más de cinco o seis años, y aunque vestían prendas modestas y llevaban los pies descalzos y el pelo al rape, a Cristo no le parecieron desamparados o, mucho menos, enfermos o desnutridos, como pintaban en algunos periódicos a los niños hurdanos. Pensó que en los arrabales de Madrid, que él tan bien conocía, podían encontrarse muchos en peores condiciones.

Cristo intentó espantar a los críos lanzando algunos gritos y

manotazos al aire, pero estos lo acompañaron hasta el centro mismo del pueblo, anunciando su llegada con gritos y piruetas en el aire, como si efectivamente fueran su séquito. Cristo alcanzó la que debía de ser la plaza Mayor caminando algo encorvado por el dolor de espalda y acarreando su maleta bajo un brazo. La plaza estaba confinada por balcones y soportales de piedra, y para su sorpresa descubrió que en ella había un par de tabernas y otros establecimientos: un estanco, un colmado y hasta una barbería. No menos le sorprendió que hubiera alumbrado público y eléctrico, aunque las farolas estuvieran todavía apagadas: según el reloj en la fachada del ayuntamiento, solo pasaban unos minutos de las nueve, debían de encenderse más tarde, cuando la noche cayera del todo.

El escándalo formado por los niños hizo que su llegada llamara la atención mucho más de lo que Cristo hubiera deseado, y a las miradas de los ancianos sentados en los poyos de piedra bajo los soportales se unieron enseguida otras de vecinos que se asomaban a las puertas y ventanas de sus viviendas a observarlo sin ningún sigilo. Cristo vestía un traje de color marrón que, sin ser en exceso elegante, era bastante formal como para que de primeras nadie pudiera tomarlo por un maleante o un buscavidas; lo que no sabía era por qué debieron de tomarlo aquellas gentes que entonces lo miraban.

—¿Me harían el favor de decirme dónde podría hospedarme?

Se había acercado hasta un corrillo de ancianas junto a la pequeña fuente cuadrada y de un solo chorro que ocupaba el centro de la plaza, y había procurado sonar tan cortés como pudo. Todas las ancianas vestían de negro, y a sus pies tenían unos cántaros de cerámica, la mayoría a medio llenar.

—Está la posada del tío Ramiro —le respondió una de ellas, quizá la más joven del grupo, aunque no bajaría de los setenta años—. Ande usted a buscarlo allí delante, en el casino.

Cristo sonrió sin responder: no había entendido nada. La anciana le había hablado con un acento muy cerrado, que posiblemente fuera propio de la zona. La última frase había sonado algo parecido a: «*Andi usté a buscarli allí alanti, en il casinu*».

Dándose cuenta de que Cristo no la entendía, la mujer señaló con

la cabeza una taberna que quedaba en un extremo de la plaza. Cristo le dio las gracias llevándose la mano al sombrero.

Aunque distaba mucho de ser ningún cabaré o café cantante de los que estaban de moda en Madrid, el casino le pareció a Cristo un local bastante acogedor, mucho más que otros que él mismo frecuentaba —comenzando, claro está, por el tugurio de Pedro Castro—. Las paredes habían sido pintadas hacía poco, y las mesas y sillas aparentaban ser nuevas o recientemente restauradas, tal vez como precaución por si acaso a Su Majestad se le ocurría poner un pie allí dentro durante su estancia en el pueblo. De día debía de ser especialmente luminoso gracias a las dos grandes ventanas que daban a la plaza, aunque todavía a esa hora —la última de la tarde o primera de la noche—, iluminado como estaba por un par de bombillas desnudas, ancladas directamente al techo por el cable que las alimentaba, el espacio resultaba agradable.

En su interior había cerca de una docena de hombres, de los cuales muchos vestían atuendos campesinos —blusas, calzones, pellizas, chambergos, alpargatas, albarcas—, aunque unos pocos lucían trajes completos y de buen paño, y hasta alguno que otro calzaba zapatos de piel, nuevos y lustrosos. Nadie le salió al paso, y solo algunos lo saludaron tímidamente al dirigirse derecho a la barra. Cristo pudo sentir que todos los ojos estaban vueltos hacia él. Unos lo escudriñaban disimuladamente, de reojo, pero otros lo hacían directamente, con descaro, sobrepasando por mucho los límites de la grosería. En otras circunstancias, pensó Cristo, se habría encarado con varios por ese motivo. Pero no se olvidaba que, a pesar del poco éxito que estaba teniendo, había recibido la orden de pasar desapercibido.

Tras la barra estaba la única mujer del establecimiento. Rondaría los cincuenta años, era muy baja, tenía el cabello blanco y lo llevaba recogido en un moño con alfileres, e iba cubierta desde los hombros a las rodillas con un mandil blanco. Junto a ella había un hombre de aproximadamente la misma edad, también bajo y también canoso, que vestía una camisa azul repleta de lamparones.

—¿Qué se le ofrece al caballero? —preguntó el tabernero, antes incluso de que Cristo alcanzara la barra. Esta era de madera y relucía

por el barniz que le habrían aplicado poco tiempo atrás. Puede que aquella misma mañana, a juzgar por el olor.

—Buscaba un sitio para dormir esta noche —respondió Cristo, que seguramente por haber preparado el oído para el acento en que supuso que iban a hablarle, esta vez sí que logró enterarse a la primera. Aquel hombre había pronunciado algo semejante a: «*¿Qué si li ofreci al caballeru?*»—. Unas señoras ahí fuera me han dicho que debía dirigirme al tío Ramiro.

—¡Tío Ramiro! ¡Venga usted para acá!

El tío Ramiro, que estaba sentado con otros hombres en torno a una de las mesas cercanas, se levantó y se acercó hasta ellos. Era tan alto como Cristo, pero mucho más obeso, estaba completamente calvo y sus ojos parecían flotar sobre dos bolsas grises semejantes a almohadones. Vestía un traje gris que apenas abarcaba los volúmenes excesivos de su cuerpo, y que relevaba a las claras su condición de potentado local. Quienes compartían mesa con él vestían de manera parecida. Sin duda se trataba de las fuerzas vivas de aquel lugar, o de una parte de ellas.

—A las buenas noches —los saludó el tío Ramiro—. Díganme, ¿para qué me necesitan?

El tío Ramiro hablaba con un acento idéntico al del resto, aunque Cristo percibió que trataba de disimularlo tanto como le era posible, lo que no era mucho.

—El señor busca habitación para esta noche —respondió el tabernero, adelantándose a Cristo.

—Para varias noches —lo corrigió este—. Mi nombre es Valerio Lubián.

Cristo le tendió la mano al tío Ramiro, quien se la estrechó sacudiéndola con fuerza de arriba abajo, como si acabaran de cerrar algún acuerdo importante.

—Tanto gusto —dijo el tío Ramiro—. Pues verá usted, don Valerio: ahora mismo tengo libres casi todas las habitaciones de la fonda, pero le tengo que advertir que no se podrá quedar más allá de esta semana. Después, la casa entera está reservada para la visita del rey.

—¿Se quedará el rey en su fonda? —preguntó Cristo—. Menudo

honor para usted.

—No, no —repuso el tío Ramiro—. El rey se alojará en la casa de un buen amigo mío, el señor Acacio Terrón. Pero, por lo que parece, vendrá acompañado de toda su escolta, y traerá un enjambre de reporteros y de curiosos a su alrededor. El pueblo se pondrá hasta la bandera. Por eso no puedo ofrecerle la habitación durante más tiempo.

—Por mi parte no hay inconveniente, espero haberme marchado mucho antes de que empiece todo el jaleo.

—Anda, la leche, ¿pues no ha venido usted para eso, para lo del rey? —preguntó de pronto la mujer—. Si hasta me han contado hace un momento que ha venido usted al pueblo conduciendo un automóvil… Yo me creía que sería usted un pariente de Su Majestad. Un marqués, por lo menos.

—No, en absoluto —indicó Cristo, que comenzaba a pensar que habría armado menos alboroto llegando al pueblo a lomos de un elefante que al volante del Overland—. Vengo por otro asunto.

—¿Qué asunto, si puede saberse? —preguntó el tío Ramiro—. Si va a hospedarse usted en mi casa, tendré que enterarme.

—Es un asunto privado.

—Las cosas por aquí están algo revueltas últimamente, y hay que ser precavidos… ¿No será usted un anarquista de esos?

—¿Cómo dice?

—Un terrorista anarquista. Esta mañana me han comentado que han detenido a uno de esos en Salamanca, y parece ser que estaba preparándose para venir a Las Hurdes a atentar contra el rey.

—¿Lo dice en serio, tío Ramiro? —intervino el tabernero.

—Y tan en serio —respondió aquel—. Por lo visto ha salido en los periódicos.

—Pero ¿este señor cómo va a ser un terrorista? —señaló la mujer —, ¿no ven ustedes que es un señorito?

—Puede ser un terrorista disfrazado de señorito —se burló el tío Ramiro—. Pero lo mejor será que nos saque usted de dudas, don Valerio, y nos diga a qué se dedica y qué ha venido a hacer a Las Hurdes.

Cristo vaciló un instante. No le hubiera costado mucho inventarse

un pretexto cualquiera que justificara su presencia en el pueblo, pero prefería salir del paso sin ofrecer ninguna explicación, no fuera a ser que más adelante lo acusaran de haber mentido haciéndose pasar por algo que no era; aquello no era una gran urbe, lo que respondiera entonces pronto lo sabría hasta el último de los vecinos, y no le parecía viable sostener ninguna coartada durante mucho tiempo. Se estaba planteando si no sería conveniente terminar con el tono distendido de la charla y mostrarse ofendido por el interrogatorio al que le estaban sometiendo, cuando alguien acudió a auxiliarlo.

—Parecen ustedes unas alcahuetas —escuchó que decían a su espalda; quien lo hizo no tenía ni pizca de acento hurdano—. El caballero es un viejo amigo de mi familia que ha venido a visitarme por un tema personal, y no hay más que hablar.

Cristo se volvió y comprobó que se trataba de un joven menudo, moreno y bien parecido, en cuyo rostro destacaban unos ojos verdes, diminutos y muy vivos, y un bigote fino recortado con precisión. No tendría más de treinta años y vestía de negro riguroso, zapatos y corbata incluidos; todas sus prendas, saltaba a la vista, eran de calidad y estaban hechas a medidas. Incluso su colonia olía distinguida: nada tenía que ver con el aroma a Ron Quina que despedía el propio Cristo.

—¿De verdad este señor es su amigo? —preguntó el tío Ramiro, quizá reparando en el gesto de perplejidad de Cristo.

—Por supuesto que sí —afirmó el joven, colocando una mano en el hombro de Cristo, aunque con la efusividad justa, como para cumplir mínimamente con la exigencia de la escena—. ¿Cómo le ha ido el viaje desde Madrid, don Valerio? Estará usted derrotado, me supongo.

—Pues sí, no se lo voy a negar —dijo Cristo, dejándose llevar.

—Su amigo estaba buscando un sitio para alojarse… —indicó el tío Ramiro—. Pero igual prefiere alojarlo usted en su casa, doctor.

—No —repuso este—. En mi casa no hay ninguna cama de sobra, y teniendo usted habitaciones libres en su fonda lo mejor es que se quede allí, estará mucho más cómodo.

—En ese caso, voy a ordenar a la criada que le ponga una

habitación a punto.

—Bien, don Valerio, usted y yo vamos a sentarnos un rato a hablar de nuestras cosas.

Capítulo cuatro

Una vez los dos estuvieron solos, en la mesa más apartada para que nadie pudiera escucharlos —aunque hubiera sido complicado que alguien lo hiciera, por el ruido de las conversaciones a su alrededor —, y ante dos jarras grandes de vino, el joven se presentó formalmente como el doctor Diego Álamo. Cristo hubiera podido continuar siendo Valerio Lubián, pero teniendo en cuenta la naturaleza informal de aquel encuentro, le pareció una descortesía no presentarse con el nombre con el que lo conocía todo el mundo en todas partes.

—¿Cristo? ¿De dónde sale ese nombre? —preguntó el doctor.

—Es una larga historia —indicó—, ya se la contaré en otro momento. Lo que yo quisiera saber ahora es quién le había hablado a usted de mí. Parecía que me estuviera esperando.

—Es que lo estaba esperando, ciertamente, señor Cristo. Esta tarde llegó el correo desde Hervás con los telegramas enviados a la oficina de allí a primera hora. Es el método más rápido de comunicarnos con el resto del mundo, porque en Las Hurdes no hay oficina de telégrafos. Y de teléfono ya ni hablamos. A mí, en concreto, me entregaron dos telegramas de parte del Gobierno Civil de Madrid: en uno se me informaba de la llegada de usted y de cuál era su cometido; en el otro, se me rogaba que lo ayudara en lo que pudiera, y que mantuviera la discreción respecto a su viaje. Me consta también que han enviado telegramas semejantes al cuartel de la Guardia Civil de este pueblo, y supongo que los habrán enviado también al juzgado de instrucción de Coria, que es el que lleva el caso. Por eso, al verlo en el aprieto con esos tres, me decidí a acercarme. Espero que no le haya molestado.

—Al revés, le estoy agradecido. A mí personalmente tampoco es que me importe mucho que se sepa qué he venido a hacer a Las

Hurdes, aunque a quienes me envían se ve que sí. Y, ojo, que comprendo los motivos de ese secretismo. Aunque no sé si los comparto.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que yo haré lo que esté en mi mano por cumplir con lo que me piden. Pero, si he de serle sincero, preferiría que el asesinato de esa niña se hubiese investigado como Dios manda, en un juzgado, en lugar de que organizaran ustedes una farsa y luego pedirle a un tipo como yo que se encargue de investigarlo bajo cuerda.

—Entiendo.

—Yo normalmente me ocupo de trabajos de otro tipo. No soy policía ni nada que se le parezca. Haré lo que pueda, pero no sé en qué resultará todo esto. Es lo que quiero dejarle claro desde el principio, doctor.

El doctor Álamo dio un trago largo de vino y lo miró a los ojos.

—Soy de la misma opinión —dijo—. Yo también creo que fue un error propagar la mentira en torno al crimen, aunque se hiciera con un fin loable, como lo era asegurarse de que el rey no cancelara su viaje a la comarca. Por la parte que me toca, no me quedó otro remedio que transigir con esa farsa, como usted la llama; recibí muchas presiones para hacerlo. Como puede suponerse, redactar y firmar un informe de autopsia falso va contra todos mis principios personales, por no hablar de los deontológicos. Ni qué decir tiene, podría suponerme la expulsión, quizá de por vida, de cualquier Colegio de Médicos. El fin de mi carrera, en otras palabras.

El doctor dio otro trago y sonrió, como si lo hiciera para sí. Una sonrisa sombría.

—Aunque supongo que tampoco es para tanto —añadió—. La vida por aquí no vale nada. Más allá de Casar de Palomero, en lo profundo de Las Hurdes, mueren niños casi a diario, muchos de los cuales podrían salvarse con solo unas dosis de quinina, o hasta con un poco de leche o fruta. Al principio, cuando llegué a esta comarca, me desesperaba la situación. Ahora he aprendido a sobrellevarla. Visto desde esa perspectiva, tanto da si la niña fue asesinada por un hombre o por un lobo. Su muerte solo es relevante por el momento

en que ha sucedido, a pocos días de la visita del rey. Si la hubieran asesinado hace un par de años, pongamos por caso, con suerte habrían hablado de ello unos pocos días, y luego se habría olvidado todo, aun sin que se hubiera atrapado al culpable. Siendo la niña una vulgar aldeana, tampoco se habría realizado una investigación seria, como la que usted querría. Así que el hecho de que lo hayan enviado a usted a investigar, en el fondo es una especie de milagro. No es lo correcto, pero mejor eso que nada. Hay que asumir que estamos en Las Hurdes. Yo el primero de todos.

Cristo vislumbró un brillo húmedo en los ojos del doctor. Pero este se los frotó con los dedos y el brillo desapareció.

—Se me ocurren sitios peores para ejercer la medicina que este —dijo Cristo, sacando tabaco y ofreciendo a su acompañante, que negó con la cabeza—. Muchos de sus colegas de Madrid, por ejemplo, los que trabajan para las sociedades de atención a pobres, se dedican casi exclusivamente a tratar infecciones, partos y enfermedades venéreas de prostitutas, a veces en las propias mancebías. Y digo prostitutas por no decir esclavas, usted ya me entiende. Y lo peor es que muchas son todavía niñas. Imagínese bajar diariamente a ese infierno y pretender luego que la vida vale algo… No, doctor, la vida de los pobres no vale nada ni en Las Hurdes ni en Madrid ni en ninguna parte.

Terminaron las jarras de vino y pidieron otras. El vino era blanco y muy fuerte, y, según comentó el doctor, tenía procedencia extremeña. Al parecer era un vino artesanal que se producía en bodegas de casas particulares en todo el norte de la región. Se conocía como vino de pitarra, por almacenarse justamente así, en pitarras o tinajas de barro, en lugar de en toneles de madera. Un poco después, el doctor indicó que tenía pensado cenar en casa, pero Cristo insistió en que se quedara más rato y cenaran juntos allí mismo; se sentía cómodo en su compañía. El local, se echaba a ver enseguida, no contaba con una cocina que mereciera tal nombre, pero desde hacía un rato estaban despachando platos con queso, olivas y embutido.

—¿Usted por qué cree que han matado a esa niña? —preguntó Cristo de repente, después de que la camarera les sirviera una

bandeja con un poco de las tres cosas. Cristo echó en falta el pan, pero se temía que era un alimento que no probaría durante su paso por la comarca.

—Depende de por dónde quiera llevar la pregunta —respondió el doctor, que había sacado de un bolsillo una navaja pequeña y que, como si esgrimiera un bisturí, estaba retirando con ella la corteza del queso, que era añejo, de cabra, con un olor muy fuerte.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que por un lado está el motivo por el que el asesino o asesinos han matado a la niña, y por otro el motivo por el que ellos creen haberla matado. No sé si me explico.

—No del todo, la verdad.

—Es sencillo. Dígame, ¿usted por qué cree que la han matado? Porque lo sabe tan bien como yo. Y lo saben todos los que están ahora a nuestro alrededor. Y la comarca entera, si me apura, que ya sabrá usted que la versión del ataque de lobos no ha calado apenas entre los hurdanos.

—Pues supongo que para usar su sangre, su piel y sus vísceras en un remedio contra alguna enfermedad. O para realizar algún tipo de ritual de sanación.

—Exacto, esa es la respuesta que no se le escapa a nadie. Lamentablemente, los casos como este no son tan raros en nuestro país. Seguro que usted se acuerda del caso de la Vampira del Raval…

—Sí, lo seguí en su día por los periódicos. Y lo cierto es que no he dejado de pensar en ello desde ayer.

Cristo no recordaba todos los detalles, pero sí que una mujer llamada Enriqueta Martí había sido arrestada unos años atrás en Barcelona por asesinar niños y comerciar con ungüentos hechos con sus cuerpos; también, que se rumoreaba que esos mismos niños, antes de ser asesinados y descuartizados, eran prostituidos y obligados a satisfacer las perversiones de ciertos personajes de la alta sociedad. Por esto último, por la posibilidad de que Enriqueta identificase a quienes mercadeaban con los cuerpos —vivos o muertos— de los niños, era por lo que, según algunas conjeturas, ella misma habría sido asesinada más tarde, cuando ya se había

juzgado el caso y Enriqueta se encontraba en prisión.

—Aquí, en Las Hurdes —continuó el doctor Álamo—, a los sacamantecas se les conoce como «los tíos del unto». Hacía mucho tiempo que no se producía ningún asesinato de este tipo, pero, aun así, yo desde que llegué a la comarca he oído hablar bastante de ellos; están convertidos poco menos que en personajes de lo que ahora llaman el «folklore popular». Por lo que me han contado, el último crimen de un sacamantecas en Las Hurdes ocurrió hace unos treinta y tantos años…

—Treinta y tantos años son muchos como para que haya alguna relación con el de ahora —señaló Cristo—. ¿Y sabe si ese crimen llegó a resolverse?

—Creo que no. Aunque tampoco sabría decírselo con certeza: no tengo mucha más información. Lo único que sé es que mataron a una niña de una forma parecida a como han matado a Augusta Muñoz, también para llevarse algunas partes de su cuerpo. A raíz de lo sucedido en estos días, como puede imaginarse, se está hablando de ese crimen y de otros sucedidos por aquí cerca, no necesariamente en Las Hurdes y no necesariamente relacionados con mutilaciones para rituales. Por ejemplo, se habla mucho de un crimen que ocurrió siete u ocho años atrás en un caserío llamado Malladas, al lado de la frontera portuguesa, en el que mataron a hachazos a varias personas, entre ellas un par de niñas y una mujer embarazada, y por el que al parecer han encarcelado a cinco infelices jornaleros que todos saben que son inocentes, ya que los verdaderos culpables, según cuentan, son personas con mucho poder. Ese caso tuvo mucha repercusión en toda la provincia, y también fuera de ella: me han comentado que incluso el escritor Miguel de Unamuno ha escrito alguna vez sobre esto, cargando su pluma contra el abuso cometido contra los presos. En fin, la cuestión es que el aire que se respira por aquí está enrarecido. Todos creen, y con razón, claro está, que aquí también se está ocultando algo, y que no se está buscando hacer justicia. Pero a lo que iba: en esta comarca, como en muchas otras, hay vecinos que creen a pies juntillas las patochadas de los curanderos, santeros y demás ralea. Llegado el caso, siempre puede haber quien, movido por la creencia

que un desalmado de esos le haya metido en la cabeza, esté dispuesto a llegar hasta donde sea necesario para salvarse a sí mismo, o para salvar a un ser querido. Incluso a convertirse en un sacamantecas y descuartizar a una niña para usar sus vísceras en un conjuro. Solo comentarlo en voz alta me causa bochorno. Bien, ese es el motivo por el que creen haber matado a la niña: para salvar a otra persona. Pero la han matado por otro motivo muy distinto, eso quería decir con lo que todo dependía de por dónde quisiera llevar usted la pregunta. Porque a la niña, en realidad, la han matado por pura ignorancia, porque la ignorancia, la incultura, son la base que sustenta la superstición. Y la ignorancia y la incultura provienen de la falta de recursos en que está condenada a vivir esta gente.

—Sí, creo que tiene razón.

—En general, los curanderos son inofensivos —continuó el doctor —. Se ocupan de aliviar catarros o dolores de tripa con infusiones de hierbas comunes, o con ungüentos a base de altramuces, aceite de oliva, higos, miel o cualquier ingrediente que se les ocurra, y que además preparan en determinados momentos del día, mientras invocan a tal o cual santo o deidad. Un despropósito, se mire como se mire, pero que no causa ni quita ningún mal, más allá del efecto curativo que pueda tener en el ánimo del enfermo el sentirse atendido y tratado de la manera que sea. Ya sabemos que a veces con el consuelo es suficiente para sentir una mejoría, porque el dolor puede comenzar por el propio estado de ánimo. Yo por eso no trato con dureza a quienes ejercen ese oficio, si es que lo que hacen merece tal nombre. Ofrecen un alivio más espiritual que físico, pero desgraciadamente suele ser el único alivio que reciben muchos enfermos por aquí. Aunque siempre puede haber algún indeseable que decida ir más lejos por lucrarse, y se aproveche de la desesperación de un enfermo grave o de sus familiares. Y si se detiene uno a pensar en esto, la conclusión a la que se llega es que la niña fue asesinada por dinero. El santero, que quizá actúe también él mismo de matarife, embauca a ingenuos o hasta mata a niñas por sacarse unas cochinas pesetas. Y de nuevo estamos en lo de antes: la miseria. Siempre la miseria. Porque hay que estar muy desesperado, y haber pasado mucha hambre, para proponer matar a

una niña esperando obtener con ello una recompensa.

Cristo se había terminado el cigarrillo, pero sostenía la colilla entre sus labios, y sin retirársela dijo:

—Es posible que sea como usted lo pinta, doctor. Que haya habido un instigador movido por la avaricia o por la necesidad que se haya aprovechado de la ignorancia de otros… Pero le aseguro a usted que yo he conocido en mi vida a muchos hombres dispuestos a matar a niñas, o hasta a su propia madre, por motivos mucho más livianos que una suma de dinero. A veces, camuflado bajo todo lo demás, lo que hay es maldad. Pura y simple maldad. Una maldad infinita que los hombres buenos, o hasta los hombres que no son tan buenos, entre los que me incluyo, no pueden aspirar a comprender jamás.

Capítulo cinco

Durante el resto de la cena, el doctor Álamo le contó a grandes rasgos su vida. Aunque no fue una narración muy larga: el doctor tuvo a bien no explayarse demasiado.

Había nacido y se había criado en Valladolid, y aunque su padre era un abogado con cierto nombre y con alguna influencia en aquella ciudad, su familia estaba lejos de ser una de las principales del lugar. Sin ir más lejos, su abuelo paterno había sido propietario de una barbería, y solo con muchos sacrificios había podido pagar los estudios de Derecho de su hijo mayor. El doctor Álamo había estado a punto de seguir los pasos de su padre en la abogacía, pero en el último momento, atendiendo a su vocación, había optado por la Medicina. Los estudios le habían ido bien, había aprobado sin muchos apuros y tampoco su familia los había tenido para costeárselos. Sin embargo, nada más salir de la universidad, al no haber obtenido una plaza de interno en ningún hospital, según él más por falta de padrinos que de calificaciones, no le quedó otra que resignarse a ser médico rural durante los primeros años de su carrera profesional. Una labor que evitaban la mayoría de jóvenes licenciados.

—Casar de Palomero fue el destino más cercano a mi casa que pude encontrar —aseguró el doctor—. Y, aun así, el viaje a Valladolid no me lleva menos de siete u ocho horas, una jornada entera, de la que además una buena parte, la ascensión hasta la provincia de Salamanca, hay que hacerla a caballo. Por eso casi no me muevo de aquí: hace muchos meses que no veo a mis padres, pronto hará un año. Y para colmo, tampoco me siento cómodo al marcharme, porque soy consciente de que cuando estoy fuera mis enfermos quedan totalmente desamparados.

—Eso es abnegación —señaló Cristo.

—Es responsabilidad. Hay otro médico más en Las Hurdes, con la consulta en Calabazas, o Caminomorisco, como se conoce también a ese pueblo, uno de los más grandes de Las Hurdes… Pero es prácticamente un anciano y no viaja nunca a las alquerías: son los enfermos los que tienen que acudir a verlo, como quiera que se encuentren. Y, ojo, que yo no se lo recrimino, por la edad que tiene y porque atender a un enfermo en alguna de las aldeúchas remotas requiere a menudo un esfuerzo sobrehumano, sobre todo cuando hay que desplazarse de noche o en invierno por desfiladeros y veredas que son transitadas más por alimañas que por humanos. Un esfuerzo que encima no va a compensar en lo económico, porque esas pobres gentes del norte de la comarca nunca tienen nada con que pagar. Y aunque te ofrezcan algo, habría que tener el corazón de hielo para aceptarlo, porque sabes que en el fondo te están pagando con su hambre.

—Bueno, se supone que para eso viene el rey, ¿no? Para que empiecen a cambiar las cosas.

—Si realmente se cumpliera con todo lo que dicen que vendrá tras el rey, las carreteras, ambulatorios, colegios, etcétera, casi le diría a usted que habría merecido la pena que ocultaran el asesinato de esa niña, para no poner en riesgo el viaje real. Pero yo no soy tan optimista. Espero que lleguen mejoras, pero no creo que vayan a ser ni tan inmediatas ni tan profundas como deberían.

Terminada la cena, pidieron otra jarra de vino que acompañaron de una conversación sobre el estado general del país, la guerra de Marruecos y el Expediente Picasso, al que naturalmente derivaron al haber mencionado antes al monarca. Se decía que dicho expediente, que estaba en vías de llegar al Congreso de los Diputados y en el que se consignaban las responsabilidades por la derrota —o masacre — de las tropas españolas en Annual, podía llevarse por delante a buena parte de los mandos del Ejército en Marruecos. Y quizá también a numerosos cargos políticos y hasta al mismísimo jefe del Estado. O sea, a Alfonso XIII, a quien no pocos culpaban de lo sucedido.

—Por lo que leo en los periódicos, que aquí llegan con retraso pero al final llegan —dijo el doctor Álamo, a quien, por su lengua

desatada y su mirada vidriosa, era obvio que el vino estaba causándole el efecto que cabía esperar—, hay quien opina que hay una relación directa entre la derrota en Annual y la visita del rey a Las Hurdes. En Marruecos se han derrochado muchos millones, tanto en mantener a las tropas españolas como en construir infraestructuras… Con una milésima parte de ese dinero se hubiera podido cambiar radicalmente la situación de esta comarca. Pero al parecer hay intereses soterrados, o no tan soterrados, en mantener la guerra a toda costa, contándose el rey y sus ministros entre los beneficiarios a través de no sé cuántas empresas de armamento. Por eso, ahora que el Expediente Picasso está en el centro del debate, toca apartar la mirada de Marruecos, y al rey se le ha ocurrido lavar su imagen con este viaje. Aunque a los hurdanos tanto ha de darles el porqué de la visita, claro está, siempre que luego se cumplan las promesas que les hagan.

Cristo acababa de dar el último trago de la jarra, y se estaba planteando si sería lo bastante temprano para que pidieran otra ronda o si sería más conveniente recogerse ya —fuera hacía rato que había anochecido—, cuando entró en el local un joven de unos veintipocos años, flaco, de cabello claro cortado muy corto, casi al rape, y ojos verdes, que vestía una camisa blanca descolorida, remendada y remangada hasta los codos, pantalón de pana, zapatos de piel basta cosidos a mano —quizá por él mismo—, y que llevaba una especie de gorro o boina de tela marrón sobre la cabeza.

—Zillo, aquí —lo llamó el doctor.

El joven se acercó a la mesa en dos saltos. Era imberbe y le faltaban dos dientes en la fila inferior, según comprobó Cristo cuando le tendió la mano para saludarlo. Aquel se la estrechó con una sonrisa sincera y a la vez pícara, desenvuelta.

El doctor Álamo explicó a Cristo que aquel joven —de nombre Sancho, pero al que todos conocían como Zillo— era algo así como su ayudante o chico para todo. Le pagaba unos pocos duros a la semana para que le hiciera los recados o lo acompañara en sus visitas fuera de Casar de Palomero.

—Este es el hombre del que te hablé esta tarde, el señor Valerio Lubián —lo presentó a continuación el doctor Álamo—. Aunque al

parecer prefiere que lo llamemos Cristo.

—No es que lo prefiera —matizó Cristo—. Pero hace tanto que no me llaman por otro nombre que me costaría acostumbrarme.

—¿Cristo? —se burló el muchacho—. ¿Como Cristo, nuestro Señor, el que está en los cielos?

El acento de Zillo delataba que él, al contrario que el doctor, sí era autóctono de Las Hurdes: «*¿Comu Cristu, nuestru siñol, el qui está en los cielus?*».

—Igualito —respondió Cristo—. Anda, chico, siéntate un rato con nosotros.

—No puede ser —repuso Zillo—. Venía en busca del doctor para decirle que está de parto la Gabriela.

—Vaya por Dios —se lamentó el doctor, levantándose.

Mientras ajustaba las cuentas con el tabernero, el doctor Álamo explicó a Cristo que Gabriela era una joven que sufría numerosas patologías —entre ellas, la hemofilia— y cuyo embarazo por esto mismo había sido problemático. El parto asimismo podía complicarse; de hecho —añadió, bajando la voz, el doctor en tono de confidencia—, lo que cabía esperar era que ni la madre ni el niño sobrevivieran.

—En circunstancias normales —indicó el médico—, yo no me ocuparía de atender un parto: matronas no faltan en Las Hurdes. Pero son ancianas sin más conocimientos que los que se van pasando de generación en generación. Y aunque los partos corrientes los resuelven mejor que en cualquier hospital, cuando las cosas vienen mal dadas pretenden arreglarlo rezando avemarías o padrenuestros. O, peor aún, recurriendo a la santería. Por eso insistí en que me avisaran para estar presente si Gabriela se ponía de parto. Para que haya alguna oportunidad de que la madre y el hijo se salven.

El doctor Álamo colocó una mano en el hombro de Cristo, como con la intención de despedirse de él hasta el día siguiente. Pero Cristo se le adelantó:

—¿Le importa que vaya con usted? —preguntó.

—¿Importarme? No, ¿cómo va a importarme? Pero le advierto que la joven no vive en Casar de Palomero, sino en Rivera Oveja, una

pequeña alquería a pocos kilómetros de aquí. Haremos el viaje a caballo.

—¿Podría conseguirme usted una montura?

—Sí, supongo que no habría problema.

—Pues no hay más que hablar.

—Pero ¿por qué querría venir? Además, ¿no está cansado del viaje?

—Estoy derrotado, ciertamente. Pero es temprano para meterme en la cama, y con el vino y la buena noche que hace, me apetece pasear un poco, despejarme. Por otro lado, estoy a gusto con usted, y quiero seguir empapándome de esto, del ambiente de Las Hurdes.

Mientras el doctor Álamo y su ayudante iban a unas caballerizas cercanas a la plaza en busca de los caballos, Cristo fue con el tío Ramiro hasta su fonda, a muy pocos metros de la taberna. Este le entregó las llaves y le indicó que podía entrar y salir a su antojo, ya que siendo amigo del doctor Álamo no tenía motivos para desconfiar de él. La habitación que le habían preparado era pulcra —lo mismo que la propia fonda— y no estaba mal pertrechada: la cama era grande, y contaba con aguamanil, espejo y hasta una lámpara eléctrica. Y el precio diario que pactó con el tío Ramiro era ridículo comparado con lo que le hubiera costado una habitación como esa en Madrid.

Una vez estuvo solo, lanzó su maleta sobre la cama y la abrió, no con la intención de deshacerla sino únicamente de sacar de ella el Smith and Wesson Modelo 3 que guardaba entre las mudas de ropa. Sin retirarle la funda, se lo colgó del cinturón, cubriéndolo con los faldones de su chaqueta, y regresó a toda prisa a la plaza.

El doctor Álamo apareció enseguida a lomos de una yegua alazana grande y de apariencia robusta; Zillo, por su parte, cabalgaba otra yegua más ligera y seguramente joven, de pelaje blanco. A Cristo le habían conseguido un percherón tordo provisto de todos los aparejos del que, según le informó el doctor, podría disponer libremente durante toda su estancia en la comarca por un precio que a Cristo no le pareció menos ridículo que el de la fonda, pero que en Las Hurdes debía de ser una pequeña fortuna.

—Espero que sea usted buen jinete —señaló el doctor, mientras

que Zillo le entregaba a Cristo las riendas de su caballo, de las que él mismo lo había traído sujeto—, porque ese automóvil en el que dicen que ha venido usted no llegará más lejos. Y aún me parece mucho que haya llegado hasta aquí. Es toda una hazaña.

Mientras montaba, Cristo reparó en que Zillo estaba partido de risa.

—¿A qué viene ese pitorreo? —preguntó.

—Es por el nombre del caballo —explicó Zillo—. Resulta que se llama Cristión, casi como usted. Cristo y Cristión.

El cristión, indicó el doctor, era el nombre de un dulce típico hurdano. Al parecer, el dueño había bautizado así al animal por su carácter pacífico.

—Será una señal de que estamos hechos el uno para el otro —dijo Cristo, encaramándose a la grupa con más dificultades de las previstas a causa del vino y de lo resentida que aún tenía la espalda por el viaje en coche—. Solo que no creo que yo sea precisamente pacífico. Y tú, chico —se dirigió a Zillo, que continuaba riendo hasta bordear el llanto—, déjate de guasa o las vamos a tener esta noche.

Salieron del pueblo en procesión, un jinete tras otro, porque así lo exigían las calles angostas del municipio. Los mismos niños que antes habían acompañado a Cristo hasta la plaza los acompañaron entonces hasta que dejaron atrás las últimas viviendas y se adentraron en la oscuridad del monte. Zillo, que llevaba en su regazo el maletín del doctor, precedía a los otros alumbrando el paso con un candil. La senda hasta Rivera Oveja discurría entre cerros rebosantes de matas de olivos y, según el doctor, a pesar de las continuas curvas y desniveles, no era especialmente compleja ni peligrosa de recorrer, ni siquiera de noche. Al menos comparada con otras un poco más al norte.

Justamente al doblar una de las curvas, cuando llevaban algo más de media hora de marcha y ya ante ellos, a no mucha distancia, se vislumbraban las luces de una población —en esta ocasión, brillos leves y titilantes, de lámparas de gas o bujías, no de alumbrado eléctrico—, Zillo se detuvo un instante y, con la mano libre que le dejó el candil tras apagarlo, señaló hacia su izquierda, en dirección a lo que parecía un desvío que bajaba en pendiente entre unos

árboles. Al fondo, Cristo captó el rumor de una corriente de agua.

—Es el río de los Ángeles —susurró Zillo.

Zillo había pronunciado algo así como «*de lojánjeli*», y Cristo necesitó unos segundos para deducir que el río se llamaba «de los Ángeles». No sabía cuánto tardaría en acostumbrarse a aquel acento, aunque esperaba que fuera poco.

—¿Y qué sucede? —preguntó Cristo.

—Que por aquí hay que pasar *agilando* —respondió Zillo—, sin lumbre y sin hacer ni una pizquina de ruido. Por si los aparecidos.

Cristo se volvió al doctor Álamo, que cabalgaba tras él. Más que verlo, intuyó que este se encogía de hombros y le indicaba que siguiera adelante. Zillo aguijó su yegua, apretando el paso. Apenas cinco minutos después entraban en Rivera Oveja. La aldea estaba formada por una docena escasa de calles y unas treinta o cuarenta viviendas. Muchas eran casuchas diminutas y redondas, hechas de piedra negra, las cuales Cristo tomó por chozas para animales hasta que percibió en su interior el resplandor de velas y fogones y el rumor de la vida familiar. También las había más grandes, de adobe y encaladas. Probablemente allí, por la proximidad con una villa relativamente opulenta como Casar de Palomero, la situación no fuera tan desoladora como ya barruntaba Cristo que habría de serlo en otras aldeas más recónditas.

—¿A qué ha venido eso de ahí atrás? —preguntó Cristo al doctor Álamo, tras desmontar y mientras amarraban las riendas junto a un abrevadero en lo que quizá fuera la plaza principal de Rivera Oveja, pese a que, en términos estrictos, aquello no era una plaza sino una calle solo un poco más ancha que el resto.

—Como buen hurdano, Zillo a menudo peca de un exceso de esoterismo —indicó el doctor Álamo; Zillo no los escuchaba, ya había desmontado y corría a la casa de la parturienta para avisar de la llegada del doctor—. Por lo que cuentan, hará unos cinco o seis años, justo antes de que yo mismo llegara a Las Hurdes, hubo un hombre que recibió una paliza justamente en ese lugar, a la orilla del río de los Ángeles, muy cerca de Rivera Oveja. El tipo terminó muriendo por las lesiones, pero antes de morir aseguró que le habían derribado del caballo y apalizado unas extrañas luces

surgidas del río. Unos luceros como los del firmamento. Mucha gente de por aquí cree que fueron unos espíritus malvados, en vez de pensar, como lo pienso yo, que se trató de un simple episodio de epilepsia o de una apoplejía, el cual le afectaría a la visión y le haría ver destellos, algo absolutamente corriente en esas circunstancias. Las heridas debió de producírselas al perder el control de su cuerpo y caer del caballo, y quizá el caballo también lo arrastró o lo pisoteó posteriormente. Nada misterioso, en cualquier caso. Pero si hay que escoger entre una versión u otra, la mía supongo que es menos pintoresca, y por eso mismo menos atractiva.

La casa de Gabriela estaba a la vuelta de la plaza. Había agitación frente a la puerta: un corrillo de unas ocho o diez personas, hombres y mujeres, todos descalzos y con vestimenta humilde, ocupaba la callejuela. Las voces callaron en cuanto vieron acercarse al doctor y a quien venía junto a él.

—Mi amigo, el señor Cristo —lo presentó el doctor, y sin más explicaciones ni ceremonias, como si con aquello bastara para justificar la presencia del gigantón trajeado y barbudo que lo acompañaba, entró al interior de la casa.

Cristo permaneció fuera. Para entretener la espera, que no sabía si sería o no larga, se encendió un pitillo, y al percatarse de que algunos a su alrededor aspiraban el humo con ansia repartió la media docena de los que tenía ya liados en su tabaquera, un gesto que fue acogido con murmullos de agradecimiento. Durante los siguientes minutos se oyeron algunos gritos y jadeos en el interior de la casa; a partir de cierto momento, sin embargo, los gritos aumentaron en intensidad. Cristo pronto reparó en que quien gritaba entonces no era la parturienta, sino el doctor Álamo. Entró de inmediato a ver qué ocurría.

La casa, tan humilde como todas las de aquella calle, tenía una estancia grande que servía de salón y cocina, y desde allí se accedía directamente a las alcobas, unos cubículos sin ventanas semejantes a covachuelas. En el suelo de una de esas covachuelas, sobre un colchón de paja y bajo una lámpara de aceite que colgaba de una viga del techo, estaba la joven, con las piernas dobladas y desnuda desde el vientre hacia abajo, este todavía abultado por el niño que al

parecer se resistía a nacer. A sus pies, cogidos de la mano y en silencio, había una pareja de mediana edad, hombre y mujer, probablemente sus padres; a su lado, otra mujer de unos sesenta y tantos años, muy baja, encorvada, vestida de negro y con una pañoleta gris en la cabeza. Encarado con la mujer estaba el doctor Álamo, que se había despojado de la chaqueta y arremangado la camisa hasta los codos. Zillo lo sujetaba de un brazo, como conteniéndolo, pese a que el doctor, aun hablando a voz en grito, parecía ser perfectamente dueño de sí.

Cristo se llegó hasta el doctor con cuidado de no dirigir su mirada a la mujer semidesnuda tumbada en el suelo, por decoro. Esta, tal vez inconsciente, o quizá ya muerta, no se movía. De reojo, Cristo pudo advertir una gran mancha de sangre en torno a sus piernas, sobre las lanchas de piedra sin labrar que hacían las veces de baldosas. También advirtió, para su sorpresa, lo que parecían granos de trigo o arroz esparcidos en la sangre. Y en el centro mismo de la mancha, como el islote de mayor tamaño del archipiélago, una pezuña de ciervo, cerdo u otro animal parecido, disecada y barnizada.

—¡Váyase de aquí ahora mismo!

El doctor Álamo se dirigía a la mujer de negro. Esta tenía las manos enlazadas y murmuraba para sí, con la vista al suelo, lo que parecía una letanía: «*San Benitu, terror de lus dimonius, ruega por nosotrus*…».

El doctor se volvió hacia Cristo y, sin bajar la voz, como para que los demás lo escucharan, dijo:

—Sáquela usted de aquí, haga el favor. Y no permita que vuelva a entrar en la casa.

Cristo cogió a la mujer de un brazo, pero esta se revolvió y continuó con el rezo. Cristo miró al doctor, como pidiéndole permiso para ser más contundente.

—¡Sáquela de aquí como sea! —gritó este.

En esta ocasión, Cristo tomó a la vieja de la cintura y casi en volandas la llevó a la calle, sin que ella detuviera el cántico en ningún momento. Dentro de la gravedad de la situación, Cristo pensó que la escena tenía un punto cómico.

El doctor Álamo apartó la pezuña del animal de una patada: esta voló a los pies de Cristo, que se agachó y la agarró para mirarla. Por su tamaño y el pelaje que asomaba en la parte superior, supuso que había pertenecido a un ciervo adulto.

—Es la pezuña de la Gran Bestia —indicó Zillo, persignándose—. Dice la *entendía* que la Gabriela está aojada, y que el crío viene con la marca del maligno. Andaba la mujer a ver si lo sanaba desparramándole trigo y rezándole a san Benito.

—Esto es una cochinada —repuso el doctor Álamo, todavía a voz en grito, arrodillándose junto a la parturienta y dirigiéndose a los que habrían de ser los abuelos del niño. El hombre, que vestía una blusa gris y chaleco negro, era tan bajo como un chiquillo, apenas un metro y medio, aunque tenía el rostro surcado de arrugas muy profundas; la mujer, que llevaba un vestido también gris y una pañoleta blanca, era aún más baja, y su rostro estaba achatado e hinchado desproporcionadamente con respecto a su cuerpo—. Bien está que recen ustedes lo que se les antoje, pero ¿cómo permiten que humillen a su hija de esta forma?

—Está *indimoniá* —acertó a decir la mujer.

Cristo pensó que en aquel tugurio casi en penumbra, invadido de olor a sangre rancia y a enfermedad, cualquiera podría sugestionarse y creer que, en efecto, la joven estaba endemoniada. Porque ¿quién podría nacer en un lugar así, sino un pobre diablo?

—Aquí no hay más demonio que la estupidez —zanjó el doctor.

Este sacó de su maletín un pequeño bote de cristal verde que, alcanzó a ver Cristo, contenía unas sales. Al abrir el bote y aproximarlo a la nariz de la joven, esta, tras un espasmo violento, volvió en sí.

Cristo y Zillo se retiraron a la entrada para no estorbar al doctor, para respirar aire fresco, y también para impedir que la otra mujer, que seguía donde Cristo la había dejado, todavía enfrascada en su oración, volviera a entrar en la vivienda.

—¿Cómo la has llamado antes? —preguntó Cristo a Zillo, en voz baja, señalando a la mujer con la cabeza.

—He dicho que es una *entendía* —respondió Zillo—. Las *entendías* son las brujas buenas, las que curan los males de ojo, la rabia o los

alunamientos. A esta la llaman la Beltrana y vive aquí mismo, en Rivera Oveja. Es la tía abuela de la Gabriela, por eso los padres la han dejado pasar para que le haga el ritual. Aunque para mí que la Gabriela no tiene ningún demonio dentro. El demonio fue el que la preñó, que no se sabe quién fue y que la dejó abandonada. Aunque, por más que el doctor se enfade, tampoco se pierde nada por rezarle unas plegarias al santo. Porque después de que mataran a la niña esa, a la Augusta, y por cómo la mataron, que el doctor me lo ha contado todo, está claro que hay alguna otra bruja por ahí suelta. Una muy mala. Y lo mejor es prevenir.

—¿De verdad crees eso? ¿Que es una bruja mala la que ha matado a esa niña?

—O la mató una bruja, o alguien mandado por una bruja, que tanto da lo uno como lo otro. Yo desde que estoy junto al doctor intento no creer en la magia ni los hechizos, pero en lo que sí creo es que en esta vida hay gente mala capaz de todo.

—En eso tienes razón.

—Mire, le voy a contar una cosa, señor Cristo, pero que quede entre usted y yo, que al doctor no se lo he contado porque yo sé que no le gustan mucho estas historias… Mucho antes de que yo naciera, a un saludador, o sea, a un brujo que había en el pueblo, le dio por decir que el agua de todas las fuentes estaba envenenada, que por eso la gente tenía pulmonías y que también por eso se habían muerto dos o tres zagales sin que mediara ninguna enfermedad, y culpó de ello a una compañera de su oficio, me refiero a una vieja que se decía que también era bruja, pero siendo ella una de las malas. El saludador convenció de eso a los vecinos, entre ellos a algún ascendiente mío, que hasta vergüenza me da decirlo, y entre todos fueron en busca de la bruja mala y la colgaron de una encina y le hicieron no sé cuántas tropelías: le saltaron los ojos, le sacaron las tripas, le cortaron los brazos y las piernas… Una monstruosidad. Pero a lo que parece ya no hubo más pulmonías ni más muertos en el pueblo. Según dicen, fue acabar con la bruja y todo se arregló. Y yo no sé si la vieja sería una bruja mala de verdad, si envenenaba el agua con encantamientos o con pócimas, o si todo era mentira y el brujo malo era el saludador que movió a los

demás a matarla. Pero lo que yo veo claro es que allí había alguien haciendo el mal. Que es lo mismo que está pasando ahora. Hay alguien haciendo el mal, y quién sabe si rezando se solucionará algo. Por lo pronto, se nos ha aparecido un Cristo para ayudarnos, que ya es algo, ¿no le parece?

Capítulo seis

El doctor Álamo consiguió que tanto la madre como el hijo sobrevivieran al parto, aunque no creía que ninguno de los dos fuera a durar más que unos pocos días.

Después de que el doctor se asegurara de que los familiares comprendían sus instrucciones relativas al reposo, la alimentación y la higiene de la mujer y el niño, Cristo, Zillo y él emprendieron la vuelta a Casar de Palomero, donde llegaron un poco antes de la una.

Cristo durmió de un tirón casi hasta las ocho. Lo despertó la luz del sol que se colaba por la ventana de su cuarto: el día estaba despejado y ya había bullicio en la plaza. Hubiera querido dormir más tiempo para recuperarse por completo del trote del día anterior, pero no creyó que fuera a conciliar otra vez el sueño, así que se levantó, se arregló y salió a desayunar a la misma taberna de la noche anterior. Allí le sirvieron un poco de lomo embuchado, queso, y también un café que, a falta de azúcar y de leche, endulzó con unas cucharadas de miel. Al parecer, la miel era el producto más característico de Las Hurdes. Según el tabernero, se producían distintas variedades dependiendo de la vegetación que rodeara los panales. Aquella era de brezo, oscura y muy densa.

En el establecimiento solo había otro par más de comensales ocupados también en sus desayunos. Uno de ellos era precisamente su anfitrión, el tío Ramiro, quien antes de marcharse se acercó hasta él.

—¿Todo en orden, don Valerio? —preguntó.

—Todo en orden —respondió Cristo.

—Ya me dirá si necesita algo. Lo más importante es que esté usted a gusto mientras esté aquí.

—Gracias, muy amable.

—Y disculpe si anoche me propasé con tanta pregunta… Pero

comprenderá que es natural que tuviéramos interés en saber sobre usted.

—Lo comprendo, tranquilo.

—Su amigo, el doctor Álamo, es un buen hombre, y un buen médico. Sepa que lo respetamos mucho, a pesar de que tenga un carácter tan poco parecido al nuestro…

—¿Al de los hurdanos, dice usted?

—Sí. Al doctor se le ve alguien refinado, hay quien dice que parece que no camina, sino que flota por el aire, de tanta elegancia con la que se mueve. En Las Hurdes no hay hombres así, y a las mujeres de la comarca las tiene enamoradas, se lo puede suponer. Pero me figuro que no tendrá interés en juntarse con una hurdana, lo que me parece lógico, no siendo él de esta tierra y por la mala fama que tenemos por ahí fuera. Estará esperando a su marcha de aquí para buscarse una esposa como Dios manda y formar una familia.

—Es posible, no lo sé —dijo Cristo, y antes de que el tío Ramiro, al que intuyó con ganas de continuar la cháchara, replicara nada más, y aun a riesgo de resultar algo brusco, terminó abruptamente la conversación—. Que tenga usted un buen día, don Ramiro.

El tío Ramiro se despidió y abandonó la taberna. Cristo acabó su desayuno sin prisas, y cuando ya estaba a punto de levantarse y salir él también —su intención era comenzar su trabajo acercándose al cuartel de la Guardia Civil—, oyó un griterío proveniente no de la misma plaza, sino de alguna calle aledaña. Preguntó al tabernero si sabía qué era lo que ocurría.

—Pues que esta mañana van a hacer en Casar de Palomero una misa por la niña esa que dicen que mataron los lobos —respondió este—. No sé si su amigo el doctor le habrá contado algo sobre eso…

—Algo me comentó anoche, sí.

Aunque solo había otra persona más en el local, y se encontraba en el otro extremo, ajeno a lo que hablaban ellos dos, el tabernero se arrimó hasta la mesa de Cristo y bajó la voz para hablarle en confidencia.

—Resulta que a la niña, después de muerta, la trajeron aquí para que el doctor la examinara —dijo—. Pero luego no se la llevaron de

vuelta a enterrarla allá en Cambroncino, de donde era ella, sino que mandaron enterrarla en el cementerio de aquí, sin ninguna ceremonia, de noche y a escondidas, me imagino que para evitarse el jaleo que podía haberse liado durante el cortejo fúnebre, porque la gente estaba muy enfadada. Pero los parientes y los vecinos han insistido tanto en que eso era una infamia, que al final han conseguido que le dediquen una misa, solo que no en su aldea, sino en esta, por prevenir, ya que aquí está el cuartel de la Guardia Civil y es más fácil mantener el orden. Por eso esta mañana han llegado desde Cambroncino ciento y pico de personas y está Casar de Palomero a rebosar. Aunque, por lo que se ve, no todos han venido con el ánimo de oír misa: muchos han venido con ganas de formar algarada, y esos son los que están gritando ahí fuera. Creo que iban en dirección al cuartel, justamente. Así que yo, si quiere un consejo, le diría que esta mañana no asome usted mucho el hocico, por lo que pudiera pasarle. Que igual reparten escobazos, ya me entiende.

Cristo agradeció el consejo, que no pensaba seguir, por supuesto, y se marchó. Gracias al tumulto no tuvo necesidad de preguntar dónde quedaba el cuartel: le bastó seguir a su oído. Era un caserón de piedra de dos plantas, con un pequeño parque o jardín frontal cerrado por una valla metálica, y estaba ubicado a apenas trescientos metros de la plaza, al final de una calle más o menos ancha que conducía a las afueras del pueblo. La ausencia de garitas o torretas delataba que el edificio en su origen, tal vez cuarenta o cincuenta años atrás, no fue concebido como cuartel, sino posiblemente como residencia de algún vecino pudiente.

Delante del cuartel había unas docenas de individuos gritando consignas, hombres jóvenes en su mayoría. Solo unos pocos vestían de traje, y aun estos lucían viejos y desgastados; por lo demás, casi todos iban en mangas de camisa, algunos ataviados con chalecos o chamarras de lana o de piel. Sobre las cabezas de la multitud sobresalían varas y bastones, aunque a primera vista Cristo no observó nada más peligroso que eso. No le cabía duda, eso sí, de que algunos guardarían sus navajas en los bolsillos o en los dobladillos del pantalón. Pero al menos, se dijo, no portaban picas, hachas, antorchas o escopetas, y siendo así, si la protesta se

desmadraba, imaginó que la Guardia Civil no encontraría demasiada dificultad en disolverla por la fuerza.

Cristo se apostó en una bocacalle a vigilar desde la distancia. Lo mismo hicieron otros vecinos: quien más y quien menos ya vislumbraba cuál iba a ser el final de aquello, y no quería perdérselo.

—¡Va a haber *guantás* de buena mañana!

Cristo, que se había encendido un pitillo —solo le quedaba tabaco para liarse un par más; tendría que ir pensando en comprar—, se volvió sobresaltado y descubrió a Zillo a su espalda. El joven sonreía, pero Cristo se percató de que su sonrisa era desganada, casi pesarosa.

—Aunque razón tienen en protestar, me parece a mí —añadió Zillo —. Porque a la niña esa no la mataron los lobos, sino que la mató un hombre como usted o como yo, y nadie va a hacer nada. Bueno, casi nadie…

—¿Venías a buscarme, o a ver en qué para eso de ahí delante?

—A buscarlo a usted. El doctor tiene trabajo esta mañana, pero me ha pedido que no me separe de su lado y que atienda a lo que necesite.

—A mí no me hace falta un ayudante, chico. Me las apaño bien solo.

—No me irá a hacer usted un desaire, señor Cristo… Mire que así tendrá a alguien con quien hablar cuando se aburra.

—Bueno, de momento estate conmigo, y más tarde ya veremos.

Desde la muchedumbre surgían entonces gritos desacompasados en los que Cristo captó algunas palabras sueltas como «justicia», «verdad» o «vergüenza». También hubo quien se arrancó con lemas que clamaban por el reparto de tierras, la unión de la clase obrera, y el final de la burguesía, del capitalismo o hasta de la monarquía.

—A Las Hurdes no llegará el teléfono o el ferrocarril —indicó Cristo —, pero parece que sí llega la propaganda política.

Hasta donde Zillo sabía —según comentó, respondiendo a las preguntas de Cristo—, no había en Casar de Palomero ni en todas Las Hurdes una sola Casa del Pueblo, ni tampoco ninguna agrupación o sindicato obrero desde los que se pudieran difundir enseñanzas de ese tipo.

—En Las Hurdes no se habla mucho de política —afirmó Zillo—. Y yo tampoco creo que esos de ahí delante sepan nada de esos temas. Ni leer sabrá ninguno de ellos, como me pasa a mí, aunque el doctor me está ayudando a aprender. Yo lo que creo es que conocen esas cantinelas de oídas y las están soltando al tuntún, sin saber lo que en verdad significan.

Cristo no respondió nada. Podía ser que fuera como Zillo decía, pero en cualquier caso un tropel de aldeanos gritando lemas contra el rey a pocos días de la visita de Alfonso XIII a Las Hurdes no era una cuestión a pasar por alto.

Como movidos por ese mismo razonamiento, en aquel instante salieron del cuartel una veintena de guardias en fila de a dos, con las carabinas al hombro. Al frente de ellos iba el que debía de ser el oficial al mando del puesto. Por los documentos que le había entregado el gobernador, Cristo sabía que se trataba de un capitán llamado Tiburcio Liédena.

El capitán, que tendría algo más de cincuenta años y escaseaba en carnes, aunque lo compensaba con una actitud resoluta a la hora de hablar y de moverse, ordenó a sus hombres que formaran una barrera frente al edificio del cuartel, todavía dentro del jardín de la entrada, de tal modo que la verja de hierro los protegería de una eventual embestida de los manifestantes; aunque la verja no impediría a los guardias abrir fuego sobre estos. A continuación, salió fuera y con paso firme se dirigió hasta quienes posiblemente fueran los cabecillas de la protesta. Desde donde se encontraba, Cristo vio que eran dos sujetos de aproximadamente la misma edad, unos treinta y tantos años, uno de ellos bastante más alto que el otro, aunque los dos se parecían bastante: eran flacos y muy morenos de piel y de cabello, y los dos vestían camisas blancas, pantalón de pana y alpargatas.

—Son el padre y el tío de Augusta —indicó Zillo, señalándolos con la cabeza—. Los vi el día en que trajeron el cuerpo. También entonces anduvieron a gritos con los guardias civiles cuando les contaron que a la niña la habían matado los lobos. Como si ellos no supieran bien que no fue eso lo que pasó… Al final consiguieron que se calmaran y se volvieran a Cambroncino. Me figuro que los

amenazarían con arrestarlos, o algo peor. Pero el no dejar que la familia enterrara a la niña en su aldea y tampoco hacerle una misa allí ha sido otra infamia. Querrían evitarse esto mismo, que se les amotinaran los vecinos si se juntaban todos en el entierro. Aunque al final, ya ve usted, se están amotinando igual.

Cristo se aproximó unos metros para observar mejor la escena, aunque aún guardando la distancia.

—¿Reconoces si están entre la gente los niños que acompañaban a Augusta la mañana en que la raptaron? —preguntó Cristo.

Había varios menores en el grupo, aunque a primera vista todos le parecían de más edad que los dos que, según los documentos, habían sido testigos de cómo un desconocido se había llevado a su amiga mediante un engaño mientras se encontraban en el monte.

—No, no están —respondió Zillo—. Ni tampoco está el padre de los niños. También a ellos los trajeron al cuartel el día que mataron a la niña, digo yo que para que contaran lo que supieran. Aunque luego los avisarían de que les convenía callarse y no hablar de eso con nadie.

Desde lejos, Cristo vio que el capitán gesticulaba con vehemencia; los familiares de Augusta también lo hacían. Mientras, los demás permanecían en silencio, habiendo formado una especie de semicírculo en torno a ellos. El capitán se mostraba seguro de sí: no era para menos, tenía un pelotón de agentes armados cubriéndole la espalda, y enfrente solo un hatajo de aldeanos que sin duda correrían por sus vidas en cuanto se produjeran las primeras descargas.

La negociación —por llamarla de alguna manera— se alargó varios minutos, y aunque en ciertos momentos alguna de las partes levantó la voz para increpar algo a la otra, Cristo tuvo la sensación de que en general los ánimos de todos se iban enfriando rápidamente, quizá por el efecto que causaba la visión de los fusiles. Un repique de campanas anunciando el inicio inminente de la misa en memoria de Augusta puso el punto y final a la protesta. Los manifestantes se disgregaron poco a poco sin que nadie diera ninguna instrucción para ello. Instantes después solo quedaban en la calle el capitán y los dos parientes de Augusta.

—Acerquémonos —dijo Cristo.

Zillo, como si no las tuviera todas consigo, lo siguió sin pegarse demasiado. Los guardias no se habían movido de donde estaban, y aunque ya no permanecían en posición de firmes, sino que fumaban y charlaban entre sí en voz baja, su presencia todavía resultaba intimidante.

—¿Quién es usted?

Casi al tiempo que el capitán hacía la pregunta —y lo hizo sin el menor atisbo de acento hurdano; de hecho, a Cristo le pareció captar un cierto deje vasco o navarro—, este debió de adivinar de quién se trataba. Así, el mismo capitán fue quien se respondió:

—Conque usted es el famoso Valerio Lubián… Pensé que pasaría usted a verme anoche.

Solo a corta distancia se apreciaba el bigote blanco y fino como un alambre que el capitán lucía bajo la nariz; esta era grande y afilada. Sus ojos eran negros, como sin duda debió de haber sido su cabello algunos años atrás.

—Llegué cansado —se disculpó Cristo—. Es usted el capitán Liédena, ¿verdad?

El capitán asintió, y Cristo, al dudar si sería más correcto tenderle la mano o saludarlo marcialmente, finalmente no optó por ninguna de las dos.

—Tan cansado no estaría cuando anoche acompañó usted al doctor Álamo a una visita fuera del pueblo. En sitios pequeños como este no se pueden guardar secretos.

Cristo respondió encogiéndose de hombros. Tenía claro que no debía obediencia al capitán, ni tampoco debía rendirle cuentas de lo que hiciera. De hecho, ya suponía que el capitán no aprobaría lo que se disponía a hacer. Pero de todos modos se volvió entonces hacia los dos parientes de Augusta y dijo:

—Les acompaño a ustedes en el sentimiento.

El padre de Augusta susurró un «gracias» que quizá se disponía a acompañar con una pregunta, pero Cristo se le adelantó.

—Quiero que sepan ustedes que he venido desde Madrid con la intención de cazar al lobo que mató a Augusta, y que no descansaré hasta conseguirlo. Les doy mi palabra.

Siguió un silencio de varios segundos. Al cabo, el padre de la niña preguntó:

—¿Cazar al lobo, dice usted?

El padre sí que hablaba con el acento hurdano que cabía esperar. Había pronunciado algo parecido a: «*¿Cazá al lobu, ici usté?*».

—Cazarlo, sí —afirmó Cristo—. Porque ese lobo no puede seguir libre, después de lo que ha hecho.

El tío de la niña levantó la mano como para replicar algo, pero su hermano lo detuvo. Cristo tuvo la certeza de que el padre había comprendido.

—¿Y por qué al lobo lo va a cazar usted y no la Guardia Civil? —preguntó el padre, señalando con la cabeza al capitán, que asistía al diálogo con un semblante que dejaba a las claras su opinión sobre lo que estaba sucediendo, aunque hubiera decidido no intervenir.

—A veces las cosas son como son —respondió Cristo—. Pero la cuestión es cazar al lobo, tanto da quién lo haga.

Los hermanos se miraron en silencio un momento. También el tío pareció comprender entonces.

—¿Y cómo piensa cazar al lobo usted solo? —preguntó el padre.

—Eso es problema mío —dijo Cristo—. Yo a ustedes lo que les pediría es un poco de paciencia. Sé que es complicado, dadas las circunstancias. Pero les garantizo que es lo mejor que pueden hacer. Ser pacientes y no armar alborotos como el de esta mañana.

—¿Por qué nos tenemos que fiar de usted, si no lo conocemos de nada?

—Porque tampoco tienen alternativa. Si sus vecinos y ustedes no se tranquilizan y continúan agitando el ambiente, puede estar seguro de que el capitán y sus hombres harán lo que haga falta para que dejen de molestar. Así que ustedes verán si prefieren ser discretos y confiar en que terminaré cumpliendo mi palabra, dándole algo de paz a la memoria de Augusta, o seguir con sus protestas y terminar todos en el calabozo.

El padre de la niña tenía unos ojos claros y una mirada profunda. Los párpados los tenía ennegrecidos: era evidente que llevaba días sin dormir. Cristo podía intuir que, aun a falta de instrucción, debía de ser un hombre inteligente.

—Ya estamos siendo muy pacientes —indicó—. Pero si es verdad que trae usted esas intenciones que dice, yo por mi parte le prometo que nos estaremos quietos a ver en qué resulta todo. Porque a mi hija ya no me la va a devolver nadie, eso está claro, pero lo que clama al cielo es que quien la mató no vaya a pagar por lo que hizo. Eso no puede ser así.

Capítulo siete

—Su numerito estaba de más, señor Valerio.

El capitán Liédena había conducido a Cristo hasta su despacho en la planta baja del cuartel. Era un despacho pequeño, con una mesa, dos sillas y algunos archivadores colocados directamente en el suelo. Zillo había preferido quedarse fuera, tal vez a sabiendas de que de todos modos el capitán posiblemente no le habría permitido acompañarlos.

—No sé a qué numerito se refiere —repuso Cristo—, pero si lo dice por la conversación que he mantenido con el padre y el tío de la niña Augusta, me parece que no solo no estaba de más, sino que era necesaria. Qué menos que informar a la familia de la niña de que se está haciendo algo por esclarecer su asesinato.

—Creo que no está usted bien enterado. No está aquí para esclarecer ese asesinato, sino para asegurarse de que no ocurre ningún otro. Por lo menos en los días que faltan hasta la visita del rey.

—El mejor modo de asegurarnos de que no haya más crímenes es esclarecer el que ya ha sucedido. Esclarecerlo siquiera de puertas adentro, aunque no vaya a trascender a la opinión pública.

—No estoy de acuerdo —dijo el capitán, que se había repantigado en su butaca, tras su escritorio. A Cristo le dio la impresión de que estaba a punto de colocar los pies sobre la tabla; probablemente se sentía satisfecho de haber resuelto por la vía pacífica el conato de disturbio—. Intentar esclarecer el crimen puede provocar el efecto contrario al deseado.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que lo mejor sería dejarlo estar. El asesinato de Augusta Muñoz ha sido un suceso trágico, pero puntual. No volverá a repetirse.

—¿Cómo lo sabe?

—Nunca antes había ocurrido nada parecido en Las Hurdes. Por lo menos no en las últimas décadas. Que hayan matado a esa niña de un modo tan horrible justo antes de la visita del rey ha sido una infeliz coincidencia, pero no cabe suponer que algo así vaya a ocurrir otra vez en el corto plazo. Eso fue precisamente lo que nos movió al juez de instrucción y a mí a tomar la decisión que tomamos: no era justo que por un hecho fatal, pero a la postre anecdótico, el rey suspendiera su viaje por miedo a asociar su figura con la de un crimen como ese. No fue fácil, pero hicimos lo correcto, que era silenciar el asunto, detener cualquier diligencia judicial para que se dejara de hablar de ello cuanto antes. Soy consciente de que desde fuera puede parecer una decisión incomprensible, incluso cruel, pero se trataba de anteponer el interés de toda una comarca al interés de una sola familia. Y por eso mismo creo que no hay nada que esclarecer, don Valerio. Nada que investigar. ¿Qué más da que un asesinato vaya a quedar impune? ¿Acaso sabe cuántos niños mueren cada mes en Las Hurdes, la mayoría por enfermedades que van acabando con ellos lentamente, haciéndolos sufrir lo indecible? No, lo que hay que hacer es no menear más la cuestión y permitir que caiga en el olvido.

—Entiendo su postura. Pero, a lo que se ve, no es la misma que tienen otros con más poder que usted, porque si no yo no estaría aquí. Así que, le guste o no, tendrá que tragar conmigo.

—Eso me temo. Pero si quiere un consejo, le diré que lo que yo haría en su lugar es descansar unos días y luego embolsarme los honorarios que le hayan prometido. Porque lo más probable es que por más que se esfuerce no vaya a descubrir al asesino, y a fin de cuentas lo que de verdad nos interesa a todos es que no se produzcan más crímenes. Y no van a producirse. Así que podrá usted marcharse de aquí con su misión cumplida aun sin hacer nada. De hecho, si insiste en continuar con la investigación, solo conseguirá enervar aún más a los vecinos, y por tanto facilitar que haya más altercados.

—No entiendo cómo está tan seguro de que no va a ocurrir otro crimen.

—Ya se lo he dicho: por pura lógica. Es el primer crimen de ese

tipo en mucho, mucho tiempo. Un crimen así es fruto de la desesperación de alguien para salvarse a sí mismo o para salvar a un ser querido. No estamos hablando de un asesinato por gusto, para entendernos. Por ejemplo, ¿recuerda usted el caso del niño que mataron en Gádor, en la provincia de Almería, hace unos pocos años?

—Vagamente.

—Por desgracia, ese caso se ha convertido en algo así como el modelo para crímenes como este, los atribuidos a los llamados «sacamantecas». En Gádor, un enfermo de tuberculosis acudió a un par de curanderos locales en busca de un remedio para su enfermedad, y lo que le propusieron fue que bebiera la sangre de un niño y se untara el pecho con su grasa para curarse. Los mismos curanderos se ocuparon de buscar al niño y matarlo para ese fin. El asunto salió a la luz porque los asesinos se enfrentaron entre sí a cuenta de cómo se dividían el pago por esos servicios, y uno de ellos confesó todo para desquitarse al pensar que le estaban intentando engañar. Ya ve usted: confesarse autor de un crimen cuya pena es la muerte para evitar que le roben unos pocos duros. Pero aunque no se hubiera descubierto lo que realmente pasó con ese niño, y no se hubiera detenido a los culpables, no hubiera habido más crímenes. Porque el enfermo era uno, y una vez satisfecha su necesidad, habiendo intentado su sanación, no había riesgo de que los curanderos continuaran matando. Por lo menos no de inmediato. Y eso es lo que nos importa ahora a nosotros: que no haya más asesinatos en los diez días escasos que faltan para que llegue el rey a Las Hurdes. Y eso está garantizado, porque no cabe pensar que en esos diez días vaya a aparecer otro enfermo dispuesto a intentar sanarse recurriendo a las vísceras de un menor. Más adelante, después de la visita real, si se produjera otro caso entonces sí que lo investigaríamos con todos los medios disponibles.

Mientras hablaba, el capitán se había encendido un puro a medio fumar que sacó de un cajón del escritorio. Cristo, por su parte, se lio y encendió un pitillo de los suyos.

—Ha dicho usted que no se había producido ningún crimen atribuido a un sacamantecas en varias décadas —señaló Cristo—,

¿conoce cómo fue el último crimen así en Las Hurdes?

—Sucedió mucho antes de que yo llegara a la comarca —respondió el capitán—, así que no conozco los detalles, ni he querido hacer averiguaciones al respecto. Después de más de treinta años, ¿qué puede tener que ver ese caso con el que tenemos ahora entre manos? Nada. Nada en absoluto.

—Yo tampoco creo que tenga ninguna relación. Pero me gustaría saber cómo se resolvió entonces. Si es que se resolvió.

—No, no se resolvió. Eso sí lo sé. Pero ni tengo más información ni interés en conseguirla.

—¿Y qué puede contarme usted sobre los anarquistas que estaban ahí fuera hace un momento?

El capitán se reclinó hacia delante, apoyó los codos en la mesa y, sin retirarse el puro de la boca, lo miró a los ojos.

—¿Anarquistas? Eso es una majadería, don Valerio. No hay anarquistas en Las Hurdes. Ni comunistas. Ni socialistas. Ni nada que se parezca ni remotamente a un movimiento político reglado.

—Las consignas que gritaban eran muy claras, capitán.

—Es posible que haya algún agitador infiltrado. Pero de ahí a considerar que en Las Hurdes hay verdaderos anarquistas hay un largo trecho. Yo conozco bien esta tierra, y le puedo asegurar que detrás de esas consignas no hay nada. Solo aire. Así que le pido, casi le suplico, que no lleve por ahí su investigación.

—¿Por la política, se refiere?

—Mire, yo no puedo prohibirle a usted que investigue, porque como usted dice sus órdenes vienen de más arriba. Pero debe tener mucho cuidado con lo que pregunta. Porque no es de recibo relacionar el anarquismo con el crimen de Augusta, o con las protestas que se hayan producido o se puedan producir a raíz de ese crimen. Es lo que le decía antes: sin pretenderlo, puede ser usted quien ponga en peligro el viaje del rey.

—Lo tendré en cuenta. De todos modos, no tenía pensado ahondar en esa vía: lo preguntaba casi como curiosidad. Por ahora, lo que pensaba hacer es interrogar a algunos vecinos de la aldea en que vivía la niña y ver qué se puede sacar en claro.

—¿Ha leído usted el resumen de los testimonios que recogimos en

las primeras horas, tras el crimen?

—Sí. Aunque me gustaría leer también los testimonios originales, tal cual se redactaron.

—Esos testimonios nunca se redactaron. Abandonamos la investigación antes de hacerlo. Pero aunque los hubiéramos redactado, igualmente a estas alturas ya los habríamos destruido. El resumen que ha llegado hasta usted es todo lo que hay. Hace unos días, yo mismo me acerqué hasta el juzgado de instrucción de Coria para dictarlo por teléfono a un secretario del gobernador Eloy Bullón.

—¿Y lo dictó de memoria?

—Tampoco fue complicado. Salvo por los dos niños que acompañaban a Augusta esa mañana, nadie vio nada, y nadie pudo señalar a un sospechoso. Y le aseguro a usted que los guardias civiles tenemos muchos defectos, pero sabemos interrogar mejor que nadie. Nos encargamos de hacerlo a fondo durante esas horas posteriores al crimen, hasta el momento en que tomamos la decisión de no seguir adelante con el proceso. Así que allá usted con lo que se hace, pero no va a obtener nada de los interrogatorios que pretende, ya se lo adelanto.

—Aun así, me gustaría hablar personalmente con algunas personas de Cambroncino. Conocer sus impresiones. Han pasado algunos días desde el crimen y quizá alguno haya recordado algo interesante. O quizá alguno haya averiguado algo en este tiempo.

—¿Y con qué personas querría usted hablar, concretamente?

—Con los familiares de Augusta, para empezar.

—Le recomiendo que no lo haga. Ya ha visto que son los familiares de la niña los que encabezan las protestas. Ellos no podrán ayudarlo. Lo mejor es que los deje en paz, si no quiere caldear más los ánimos.

—Entonces hablaré con esos dos niños que acaba de mencionar usted, los que vieron al asesino llevarse a Augusta.

—Tampoco podrán ayudarlo: lo que vieron es lo que consta en el resumen que hice yo de sus testimonios. Además, son dos niños de muy corta edad, que en su día se mostraron muy afectados por la angustia y el nerviosismo, y por ello quién sabe si lo que dijeron era cierto. En cualquier caso, lo que vieron esos niños fue a un hombre

medio embozado cuya descripción se podría ajustar a la de casi cualquiera. Nada más.

—Lo pinta usted muy negro.

—Si hubiéramos identificado a algún sospechoso justo tras el crimen, lo habríamos detenido al instante y no nos habríamos planteado enterrar la investigación. Pero ese era el problema: de entrada no había ningún hilo del que tirar, y todo indicaba que la investigación iba a alargarse días, puede que semanas, obligándonos a movilizar docenas de efectivos en interrogatorios aleatorios y en su mayor parte inútiles, y que todavía iba a estar activa durante la visita del rey. No podíamos consentirlo.

—Por lo pronto, creo que esta mañana me acercaré a la misa por la niña. A partir de ahí, decidiré. Y si realmente no hubiera ningún hilo del que tirar, como usted dice, pues tal vez le haría caso y me dedicaría a descansar.

Capítulo ocho

De vuelta en la calle, Zillo condujo a Cristo hasta la iglesia, que quedaba en la otra punta del pueblo, casi a las afueras. Esta era grande, de pizarra, con una fachada sobria, gruesos contrafuertes y una modesta espadaña. El campanario, también de piedra, no estaba unido al templo, sino que era un edificio exento, ubicado a unos cincuenta metros.

Los mismos hombres que poco antes habían estado alborotando en la puerta del cuartel guardaban entonces silencio mientras esperaban para entrar, acompañados por sus padres, madres, esposas e hijos; la misa, comentó alguien en voz alta, se había retrasado más de media hora —aproximadamente el tiempo que Cristo había estado conversando con el capitán Liédena— como medida de precaución, hasta que se tuvo la seguridad de que no iban a producirse alteraciones del orden.

Muchos vecinos se quedaron fuera por falta de espacio, y Cristo pensó que el capitán tenía razón: poco podían tener de anarquistas quienes, tras el fragor de la protesta, acudían mansamente a rezar a una iglesia.

De entre quienes permanecieron fuera hubo alguien que enseguida llamó la atención de Cristo. Era una mujer de unos cuarenta años que, saltaba a la vista, no era una aldeana como las demás. Vestía totalmente de negro, y su vestido, aunque recatado y sencillo, sin lazos ni adornos de ninguna clase, se percibía de una calidad muy superior a cualquier prenda de las que vestían quienes entonces ocupaban la plaza frente a la iglesia. Sobre la cabeza llevaba una mantilla también negra, y bajo esta el cabello, moreno aunque ya veteado de canas, recogido en una especie de moño o trenza imbricado con una pieza de tela. Tenía la piel muy blanca, los ojos castaños y el gesto serio, aunque no lloraba, sino que

observaba a la muchedumbre con reserva, manteniéndose a cierta distancia, guarecida del sol de media mañana en el hueco de un portal, inmóvil y con los brazos cruzados.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Cristo, señalándola con la cabeza.

—¿Esa? Doña Rocío, ¿quién va a ser? —respondió Zillo.

—¿Y quién es doña Rocío?

—¿No la conoce usted, señor Cristo?

—Se te olvida que llegué a Las Hurdes anoche.

—Sí, ya lo sé. Pero pensé que fuera de Las Hurdes también la conocerían. Doña Rocío es la viuda de don Germán, el que fuera conde de Riolobos, que se murió hará tres o cuatro años.

—¿Esa mujer es una condesa?

—Sí. Bueno, condesa consorte o como se diga. O sea que no nació condesa, sino que se hizo condesa al casarse con el conde.

—Tanto da. La cuestión es que tenéis a una condesa viviendo en Casar de Palomero. Quién lo hubiera pensado.

—No vive aquí de continuo. El difunto conde tenía su palacete en Coria, y allí es donde doña Rocío pasa casi todo el tiempo. Aunque muchos de los terrenos de Casar de Palomero y de las alquerías de por aquí cerca eran del conde, y como ahora son de su viuda, pues doña Rocío viene de visita a menudo, supongo que a vigilar que los capataces no la engañen con las cuentas y cosas así. Antes, los condes tenían una casa grande en el pueblo, pero doña Rocío la vendió nada más enviudar. Esa casa es ahora el cuartel de la Guardia Civil, el mismo donde ha estado usted hace un rato. Doña Rocío, cuando viene, prefiere quedarse en una casita pequeña que tiene cerca de la plaza. Y cerca de la fonda donde se aloja usted.

Cristo no hizo caso al tono con que Zillo había formulado aquel comentario. Supuso que el muchacho, al verlo vestir de traje y llegar en automóvil al pueblo, erróneamente lo habría considerado en un escalafón social próximo al de la condesa. Pero Cristo era muy consciente de que una condesa estaba tan fuera de su alcance como el planeta Venus.

—¿Y qué crees que está haciendo aquí la condesa de Riolobos? —preguntó Cristo.

—Pues lo mismo que están haciendo todos, me figuro yo —respondió Zillo.

—¿Sabes si la condesa tenía trato con la familia de la niña?

—No sabría decirle. El conde, que en paz esté, también tenía fincas cerca de Cambroncino, y puede que hasta en el mismo monte de la Corderina. O sea que no sería raro que la viuda conociera a los familiares de la niña, o hasta que hubieran trabajado para ella, lo mismo que han trabajado o trabajan para ella muchos de los que están a nuestro alrededor. Pero aunque no conociera personalmente a la familia de la niña, es normal que doña Rocío haya querido venir a presentar sus respetos. Qué menos que eso, ¿no le parece?

—¿Tú la conoces? En persona, me refiero.

—No, no. Con el conde sí que hablé alguna vez, siendo yo niño. Pero con doña Rocío nunca. El doctor Álamo sí que la conoce, porque alguna vez la ha atendido en su consulta a ella o a su hijo, cuando han pasado temporadas en Casar de Palomero.

—Pues es una pena que el doctor no esté aquí, porque me gustaría que me la presentara.

—¿Tanto interés tiene en ella?

—Mi experiencia me dice que arrimarse a una persona poderosa abre muchas puertas. Pero en este caso lo que me puede es la curiosidad. Se la ve tan fuera de lugar, tan diferente a la gente a su alrededor… Es como un elemento extraño en el paisaje. Y eso me descoloca.

—Pues hasta donde yo sé, señor Cristo, aquí el único elemento extraño que hay es usted, dicho sea con perdón. Porque doña Rocío es tan hurdana como yo.

—¿Ah, sí?

—El difunto conde de Riolobos no: ese nació fuera, en Madrid o en otra parte. Según cuentan apareció un buen día en Las Hurdes y comenzó a comprar fincas, y luego se asentó en Coria, para ir y venir cuando le pareciera. Al poco de llegar, conoció a doña Rocío y se encaprichó con ella, y enseguida se casaron, pese a que ella, como le digo, no tenía ni una pizca de sangre azul. Tampoco era lo que se dice una desamparada, no se vaya a pensar: la familia de doña Rocío era una de las principales de Pinofranqueado, una aldea

que está aquí al lado y que es tanto o más rica que Casar de Palomero. Pero, aun así, a decir de casi todos, el casamiento era muy desigual, porque ella iba para ricachona de pueblo, no para condesa. Y los hay que la siguen viendo y tratando como eso mismo, como una hurdana más. Una hurdana con ínfulas.

En ese momento se produjo un estremecimiento en el gentío, seguido de una cadena de siseos para pedir silencio. Los varones, incluso los que estaban fuera, se descubrieron la cabeza, y Cristo hizo lo propio. Dentro de la iglesia, la misa había dado comienzo.

Cristo aguardó unos minutos y, a continuación, para estupor de Zillo, se desplazó discretamente hasta donde se encontraba la condesa. Aunque su discreción no bastó para que ella no reparara en él mucho antes de tenerlo al lado. Hubiera sido difícil que no lo hiciera, por la diferencia de altura entre Cristo y el resto de los congregados en la plaza.

—¿Quién es usted? —preguntó la condesa casi en un susurro, escudriñándolo de arriba abajo, y Cristo no tuvo ninguna duda de que ella podía ver más allá de su traje y adivinar que quien tenía delante, aun sin ser autóctono, no distaba mucho de los pobres campesinos que lo rodeaban.

—Don Valerio Lubián —se presentó Cristo, con una media reverencia, procurando no levantar la voz.

—Yo soy doña Rocío —repuso ella, como si fuera innecesario mencionar su heráldica, y sin deshacer el cruce de brazos para tenderle una mano que Cristo pudiera besar o estrechar—. ¿Qué es lo que desea?

La condesa conservaba un rastro de acento que, de primeras, sin la aclaración previa de Zillo sobre su procedencia, Cristo no hubiera sabido reconocer como hurdano. Aquella mujer se esforzaba por distanciar su habla de la de sus paisanos.

—Saludarla, nada más —respondió Cristo—. Voy a pasar unos días en Las Hurdes, y me pareció que lo correcto era acercarme a conocerla. Aunque quizá no haya escogido bien el momento.

—No, no lo ha escogido bien. Pero ya está hecho.

Emergió un murmullo del interior de la iglesia. Estaban rezando una oración. Los dos callaron hasta que hubo terminado.

—¿Qué ha venido a hacer usted a Las Hurdes, don Valerio? —preguntó de pronto la condesa, en voz tan baja que a Cristo le costó entenderla, pese a que encontrándose al cobijo del portal, en realidad una especie de atrio o zaguán con techo en arco donde apenas había sitio para ambos, hubiera sido complicado que alguien la oyera incluso hablando a viva voz—. ¿Es usted una avanzadilla de la comitiva real?

—En absoluto.

—¿Entonces?

—Si le dijera que estoy de vacaciones, no se lo creería, ¿verdad?

—Le ruego que sea respetuoso. Aunque no hayamos entrado a la iglesia, estamos en mitad de una misa. No me responda si no le apetece, pero no haga bromas.

—Tiene razón, disculpe. He venido a Las Hurdes por un asunto privado.

—¿Algún negocio?

—Más o menos.

—Conozco a muchos hombres de negocios, empresarios, banqueros, abogados, administradores, etcétera. Y usted no tiene pinta de ser nada de eso.

—¿Y de qué tengo pinta?

—No sabría decirle. Pero tampoco es un hombre de campo. No es ganadero ni nada parecido. Y por cómo habla, tampoco es extremeño.

—Vivo en Madrid desde hace muchos años.

—¿Y a qué se dedica exactamente?

—No sé si debo decírselo.

—Entonces está claro qué es usted.

—¿Qué soy?

—Un policía secreto.

Cristo no pudo contener una carcajada que atrajo algunas miradas de reprobación.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó.

—Tanto secretismo solo se explica si ha venido usted por algún asunto relacionado con la visita de Su Majestad el rey. Y si no forma usted parte de su séquito, no queda otra alternativa sino que sea

usted policía. Porque me sorprendería mucho que fuera periodista.

—No, no soy periodista.

—Además, he oído que hace poco detuvieron a un anarquista en Salamanca que pensaba venir a Las Hurdes y atacar al rey. Luego, es normal que la Policía esté vigilando de cerca lo que ocurre en la comarca.

—También podría ser que yo fuera un anarquista y que yo quisiera atacar al rey.

—Le he dicho antes que no es el lugar ni el momento para bromas.

—Le pido disculpas otra vez.

—Usted no puede ser un anarquista porque anoche estuvo charlando y cenando con el doctor Álamo, y al parecer hasta lo acompañó usted a visitar a una paciente. Y el doctor es un hombre peculiar, pero de anarquista no tiene nada.

Cristo se encendió sigilosamente un pitillo mientras que en el interior de la iglesia entonaban una nueva oración.

—Ha venido usted a Las Hurdes por ella, ¿no es cierto? —preguntó la condesa, señalando con la cabeza a la iglesia—. Por la niña.

—Algo así —admitió Cristo.

—Dicen que la mataron unos lobos. Pero muchos creen que eso es mentira, y que la niña murió de otra manera.

—¿Y usted qué opina?

—¿Yo qué voy a opinar? Nada. Yo no tengo ni idea de lo que pasó. No me costaría mucho enterarme, porque tengo buen trato con el señor juez de instrucción de Coria y con el capitán Liédena, pero prefiero no mezclarme en lo que no me atañe. Haya sido un lobo o una persona quien la mató, la pérdida es la misma. La muerte de un hijo es una tragedia irreparable para cualquier familia, sea cual sea el motivo.

—Ya. Pero estoy seguro de que si Augusta hubiera muerto de una enfermedad, pongamos por caso, hoy esa iglesia estaría vacía.

—Puede ser. Pero perder a un hijo por una enfermedad larga, viendo cómo se consume lentamente día tras día, es mucho más doloroso que perderlo de repente.

—No sé si estoy de acuerdo.

—¿Tiene usted hijos?

—No.

—Si los tuviera, me daría la razón.

—Es posible. Usted sí que tiene un hijo, ¿verdad? ¿De qué edad?

—Ocho años.

—Más joven incluso que Augusta. ¿La conocía usted, por cierto? ¿A ella o a su familia?

—Supongo que alguna vez la habría visto al pasar por su aldea, lo mismo que a sus padres, que creo que estuvieron empleados por mi esposo alguna vez hace años. Pero no, no los conocía. Llevo mucho tiempo viviendo fuera de Las Hurdes, y aunque vuelvo una o dos veces al mes, solo paso aquí el tiempo imprescindible para cumplir con los compromisos que tenga pendientes.

—¿No le gusta esto?

—¿A quién podría gustarle? No se deje engañar por lo que ve en este pueblo: Casar de Palomero tiene poco que ver con las verdaderas Hurdes, las que quedan más arriba, al interior. Pero incluso aquí ya se puede percibir la cercanía de la miseria. Casi le diría que se puede oler.

—Pero es usted hurdana. O eso me habían comentado.

—Sí, lo soy. Muy a mi pesar. Nacer en Las Hurdes es una condena de la que nadie se libra nunca.

—¿Lo dice en serio?

—¿Estaría usted orgulloso de sus raíces, de haber nacido en un lugar como este?

—No sabría decirle.

—Donde quiera que vaya, aunque me encuentre en una ciudad a cientos de kilómetros de aquí, siempre me acompaña el estigma de mi nacimiento. Mi sangre hurdana. Más que un estigma es como la marca de Caín. En todas partes consideran a los hurdanos seres inferiores. Degenerados. No se imagina usted la cara con la que me miran en ciertos sitios cuando se enteran de dónde provengo.

Otro rumor en el interior de la iglesia les indicó que la ceremonia estaba cercana a su fin. Aunque Cristo nunca se había preocupado de aprender el significado de las oraciones del réquiem, reconoció la

melodía del «Agnus Dei» que en esos momentos estaba entonando el cura. Según parecía, iba a ser una misa algo más corta de lo habitual.

—Disculpe si me he tomado una confianza excesiva con usted al hablarle con tanta franqueza, don Valerio —indicó la condesa.

—No tiene que disculparse por nada, doña Rocío —repuso Cristo —. Yo le agradezco la confianza.

—Se quedará usted en Las Hurdes hasta la llegada del rey, supongo.

—No lo creo. Espero regresar a Madrid bastante antes.

—En ese caso, no se vaya sin despedirse.

—No lo haré, tranquila.

Capítulo nueve

—¿Qué le ha parecido a usted la condesa, señor Cristo? —preguntó Zillo.

La misa había terminado. Cristo y Zillo caminaban entre la multitud en dirección a la plaza Mayor. La condesa se había quedado atrás para dar el pésame personalmente a la familia de la niña.

—Una mujer excepcional, en más de un sentido —respondió Cristo.

Zillo rio y probablemente hubiera soltado algún comentario soez de no ser porque Cristo lo atajó con un gesto de su mano.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Zillo.

—Nos acercaremos a ver el lugar donde mataron a la cría —respondió Cristo—, y luego a interrogar a los niños que estaban con ella cuando se la llevaron. El capitán me ha dicho que no podrán aclararme nada, pero igualmente quiero hablar con ellos.

—¿Voy a buscar los caballos, entonces? Cambroncino está a unas dos leguas. Muy lejos para ir a pie.

—Sí. Y pasa también a comprar víveres. Te espero en la plaza en diez minutos.

Cristo entregó a Zillo unas monedas y el muchacho corrió a cumplir los encargos. Mientras, Cristo regresó a su habitación en la fonda y de nuevo se colgó el revólver al cinturón. También aprovechó para releer rápidamente el testimonio de los niños —o el resumen del mismo— que constaba en los documentos que le había entregado el gobernador.

Todavía no habían dado las doce cuando partieron hacia Cambroncino. Según Zillo, el camino más corto desde Casar de Palomero era llegar hasta Rivera Oveja y luego doblar al norte. El problema era que esa ruta discurría campo a través, sin ningún sendero marcado, y además les obligaría a que vadear el río de los

Ángeles en algún punto. Era una ruta que acostumbraban a usar pastores y jornaleros cuando iban a pie, y sin duda era la que habrían recorrido la mayoría de los vecinos de Cambroncino para acudir a la misa por Augusta esa mañana. Sin embargo, yendo a caballo lo suyo era dirigirse al oeste, alcanzar la aldea de Calabazas y unirse allí al camino principal que atravesaba Las Hurdes de norte a sur.

Durante el primer tramo del viaje, Zillo no dejó de hablar. Fue saltando de un tema a otro como si sintiera la necesidad de llenar el silencio para agradar. Cristo, más interesado en el paisaje, no le prestaba demasiada atención, aunque de hecho sí que le agradaba el soniquete de su cháchara. Ciertamente, pensó, el doctor Álamo había tenido una buena idea en hacer que el muchacho lo acompañara.

En media hora escasa llegaron a la aldea de Calabazas, a la que, sin embargo, Zillo se refirió varias veces como Caminomorisco. Tanto daba el nombre, se dijo Cristo. La cuestión es que tampoco aquel lugar le pareció un rincón aislado e insalubre para vivir. Era un pueblo de tamaño mediano, y aunque no se detuvieron sino que lo atravesaron al trote —atrayendo las miradas de muchos de sus vecinos—, aun así pudo observar que contaba con algunas tiendas y tabernas. Las casas, pese a que en su mayoría eran de piedra y de apariencia humilde, lucían a su vez dignas y bien mantenidas.

—Todavía tengo pendiente ver esas Hurdes miserables de las que tanto se habla por ahí fuera —comentó Cristo, ya a la salida de Calabazas. A ambos lados del camino se veían fincas con olivos y algunos viñedos, y un poco más allá unos cerros de poca altura, todavía verdes y frescos en aquellos primeros días de verano—. Esto es un vergel.

—No se engañe —repuso Zillo—. Lo malo es lo que hay de acá para arriba, en lo que llaman Las Hurdes Altas. Ahí es donde está toda la miseria del mundo *arrejuntá*.

Abandonaron el camino principal cuando ya tenían frente a ellos la alquería de Cambroncino, que aun desde la distancia se apreciaba que era muy pequeña, apenas un puñado de viviendas de pizarra negra esparcidas en la falda de un monte. Cristo ni siquiera habría

reparado en ella de no ser por una iglesia de tamaño descomunal respecto a la aldea, que se asomaba sobre esta desde un risco, a modo de atalaya.

—¿Eso es un monasterio o algo así? —preguntó Cristo.

—No —respondió Zillo—. Esa es la iglesia que dicen de Las Lástimas. Se llama así porque todo el que la ve por primera vez piensa que es una lástima que una iglesia tan grande y tan bonita esté ahí escondida, en Cambroncino, y no en otra parte donde la pudiera visitar más gente.

—No sé si es tanto como una lástima, pero desde luego es sorprendente encontrarse con un edificio así en mitad de Las Hurdes.

—Según dicen, los que la construyeron en su día, hará no sé cuántos años, tenían pensado hacerla en otro pueblo más importante, quizá en Calabazas o en Casar de Palomero, pero como no conocían Las Hurdes se equivocaron y comenzaron a levantarla donde mejor les pareció, y luego ya no hubo remedio.

—Eso tiene que ser mentira.

—Será mentira, pero bien podría ser verdad.

La iglesia y su torre enseguida quedaron ocultos a su vista desde el sendero por el que ascendían entonces, el cual fue retorciéndose sobre sí mismo, cada vez más estrecho y más oprimido por los árboles y la vegetación, hasta alcanzar una especie de claro o terraza natural delimitado por algunas cercas para el ganado.

—Aquí es —indicó Zillo—. Esto es la Corderina. Justamente de aquí se llevaron a la niña. Lo que no sabría decirle es dónde la encontraron luego ya muerta. Tuvo que ser un poco más arriba, cerca de la cumbre, pero fuera del sendero por el que estamos subiendo.

Era la una y media y el calor apretaba. Cristo propuso que desmontaran y comieran allí mismo, a la sombra de unos castaños. También los caballos necesitaban descansar un poco después de la subida.

Zillo había comprado algo de queso, embutido y —en vez de pan— un dulce o masa de harina frita que, según dijo, era típico de la comarca y al que llamaban *matajambres*. Lo traía todo en un morral

que colgó del cuerno de la silla de montar para vaciarlo. También había traído una cantimplora con agua y otra con vino.

—Lo que no me explico es cómo pudieron llevársela y matarla en pleno día sin que nadie viera nada —dijo Cristo, después de dar un trago de esta última y abanicándose enérgicamente con el sombrero; acababa de quitarse la chaqueta y la había dejado doblada sobre el asiento de Cristión—. Esto no está tan apartado del camino ni del pueblo como yo había imaginado, y quien la mató tuvo que huir luego cargado con la sangre y las vísceras de la niña.

—Eso no tiene misterio —repuso Zillo, con la boca llena de *matajambres* y recostado sobre unos arbustos—. Estos montes están todos llenos de atajos por los que cualquiera que los conozca puede moverse sin que lo vean.

Tras comer un par de bocados —no le entraba más con aquella temperatura—, y mientras que Zillo sesteaba plácidamente, Cristo caminó un poco alrededor del claro, sin alejarse mucho. Entre el viaje en coche del día anterior y la poca costumbre que tenía de montar a caballo, notaba la espalda tensa y las piernas entumecidas, y consideró que le sentaría mejor estirarlas un poco que echarse a descansar sin más. Cuando regresó junto a Zillo, minutos después, este se había levantado y estaba ocupado en engullir el resto de los *matajambres* guardados en el morral.

—¿Le puedo preguntar algo, señor Cristo? —dijo, de nuevo con la boca llena, aunque bajando la voz y adoptando un tono repentinamente grave.

—Dime.

—¿Es usted un policía?

—¿Yo? Ni pensarlo.

—¿De verdad que no?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por la pistola.

Ofuscado como estaba por el calor, Cristo no había reparado en que, al despojarse de la chaqueta, el revólver había quedado a la vista.

—No, no soy policía —insistió.

—Pero ha venido a averiguar quién mató a la niña.

—¿Y qué?

—Pero no es usted policía.

—No, no lo soy.

—¿Me lo jura usted?

—Te lo juro.

—Perdone si le he molestado. Es que no me gustan los policías. A mi hermano mayor una vez lo agarraron los guardias por robar unas bellotas al borde de un camino cuando venía del mercado de Ahigal, y le dieron palos hasta sacarle dos dientes y anduvo cojeando y escupiendo sangre un mes entero. Sería hace ocho o diez años, yo era un crío y él poco más o menos. Bien hubiera estado que le dieran un escarmiento, porque no hay que robar, pero lo que le hicieron no estuvo bien. Además de que robar por hambre es como no robar. O eso me parece a mí.

Cristo iba a responderle algo, pero no llegó a hacerlo: por el sendero se aproximaba alguien montado en un burro. Era un anciano bajo y barbudo, vestía una blusa azul desabotonada y sombrero de paja, y sus pies descalzos y negruzcos colgaban a cada lado del animal sin el apoyo de ningún estribo. Tampoco usaba silla de montar, sino una simple manta hecha de retales. El burro era gris y no parecía menos anciano que quien lo montaba: avanzaba a duras penas, a pasitos cortos, arrastrando casi las pezuñas por el suelo.

—Buenas tardes —lo saludó Cristo, cuando el anciano estuvo a su altura, y al hacerlo pudo notar el gesto de alarma en su cara; posiblemente se habría quedado traspuesto por el calor durante la subida y Cristo lo había despertado. Sin embargo, el anciano pareció relajarse de inmediato al mirar un poco más allá y reparar en Zillo.

—A las buenas tardes —dijo el anciano—. Me parece a mí que andan ustedes muy extraviados por aquí arriba.

El acento del anciano era tan cerrado que Cristo, aun con la práctica adquirida en aquellas últimas horas, apenas pudo entenderlo: «*Mi paeci a mí qui andan ustei mu estraviau paquí arriba*».

Zillo lo saludó refiriéndose a él por su nombre —tío Pucho— y a continuación añadió:

—Este caballero anda indagando a ver qué pudo ocurrirle a la niña que mataron los lobos aquí, en este monte. ¿Sabe usted algo de eso, tío Pucho?

—¿Los lobos? —repuso el anciano, dirigiéndose a Cristo—. Los lobos no han atacado aquí a nadie desde hace por lo menos cien años. Los lobos están más arriba, en Las Batuecas y por allá. Hasta Cambroncino no bajan nunca. Eso lo sabe cualquiera. Otra cosa es que nos quieran contar que fueron los lobos. Pero no fueron los lobos, claro que no.

—¿Usted pasó por aquí ese día, tío Pucho? —preguntó Zillo.

—Sí, señor. Pasé a la misma hora que hoy, que es mi hora de siempre, y ya andaban por aquí unos cuantos buscándola. Yo también me bajé del burro y me junté con ellos para ver si la encontrábamos.

—¿Y estuvo presente cuando la encontraron? —intervino Cristo—. ¿Vio usted el cuerpo?

—Lo vi, claro que lo vi. Y maldita la hora, porque no se me va de la sesera. Y fíjese usted que yo, a mis años, qué no habré visto ya. Pero la *dagala* esa desnuda, ahí toda despanzurrada, con la piel tan blanca y las entrañas afuera… Por Dios, que fue algo que yo no quisiera haber visto nunca. Pero eso no lo hicieron los lobos, por vida mía que no.

—¿Y no sabrá usted quién lo hizo? —preguntó Zillo, con tanta naturalidad que a Cristo estuvo a punto de escapársele una carcajada. El anciano, sin embargo, respondió con rotundidad.

—Toma, pues claro que lo sé. Lo sé yo igual que lo saben todos en Cambroncino y alrededores. Otra cosa es que nadie tenga valor de decirlo.

—¿Y usted se atreverá a decírnoslo, tío Pucho?

—Si ustedes quieren que se lo diga, ¿por qué habría de callarme? Con la verdad se va a todas partes, y yo ya estoy mayor para tenerle miedo a nada.

—Dígalo, pues —lo instó Cristo, pese a que no tenía muy claro si aquel hombre hablaba o no en serio.

El anciano se arqueó sobre el burro para arrimarse a ellos, como si fuera a confiarles un secreto, aunque no debía de haber nadie más

en muchos kilómetros a la redonda.

—Fue la Minerva, ¿quién iba a ser si no?

—¿Minerva? —repuso Cristo—. ¿Esa quién es?

—La bruja —indicó Zillo.

—La bruja, talmente —dijo el anciano—. La última que queda en El Teso.

—¿El Teso es un pueblo? —preguntó Cristo.

—Es una *aldeína* que está aquí mismo, al otro lado del monte, pegando con Cambroncino —respondió Zillo—. De siempre se ha dicho que era en El Teso donde vivían las brujas de Las Hurdes, porque las echaron de los demás sitios y se fueron a juntar ahí.

—Pero en El Teso también vive gente normal —aclaró el anciano —. Brujas de verdad ya solo queda una: la Minerva. Nadie en el pueblo duda de que fue cosa suya, porque si baja usted desde la Corderina todo tieso, por el otro lado del monte, llega a casa de la Minerva en un santiamén. Es como si hubiera matado a la niña a la puerta de su casa, para entendernos.

—Pero esto —dijo Cristo—, las sospechas que hay en su pueblo sobre esa mujer, ¿se las han comunicado a la Guardia Civil?

—Hombre, por supuesto. Menuda pregunta. Si, además, la mismísima Guardia Civil se presentó en El Teso la tarde en que mataron a la niña para llevarse presa a la Minerva.

—¿Se llevaron presa a esa mujer?

—Sí. Aunque estuvo de vuelta en El Teso a la mañana siguiente, como si nada.

—Si la dejaron libre, sería porque era inocente.

—Eso quieren que nos creamos, pero no se lo cree nadie. Y como no les gusta que se hable de la Minerva, los guardias han ido amenazando con arrestar a quien la acuse de algo, o a quien se atreva siquiera a arrimarse a ella. Pero ya les he dicho que yo no tengo miedo a nada. Soy muy mayor para tener miedo.

Cristo calló un instante, y Zillo aprovechó para ofrecer al anciano un trago de la cantimplora de vino. El anciano dio un par de sorbos sin bajarse del burro.

—¿Está usted seguro de que la Guardia Civil se llevó presa a esa mujer? —preguntó Cristo.

—La sacaron de su casa después de anochecida para llevársela sin que lo viera nadie —respondió el viejo—. Pero muchos la vimos desfilar entre los guardias por el camino hacia Casar de Palomero.

—¿Y no puede ser que se la llevaran para interrogarla, nada más?

—A ella se la llevaron con los grilletes, así que usted me dirá.

A Cristo, en realidad, no le sorprendía tanto que la Guardia Civil hubiera detenido a una mujer y la hubiera interrogado en el cuartel, fuera o no en calidad de sospechosa, como que ese detalle no figurara en la documentación que tenía del caso. Por más que el capitán Liédena no lo hubiera considerado una diligencia relevante —si acaso durante el interrogatorio se había descartado la culpabilidad de la mujer—, lo normal hubiera sido mencionarlo aunque fuera de pasada. O haberlo mencionado al menos durante la reunión que habían mantenido esa mañana.

—¿Cómo es que no ha ido usted esta mañana a la misa por Augusta en Casar de Palomero, tío Pucho? —preguntó Zillo, como si se hubiera percatado de que Cristo estaba con su pensamiento en otra parte en ese momento—. Porque no me ha parecido verlo por allí.

—Pues con gusto hubiera ido, pero tenía muchas cosas que hacer. Aunque tampoco soy yo muy de misas, no se crean. Díganme, ¿ha habido algún problema? Anoche los mozos del pueblo andaban diciendo que pensaban formar jarana con la excusa de la misa. ¿Saben si han detenido a alguno?

—Me parece que no —respondió Zillo—. Hubo una protesta enfrente del cuartel, pero se desinfló enseguida.

—No me extraña. Anoche estaban todos muy bravos a cuenta del vino, pero ya suponía yo que la sangre no llegaría al río, y que nada más que tuvieran a los guardias delante se les acababa el valor. En estos días también los ha habido que decían que habría que llegarse hasta El Teso y darle su merecido a la Minerva, pero igualmente, a la postre, ninguno se ha atrevido. Aunque esto no ha sido solo por las amenazas de los guardias… A una bruja no se la puede arrinconar de cualquier manera; hay que tener mucho cuidado con lo que se le dice y lo que se le hace. Y más a la Minerva, que no solo tiene la magia de su lado, sino también a su hermano. Y cualquiera sabe qué

será peor.

—¿Quién es el hermano? —preguntó Cristo?

—Uno al que le dicen el Botas —dijo el anciano—. Rodrigo *el Botas*. Es peor que la sarna. Un diablo. Zillo podrá decírselo, que también él debe de conocerlo, porque todos en Las Hurdes conocen al Botas. Nadie quiere cuentas con él, todos le escapan, y a más de uno se ha llevado por delante, aunque nunca ha habido manera de que lo encierren. Quien no teme a la Minerva por bruja, la teme por su hermano.

—¿Y a ese hombre no lo detuvo la Guardia Civil cuando lo de la niña?

—A él creo que no… Y eso que, si la Minerva fue la que mandó que la mataran, lo normal es que el Botas fuera el matarife. Porque siempre anda listo con la navaja, y se la coloca a cualquiera en los riñones en un santiamén. Pero, por esto mismo, al Botas no habrá nadie que se le plante delante y lo acuse de nada.

Cristo se volvió entonces hacia Zillo en busca de alguna explicación. No entendía cómo el joven no le había hablado antes de aquella mujer y de su hermano. Tampoco lo había hecho el capitán Liédena, pero con él ya arreglaría cuentas más adelante.

—Le pido disculpas, señor Cristo —dijo Zillo, interpretando el gesto con que Cristo lo observaba y bajando la cabeza—. A mí me había llegado algún rumor de que la Minerva y el Botas podían haber sido los que mataron a la niña Augusta, pero si no se lo dije fue porque yo sí tenía miedo de que los guardias me fueran a hacer algo. O de que me lo hicieran ellos dos, los hermanos, si se enteraban que yo los había nombrado. Por eso me callé.

—¿El doctor Álamo está al tanto de las sospechas que hay sobre estas dos personas? —preguntó Cristo.

—Yo diría que no. Al doctor no le gusta que le vayan con habladurías, y a fin de cuentas todo esto son habladurías. Puede que no fueran ellos.

—Ya lo creo yo que fueron ellos —señaló el anciano—. De eso no tengan ustedes ninguna duda.

El anciano rogó que le permitieran dar otro trago de la cantimplora de vino. Zillo se la pasó, junto con un pequeño trozo de queso de los

que guardaba en el morral. Cristo sacó de su tabaquera el penúltimo pitillo que le quedaba y se lo entregó, añadiendo a la recompensa una moneda de cinco pesetas.

—Una última cosa —dijo Cristo—, ¿dónde encontraron exactamente a la niña?

—Allá al fondo —respondió el anciano, señalando con la cabeza hacia un punto donde, una vez que se reparaba en él, se percibía que la vegetación entre la arboleda estaba pisoteada, como si fuera el inicio de una vereda secreta—. Se meten ustedes por ahí, van todo recto y hacia arriba, y llegarán en nada. No tiene pérdida, porque la habían colocado sobre una piedra lisa y grande que parecía un altar, al borde mismo de un barranco.

El anciano se despidió de ellos y se marchó por el sendero en dirección a la cumbre. Cristo y Zillo se adentraron en el bosque y en unos minutos alcanzaron una especie de mirador sobre una de las revueltas del sendero por el que habían ascendido antes. De inmediato identificaron la roca con forma de altar. Aunque, más que a un altar, a Cristo le recordó a una camilla, o a una mesa de operaciones. Tenía alrededor de un metro de altura por otro de ancho y dos de largo, y sobre su superficie rugosa se apreciaban unos chorretones oscuros que a simple vista nadie hubiera podido intuir que se trataba de sangre reseca.

—Se la acomodó sobre la piedra, la desangró y la abrió en canal para sacarle los órganos —dijo Cristo—, y no lo hizo al amparo de la noche sino a pleno sol, pudiendo ver bien lo que hacía. Y luego abandonó el cuerpo sin más, sin preocuparse de ocultarlo.

Zillo se mantuvo a cierta distancia, como si temiera que al acercarse fuera a imaginarse la escena de manera nítida.

—Hay que descubrir quién fue y hay que matarlo —dijo Cristo—. Hay que hacerlo porque es de justicia. Y ojalá sea yo quien lo haga.

Capítulo diez

—Hoy es martes y trece —apuntó Zillo—. Mal día para ir a visitar a una bruja.

Habían descendido del pico de la Corderina y estaban a punto de entrar en Cambroncino. Eran las cinco de la tarde y el sol continuaba apretando con fuerza, lo que explicaba que no se hubieran cruzado con nadie durante la bajada ni tampoco por las calles de la alquería.

—Antes de visitar a la bruja, quiero hablar con los niños que estaban con Augusta aquella mañana —dijo Cristo.

—Habrá que averiguar dónde viven —repuso Zillo—. Pero no creo que sea complicado.

Cambroncino tenía poco que ver con Calabazas o con Casar de Palomero. A pesar de que, según Zillo, la pobreza auténtica de Las Hurdes se escondía más adelante, en lo profundo de la comarca, Cambroncino era ya un caserío muy cercano a lo que Cristo había esperado encontrarse. Las viviendas se apiñaban en torno a un estrecho arroyo, a los pies de la iglesia, y estaban hechas de lajas de pizarra negra, las cuales, vistas desde lejos le parecieron a Cristo las escamas de algún reptil gigantesco. O el caparazón de una tortuga también gigantesca. No había una sola edificación de adobe o ladrillo, ni tampoco, exceptuando la iglesia y una casa que había justo al lado —quizá la residencia del sacerdote—, ninguna de más de una altura.

Llamaron a una puerta cualquiera, y una señora salió y les indicó adónde dirigirse. La que buscaban era una casa semejante al resto, diminuta y de piedra, a muy pocos metros de donde estaban.

La puerta estaba abierta y, a través del hueco, Cristo pudo adivinar varios bultos tumbados sobre la misma tierra, apretujados entre sí. La familia al completo dormía la siesta. Entre adultos y niños, Cristo calculó no menos de nueve personas en un espacio tan

reducido en el que él mismo, por su estatura, apenas habría podido tenderse a lo largo. En el centro de la estancia había un fogón con las brasas aún encendidas.

—¿Quién anda ahí?

Un hombre se puso en pie y saltó hasta la puerta. Tendría unos treinta años e iba desnudo de cintura para arriba. Su torso le recordó a Cristo a un sudario, una sábana de piel tostada envolviendo un esqueleto. Tenía los ojos azules y el cabello rubio, y despedía un olor fétido, una mezcla de sudor y cuadra. No tenía ningún diente sano.

—Busco a dos niños —dijo Cristo—. Lucas y Juan.

En la documentación del caso ni siquiera constaban sus apellidos, sino únicamente sus nombres, Lucas y Juan, como los evangelistas.

—Son mis hijos —indicó el hombre—, ¿para qué los buscan?

—Necesito que me cuenten lo que vieron aquella mañana, cuando alguien se llevó a Augusta —respondió Cristo.

—A Augusta no se la llevó nadie. La mataron los lobos.

—A mí no tiene por qué mentirme. Es mejor que no lo haga.

El tipo observó a Cristo detenidamente, como valorando de quién podía tratarse. La presencia de Zillo, a quien quizá conocía, parecía desconcertarlo aún más.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Valerio.

—¿Es usted policía?

—No. Pero para usted, como si lo fuera.

—Mis hijos ya hablaron con la Guardia Civil. Ellos no vieron nada. No estuvieron con Augusta esa mañana.

—Le he dicho que no me mienta.

—No le miento.

—Dígale a sus hijos que salgan y hablen conmigo. Aquí tiene, por las molestias.

Cristo le entregó unas monedas. En total, unas treinta pesetas. Las dudas del hombre parecieron disiparse al momento. Se volvió hacia el interior de la casa y llamó a los niños. Cristo los vio levantarse del suelo y acercarse a la puerta, mientras que el resto de familiares, la mayoría incorporados o ya de pie, atendía a la

conversación en silencio.

—Me han dicho que estuvisteis con Augusta el día en que la mataron —dijo Cristo, sin mediar preámbulo—. Contadme lo que pasó.

Los niños, según se indicaba en la documentación, rondaban los once años, la misma edad que tenía Augusta, pero a Cristo le parecieron mucho más jóvenes. No les habría supuesto más de seis o siete. Tal vez fuera porque los dos iban semidesnudos, ataviados únicamente con unos calzones que, para colmo, semejaban unos pañales. Con alguna prenda que cubriera la delgadez extrema de sus cuerpos, seguramente habrían aparentado algún año más. Llevaban la cabeza rapada y, al igual que el padre, tenían los ojos azules.

—Se la comieron los lobos —respondió uno de los niños, el que parecía más espabilado y que quizá fuera el mayor de los dos, aunque sería imposible asegurarlo. Cristo pensó que tal vez fueran mellizos. El niño, como el padre, hablaba con acento hurdano: «*Si la comierun lus lobus*».

—Eso no es verdad —repuso Cristo—. Y vosotros sabéis que no es verdad.

Los niños se miraron como preguntándose qué decir. El padre intervino:

—Contadle al señor lo que sabéis. Y que se vaya.

—Sé que visteis al hombre que se llevó a Augusta —añadió Cristo —. Lo sé porque me lo ha dicho la Guardia Civil.

Los niños se miraron de nuevo. El mismo que había hablado antes dijo:

—No vimos a nadie.

—Vuestro padre os ha dicho que me digáis la verdad —insistió Cristo.

—Es que no vimos a nadie.

—¿Cómo que no?

—No.

—Pero estuvisteis con Augusta antes de que se la llevaran.

—Tampoco, señor.

—A los guardias les dijisteis que sí. Que estabais con Augusta y que visteis al hombre que se la llevó.

—No. Nosotros no dijimos nada. No vimos nada.

—Pero estuvisteis en el cuartel. Os hicieron preguntas.

—Nos llevaron al cuartel y nos tuvieron allí mucho rato, sin explicarnos nada. Luego, un guardia nos dijo que a Augusta se la habían comido los lobos, y que si alguno nos preguntaba teníamos que decir nada más que eso. Y nos dejaron ir.

—¿Eso es cierto? —preguntó Cristo, volviéndose al padre—. ¿Eso fue lo que pasó?

—Así tal cual se lo están contando los críos, don Valerio —respondió este—. A mí me llevaron con ellos, nos metieron no sé cuántas horas en un calabozo, y ya de madrugada nos soltaron.

—Me habían dicho que sus hijos vieron a la persona que se llevó a Augusta.

—No vieron nada. Pero yo me imagino que lo que querían los guardias era que dijeran que sí habían visto algo. Aunque luego cambiarían de idea y por eso nos mandaron a casa.

—¿Eso qué significa?

Al tiempo que hacía la pregunta, a la que el hombre respondió encogiéndose sin más de hombros, Cristo cayó en la cuenta. De repente, lo vio todo claro. Aunque no hubieran visto nada, aquellos dos niños posiblemente iban a ser utilizados como testigos para implicar en el crimen al sospechoso que más conviniera. Era una práctica habitual en ciertos estamentos de la Justicia española, bien lo sabía Cristo. Los niños pequeños eran testigos más que adecuados, porque sus testimonios podían trastocarse tantas veces como fuera necesario excusándose en su edad, y así evitar el perjurio del que podía acusarse en su lugar a un testigo adulto. Sin embargo, cuando se decidió abandonar la investigación, aquellos niños, que ya habrían sido llevados al cuartel con la intención de que el juez les tomara declaración, resultarían un elemento incómodo, un estorbo. Sobre todo, porque para entonces debían de ser muchas las personas que estarían al tanto de que se trataba de dos testigos que, presuntamente, habían visto al asesino de Augusta.

—¿Está todo en orden? —preguntó el padre.

—Todo en orden, sí —respondió Cristo.

Cristo se preguntó por qué el capitán no le habría advertido de

ello. Sí que le había advertido de que era mejor que no intentara interrogar a los niños, ya que no podrían ayudarlo en nada. Pero se había cuidado de decirle que no podrían ayudarlo porque no habían visto nada. Probablemente, el capitán había actuado así —imaginaba Cristo— para no reconocer que, en las primeras horas de la investigación, la Guardia Civil había estado preparando una acusación sostenida en testimonios falsos, quizá para cubrirse las espaldas y arrestar a un sospechoso cualquiera en el caso de no dar con el verdadero culpable del crimen. También ahí es donde encajaría la detención de la mujer de la que les había hablado antes el anciano, Minerva, la supuesta bruja. El sospechoso que la Guardia Civil habría puesto en su punto de mira antes de difundir la versión del ataque de lobos —y al que posteriormente habrían podido apuntar los testimonios de los dos niños— debía de ser el hermano de esta, el tal Rodrigo *el Botas*.

—Gracias por su tiempo —se despidió Cristo, tendiéndole al padre otra moneda más—. Y hagan el favor de no contarle a nadie lo que han hablado conmigo.

—Descuide —dijo el hombre—. No le hablaremos de usted a nadie. Seremos como tumbas.

Capítulo once

El poblado de El Teso quedaba a apenas quinientos metros de Cambroncino, en un alto al que se llegaba por un camino encajonado por árboles que partía desde un extremo de la alquería. Cristo cabalgaba en silencio, todavía rumiando el encuentro con los niños y su padre. Mientras, Zillo le explicó a grandes rasgos lo que él conocía acerca de la mujer a la que se disponían a visitar.

—Para algunos —decía Zillo—, la Minerva es una aojadora perversa, una bruja de las que lanza males de ojos y roba niños recién nacidos en las noches de luna llena, ya se hace usted una idea… Pero para otros es una *entendía* que prepara ungüentos para aliviar

males, lo mismo un dolor de cabeza que un enamoramiento mal cerrado. También dicen que cuando le parece hace de *zahoríla* y ayuda a buscar pozos de agua.

—¿Tú la conoces en persona? —preguntó Cristo.

—No. Solo de verla pasar por los caminos cuando yo era más joven. Pero nunca hablé con ella. Ahora creo que la Minerva ya no sale mucho de El Teso, porque está muy mayor. Aunque yo conozco a gente que sigue viniendo hasta aquí para pedirle remedios.

—¿Y tú crees que alguien pudo sacrificar a la niña para conseguir uno de esos remedios, siguiendo su consejo?

—No lo sé, señor Cristo. Yo nunca tuve a la Minerva por una mala mujer. El malvado siempre fue su hermano, el Botas. Pero después de haber oído al tío Pucho acusarla con tanta insistencia, ya no pondría la mano en el fuego por ella.

El Teso resultó ser un conjunto de apenas media docena de viviendas, todas de pizarra, levantadas en mitad de un olivar y a ambos lados de un sendero que durante unos metros se convertía en una calleja estrecha. Junto a las casas había algunas huertas

rodeadas por tapias de escasa altura, y también gallineros y cobertizos para cerdos, cabras y ovejas.

—Conque esta es la aldea de las brujas —indicó Cristo—. Pues tampoco está tan mal, la verdad.

—No se fíe de las apariencias, señor Cristo. Ahora hay mucha luz y está todo tranquilo. Pero si camináramos por aquí en plena noche, la cosa sería distinta.

—No creo que diera más miedo que pasear por el centro de Madrid de madrugada, te lo garantizo. Por allí sí que pululan brujas, duendes y todo tipo de criaturas.

—Usted búrlese, pero vaya a saber cuántas veces han invocado las brujas al diablo en este paraje.

Zillo no supo decir cuál de todas era la vivienda de Minerva, así que, tras desmontar y amarrar los caballos a un roble en la misma entrada del poblado, llamaron a la puerta de la primera. No los atendió nadie; probaron en la segunda: tampoco. Los pocos vecinos de El Teso debían de estar fuera, en el campo, ocupados en sus faenas. Probablemente no regresarían a sus hogares hasta el anochecer.

Continuaron llamando a las puertas de una en una hasta llegar a la última. Esta era una vivienda como las demás, aunque era la única de cuyo tejado sobresalía una chimenea. Junto a la puerta había un pequeño ventanuco enrejado, y debajo de este, brotada de la misma tierra, sin maceta, una planta de varios tallos con flores blancas y frutos verdes, redondos y espinados. Parecía haber sido plantada directamente allí para poder regarla desde el interior de la casa.

—Estramonio —dijo Cristo, llevándose una mano a la nariz.

—La hierba del diablo —indicó Zillo—. Tiene que ser aquí.

Cristo llamó a la puerta y, segundos después, alguien la abrió desde dentro. Por el hueco se asomó una anciana canija y encorvada, vestida de negro, con el cabello gris y alborotado. Al hablar, su boca se convertía en una oquedad púrpura. Estaba desdentada, salvo por un colmillo solitario en la encía inferior. Tenía los ojos lechosos por las cataratas.

—¿Doña Minerva? —preguntó Cristo.

La anciana asintió con la cabeza. Sus ojos vacíos miraban al frente, hacia ninguna parte.

—Mi nombre es Valerio. Querría hablar con usted de un tema delicado.

—Yo ya sé de qué me quieren hablar —repuso la anciana—, pero yo no tengo nada que decirles a ustedes.

De todos los hurdanos que había conocido Cristo, aquella mujer era la que tenía un acento más impenetrable. Supuso que, en parte, era consecuencia de pronunciar sin dientes: «*Yo no tengu na que icirle a usteis*».

—Pues tendrá que hablar conmigo, le guste o no —señaló Cristo.

La anciana pareció dudar un instante. Cristo creyó que iba a cerrarles la puerta en la cara, pero lo que hizo fue invitarlos a entrar con un gesto de su cabeza. Zillo vaciló, pero finalmente entró también.

El salón, por llamar de algún modo a la estancia principal, no tenía más mobiliario que un hogar de hierro, una mesa grande y unas banquetas de madera sin labrar. No había libros, cuadros, o ningún objeto que cumpliera una función decorativa; había, en cambio, herramientas y utensilios de todo tipo colgados de las paredes. También, de las vigas de madera del techo, ennegrecidas por el hollín de la chimenea, colgaban algunas ristras de ajos, pimientos, embutidos y hasta una gallina sin cabeza, desangrada pero aún sin desplumar.

Cristo tomó asiento en una de las banquetas y Zillo se estribó contra el marco de la puerta, que tuvieron que dejar abierta para que entrara algo de luz, ya que el hueco del ventanuco, que carecía de cristal, estaba cubierto con una gruesa contraventana de chapa. Por lo que parecía, ya que no había una sola lámpara o vela encendida en el interior de la casa, la anciana había estado hasta ese momento a oscuras.

La anciana se retiró un momento a lo que debía de ser su alcoba, separada del comedor con una cortina blanca. Regresó enseguida con un pequeño crucifijo de latón en las manos.

—De lo que quería hablar con usted —comenzó Cristo—, es de la niña que murió hace unos días aquí al lado, en el monte que llaman

ustedes de la Corderina. ¿Qué sabe usted de eso?

La anciana se situó en el centro de la sala, y dirigió sus ojos a una de las paredes. Acariciaba el extremo superior del crucifijo que sobresalía de su puño como si fuera la cabeza de un pajarillo.

—Me han contado que la Guardia Civil se la llevó para hacerle unas preguntas, ¿es cierto? ¿Qué fue lo que le dijo a los guardias?

—No les dije nada —respondió la anciana—. No tenía nada que decirles. Tampoco tengo nada que decirle a usted.

—¿Le han contado cómo murió la niña?

—Sí.

—¿Sabe que no se la comieron los lobos?

—Los lobos no comen niños.

—¿Le han explicado lo que le hicieron a la niña?

La anciana calló.

—Yo puedo explicárselo con detalle —indicó Cristo—. ¿Quiere que se lo explique? Y luego, si le parece, usted me explica por qué cree que alguien le haría eso a una niña pequeña.

—Ya sé cómo la mataron.

—¿Se lo dijeron los guardias?

—Sí.

—¿Le contaron que la desangraron abriéndole un agujero en el cuello, y que a continuación le arrancaron una tira de piel del pecho en forma de cruz, y que por el hueco le extrajeron los pulmones y el corazón?

La anciana asintió con la cabeza. Zillo, sin decir nada, salió de la casa.

—¿Es usted una bruja? —preguntó Cristo.

—No. Las brujas andan con el diablo, y solo hacen el mal.

—¿Y usted no hace el mal?

—Yo ayudo a la gente.

—¿Qué es usted, si no es una bruja?

—Yo soy una *desaojadora*, porque quito los males de ojo.

—¿Eso es lo único que hace?

—También pongo pétalos de rosa y dijes de higa en las cunas de los niños para que se críen fuertes y sanos. Y hago bebedizos para que los jóvenes se enamoren. Y medicinas para las fiebres con raíces

y miel.

—O sea, que usted nunca hace el mal.

—No, señor. No soy una nigromántica.

La anciana pronunció «*nigomántica*», pero Cristo comprendió igualmente.

—¿Fue una nigromántica la que mató a la niña, o la que la mandó matar? —preguntó.

—No lo sé —respondió la anciana.

—¿Qué clase de conjuro hicieron con los restos de la niña? Seguro que usted lo sabe.

—Eso es magia mala. Yo no hago magia mala.

—Pero sabrá qué pretendían curar con ello.

—La magia mala puede curar muchas cosas. Pero envilece tanto como cura.

—¿Usted podría hacer un conjuro como ese, si quisiera?

—Yo no lo haría.

—Pero si quisiera, ¿podría?

—Yo no soy una bruja. Yo soy cristiana.

Extendió las manos con el crucifijo para mostrárselo a Cristo. Apenas se reconocían los rasgos del crucificado por el desgaste de muchos años de manoseo.

—¿Dónde estuvo usted la mañana en que mataron a la niña? —preguntó Cristo.

—En casa —respondió la anciana.

—¿Usted sola?

—Sí, yo sola.

—¿Su hermano no estaba con usted?

—Mi hermano va y viene cuando quiere.

—¿Qué le dijo a la Guardia Civil cuando se la llevaron?

—No dije nada.

—¿Quién mató a la niña? Dígamelo. ¿Fue su hermano?

—No.

—Fue su hermano, y usted se lo mandó, ¿no es cierto?

—No.

—¿Quién era el enfermo?

—Está usted equivocado.

—¿Cuánto les pagó para salvarse? ¿Cuál fue el precio que pactaron por la vida de la niña?

La anciana calló. Cristo no podía leer en sus ojos si le estaba ocultando algo, pero lo que le parecía claro era que no obtendría de ella ninguna información, salvo que la interrogara con más vehemencia. Pero antes siquiera de plantearse si debía hacerlo, Zillo irrumpió en la casa.

—¡Viene el Botas! —gritó.

Cristo se levantó del asiento y salió fuera. La anciana se quedó donde estaba, quieta y ausente como una estatua.

El Botas caminaba despacio por la cuesta que llevaba a El Teso, y no reparó en los dos hombres que había frente a la puerta de su casa hasta alcanzar la entrada del poblado. Entonces se detuvo en seco y los observó sin decir nada. Era un hombre alto, casi tanto como Cristo, aunque muy flaco, con cuerpo de culebra. Tendría unos cuarenta y tantos años, quizá cincuenta; era o aparentaba ser bastante más joven que su hermana. Vestía chaleco de lana, camisa blanca remangada y chambergo de color negro caído sobre los hombros y sujeto por un cordel bajo el mentón. El calzón, también negro, solo le alcanzaba hasta las rodillas. Paradójicamente, no calzaba botas sino alpargatas de tiras de cuero por las que le asomaban los dedos de los pies.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó, tras un lapso que debió de ser largo, puede que de varios minutos. Tenía acento hurdano y una voz ronca y cancerosa.

—Estábamos esperándolo a usted —respondió Cristo, fingiendo indiferencia y liándose un pitillo con las últimas hebras de tabaco de su tabaquera—. Mientras tanto, hemos estado hablando con su hermana.

—¿Y de qué han hablado ustedes con mi hermana?

El Botas, como si temiera una emboscada, no se movió del sitio. Cristo sonrió: por el escenario en que estaban, el caserío pobre y solitario en mitad del monte, y por la temperatura tórrida de aquella tarde de junio, se le ocurrió que la escena parecía sacada de una de las novelitas de Buffalo Bill de las que él leía asiduamente años atrás.

—Seguro que lo sabe —respondió Cristo, que por el rabillo del ojo vio cómo Zillo se retiraba hasta colocarse detrás de él, como si el muchacho realmente pensara que los dos iban a sacar sus revólveres y liarse a tiros en un duelo a pleno sol. Aunque tampoco resultaría tan extraño que el Botas fuera armado con algo más que una simple navaja. Cristo sabía muy bien que, en aquellos días, hasta el bribón más indigente se las arreglaba para agenciarse una pistola. Cosa distinta es que tuvieran destreza o redaños para usarla.

—¿Quién los manda? —preguntó el Botas.

—Eso a usted no le importa.

El Botas, entonces sí, avanzó, aunque lo hizo muy despacio, mirando a ambos lados, como cerciorándose de que nadie iba a saltar sobre él desde el interior de una de las casas. Al tenerlo más cerca, Cristo advirtió que, al contrario que los de su hermana, sus ojos eran negros y muy vivos.

—A ver si vamos a tener un problema usted y yo… —dijo el Botas.

—Será como usted prefiera —repuso Cristo.

Cristo terminó de liarse el pitillo y se lo encendió con su mechero de chispa. El Botas avanzó unos pasos más. Estaban ya a pocos metros el uno del otro.

—¿De qué han hablado con mi hermana? —insistió el Botas—. ¿Qué les ha dicho?

—Nos ha dicho que fue usted quien descuartizó a la niña —respondió Cristo.

—¿Eso les ha dicho?

—Lo que oye.

—No puede ser. No está usted en sus cabales.

—¿Cuánto les pagaron por matarla?

—No le consiento que me acuse de nada.

—Pues no me lo consienta.

—A la niña la mataron los lobos. Ande y pregunte a la Guardia Civil.

—Me importa un bledo lo que opine la Guardia Civil. Yo sé que fueron ustedes. Además, los lobos no comen niños. Nos lo ha dicho su hermana hace un momento.

La mano derecha del Botas oscilaba sobre un bulto bajo su

cinturón. Posiblemente, pensó Cristo, estaba valorando las posibilidades que tendría de salir indemne de un enfrentamiento a navajazos con alguien como Cristo, que lo superaba tanto en tamaño.

—¿A quién iba dirigido el conjuro? —preguntó Cristo.

—¿Qué conjuro?

—¿Estuvo su hermana presente mientras usted troceaba a la niña?

—Me estoy cabreando. Ni yo soy un asesino ni mi hermana es una bruja.

—Usted es un asesino, su hermana es una bruja, y los dos son unos indeseables que no merecen más que ser ahorcados a la vista de todos.

El Botas, por fin, se llevó la mano derecha a la cintura, pero Cristo, que desde hacía un rato estaba esperando aquel movimiento, fue más rápido que él sacando el revólver y encañonándolo a la cara. El Botas dejó caer la navaja al suelo. Esta era gruesa, achatada y corva, como el colmillo de un jabalí.

—Vamos a comportarnos —dijo Cristo—, que los dos somos mayorcitos para tonterías. Ahora, dime de una vez por qué matasteis a la niña tu hermana y tú. Quién os pagó para hacerlo.

El Botas levantó las manos hasta los hombros, pero no parecía asustado; al revés, sonreía. No le faltaba ningún diente, aunque los tenía pequeños, amarillentos y picados de caries.

—Puede usted dispararme, si es a lo que ha venido —dijo.

—¿Por qué la matasteis? —insistió Cristo.

—Dispare, ande. A ver si tiene lo que hay que tener.

Cristo pensó que lo mejor, quizá para el mundo entero, sería que apretase sin más el gatillo. Tras aquel breve intercambio, no albergaba la menor duda de que ese hombre era culpable. Al contrario que a su hermana, a él sí que había podido leerle el rostro con la nitidez con que podían leerse las palabras en un libro. El Botas era el asesino de Augusta, y la búsqueda, por tanto, había concluido.

Sin embargo, razonó Cristo, más allá de que aquel no fuera el momento ni el lugar para una ejecución sumaria, con tantos testigos como había de su paso por Cambroncino que lo podrían señalar

como el autor de aquella muerte —entre ellos el propio Zillo—, había otro motivo de peso para refrenarse y no disparar: el Botas, al parecer, había estado a punto de ser procesado como sospechoso del crimen; al menos su hermana había sido detenida, y eso quería decir que el capitán Liédena le había mentido al decirle que abandonaron la investigación porque no creía que fueran a resolverla con prontitud, antes de la visita del rey. En realidad, cuando decidieron abandonarla, ya estaba en vías de resolverse; ya habían conseguido incluso un par de testigos —los dos niños, Lucas y Juan —, y lo único que restaba era arrestar al Botas y arrancarle una confesión, lo que probablemente no les hubiera llevado demasiado tiempo.

El Botas, por tanto, estaba libre porque el capitán Liédena y el juez de instrucción así lo habían determinado. Y Cristo consideró que, antes de hacerle pagar por el crimen, era imprescindible aclarar la situación. No fuera a ser que cometiera un error que también él terminara por pagar muy caro.

—Ándate con ojo —le advirtió Cristo, bajando el revólver—. Me han dicho que eres un tipo peligroso, pero yo lo soy más. Y no me iré de Las Hurdes sin volver a por ti.

Capítulo doce

Durante la vuelta a Casar de Palomero, Zillo apenas abrió la boca, pese a que Cristo intentó animarlo a hablar para no cabalgar todo el rato en silencio. El muchacho parecía sobrecogido por el encuentro con Minerva y con su hermano. Y quizá también por la soltura con que Cristo había zanjado el asunto exhibiendo su revólver. Sin embargo, ya hacia el final del trayecto, Zillo fue recobrando las ganas de hablar, y hasta se atrevió a preguntarle a Cristo sobre el modelo del arma o la capacidad del tambor. Él, dijo, nunca había disparado ningún arma de fuego.

—Yo es que tenía que estar ahora en el Ejército, aprendiendo a disparar, ¿sabe usted? —comentó Zillo—. Tuve que presentarme en el cuartel el año pasado, cuando llamaron a los de mi quinta, pero me liberaron del servicio por ser hijo único y estar manteniendo a mi madre, que es viuda y está muy enferma. A mí me hubiera gustado ir, la verdad, porque no creo que vaya a tener otra oportunidad de salir de Las Hurdes y ver el mundo.

—Si te llamaron a filas el año pasado, da gracias de haberte librado —repuso Cristo, recordando lo que había leído y conocido a través de algunos oficiales amigos suyos sobre la matanza de Annual, la última de las carnicerías provocadas por la ineficacia o la imbecilidad manifiestas de los altos mandos del Ejército—. Si no, te aseguro yo que hoy estarías pudriéndote en algún barranco de Marruecos, como tantos mozos de tu edad.

—Pero por lo menos me habría muerto lejos de aquí, y eso ya es algo.

Ya estaba anocheciendo cuando entraron en Casar de Palomero. En la plaza les salió al encuentro el doctor Álamo, que según dijo los estaba esperando hacía rato, y que le hizo el relevo a Zillo para que el joven regresara a casa a atender a su madre. Propuso a Cristo

que cenaran otra vez en la taberna. Este aceptó.

—Es un buen chaval, ese Zillo —afirmó Cristo, una vez que los dos se habían sentado a la misma mesa que la noche anterior; el doctor la había estado guardando hasta entonces precisamente para poder conversar sin que los molestaran.

—Vale mucho —convino el doctor—. Por eso lo escogí como ayudante.

—¿Se lo llevará con usted más adelante, cuando se marche de Las Hurdes?

—No lo sé. Piense que aquí, entre tanta pobreza, yo soy una autoridad. Pero cuando me vaya de aquí no seré nada más que un vulgar médico rural, como tantos otros. No sé si en otra parte podría permitirme mantenerlo.

Sobre la mesa había varias publicaciones y legajos de papeles. Mientras esperaba a que ellos dos volvieran, el doctor debía de haber ocupado su tiempo en leer. Encima de todo había una revista que Cristo tomó y hojeó brevemente. Se titulaba *La medicina íbera*, y reparó en la fecha que constaba en la portada: aquel número se había publicado hacía solo tres días, el 10 de junio, el día antes de que él fuera convocado a la reunión con el gobernador Eloy Bullón.

—Ha llegado hoy con el correo —indicó el doctor, señalando la revista y adoptando un tono súbitamente serio, y hasta melancólico —. Puede llevársela y leerla si quiere, igual le resulta interesante. Dentro está el informe del doctor Gregorio Marañón y los doctores Enrique Bardají y José Goyanes, que visitaron Las Hurdes hace un par de meses para estudiar la situación sanitaria de los hurdanos. Yo mismo los acompañé, les resolví dudas y les hice de guía en algunos momentos. Según se dice ahí, ese viaje fue lo que convenció a Marañón de la necesidad de presionar al rey para que viajara a la comarca.

—Por la poca ilusión con que lo cuenta —dijo Cristo—, cualquiera diría que no le hace gracia lo que han escrito sus colegas. ¿Es que acaso no lo nombran a usted?

—No, no me nombran, pero no es eso lo que me molesta. En absoluto.

El doctor suspiró. Un suspiro hondo, como de hastío. Cristo, con

un gesto de su cabeza, lo invitó a explicarse.

—Estoy de acuerdo en los puntos esenciales del informe —comenzó el doctor, entrecerrando los ojos, como recitando un texto que debía de haber aprendido de memoria a fuerza de releerlo una y otra vez aquella tarde—. Hablan del problema hurdano calificándolo como un problema eminentemente sanitario, originado por la pobreza endémica, y mencionan el paludismo, el bocio, y sobre todo el hambre, al que llaman el Mal de Las Hurdes, como las principales causas de mortandad. Solicitan, entre otras cosas, que se mejoren las infraestructuras, que se organicen envíos de alimentos y medicinas, y que se establezcan más consultorios médicos en la comarca.

—Pero todo eso está muy bien, ¿no? —repuso Cristo—. ¿Cuál es el problema? ¿Qué es lo que le incomoda a usted?

—No sé si sabría explicárselo con precisión, señor Cristo. Lo que me incomoda es la actitud con que se refieren a los hurdanos. No explícitamente… O sí, en algún pasaje sí que lo hacen de manera explícita. La cuestión es que estos tres médicos, lo mismo que otros muchos intelectuales antes que ellos, escriben sobre Las Hurdes igual que podían hacerlo de Tombuctú… Eso es lo que me saca de quicio. No puedo evitarlo.

—No sé si le comprendo, doctor.

—Me refiero a que estos tres, como muchos otros, acuden a visitar y estudiar a los hurdanos y pontifican luego sobre ellos como si se tratara de indígenas de alguna tierra lejana e inhóspita. Hacen apreciaciones sobre sus relaciones íntimas y su moralidad sin ningún pudor, como si los hurdanos fueran una raza distinta. Una raza degenerada. Los animalizan, los convierten en bestias, o hasta en microbios. Es como si los hurdanos no tuvieran derechos, ni dignidad. Parece que no hablaran de compatriotas españoles. Y mire lo que le digo, señor Cristo: ¡los hurdanos son tan españoles como yo, que nací en Valladolid!

El doctor Álamo dijo esto último dejando caer el puño sobre la revista.

—Los hurdanos son personas —continuó el doctor—. Pero no los ven como personas. No los ven como iguales. Los ven como materia

para sus libros, para sus estudios. O para su propaganda política, que es a lo que vendrá el rey la semana próxima. Y a los hurdanos no hay que darles alimentos, medicinas o carreteras como quien da limosna a un pordiosero a la puerta de una iglesia… Hay que darles todo eso porque es de justicia dárselo. Ya está bien de condescendencia. Ya está bien de hablar de los hurdanos desde los altares de una superioridad moral que yo no sé de dónde narices se saca todo el mundo.

El doctor había ido levantando la voz hasta conseguir que todos en la taberna se volvieran a mirarlo.

—La leyenda negra de Las Hurdes viene de muy largo —añadió el doctor, sin inmutarse ante la atención que recibía, y sin bajar la voz —. Como mínimo, desde Lope de Vega allá en el siglo XVI, según tengo entendido. Pero la leyenda negra de Las Hurdes no es más que eso: una leyenda, una invención. La única raza degenerada es la de los gobernantes españoles que han abandonado a los hurdanos durante quinientos años. Cualquier niño hurdano analfabeto y malnutrido tiene más nobleza en la punta de un dedo que el monarca que vendrá a pasearse por aquí en unos días.

El doctor tomó aire despacio, como para serenarse, y a continuación convocó al tabernero para dictarle la comanda; el auditorio dejó de prestarle atención. Después, usando la revista como mantel y compartiendo un menú semejante al de la noche anterior —sin descuidar las jarras de vino—, el doctor rogó a Cristo que le explicara cómo le había ido la jornada. Este así lo hizo, sin rechistar y sin omitir ningún detalle.

—Cuídese de esa gente, de esa tal Minerva y sobre todo de su hermano —le advirtió el doctor, tras escucharlo.

—¿Qué sabe usted de ellos? —preguntó Cristo.

—Poco. Lo que comenta la gente, nada más. A ella la temen por bruja y a él, por pendenciero.

—¿Conocía usted los rumores en torno a ellos y al asesinato de la niña?

—Algo me había llegado, sí. Pero en estos días se ha hablado mucho del tema. No es de recibo darle pábulo a habladurías.

—No creo que en esta ocasión sean solo habladurías… ¿Sabía que

a ella la detuvo la Guardia Civil horas después del crimen, y que después la soltaron?

—Sí, claro. Y por eso mismo doy por supuesto que ella no tuvo nada que ver. Si la detuvieron e interrogaron, y luego la dejaron ir, sería porque pudo probar su inocencia. Por eso no la mencioné anoche en ningún momento. Además, consideré que señalarle a usted tal o cual sospechoso era algo que le correspondía hacer al capitán Liédena; yo desconozco los pormenores de la investigación. Ya le dije que yo solo acepté formar parte de este contubernio, por así llamarlo, porque me forzaron a ello. Me limité a realizar la autopsia y a redactar luego un informe repleto de mentiras sobre las lesiones de la niña. Y eso ya es mucho, ¿no le parece?

La cena y la charla se alargaron un poco más, pero no demasiado. Se despidieron antes de las diez, y aunque Cristo deseaba meterse en la cama cuanto antes, sospechaba que le costaría un buen rato dormirse por los ruidos y el movimiento que había en la plaza, todavía llena de gente a esas horas, así como por el calor y también por la expectación de lo que pudiera averiguar al día siguiente, cuando se acercara al cuartel a cuestionar al capitán Liédena sobre la pareja de hermanos a la que, al parecer, todos en Cambroncino consideraban culpables del crimen. Por ello, decidió pasear un poco antes de regresar a la fonda. Hubiera podido pedirle al doctor que lo acompañara, y probablemente este lo habría hecho encantado, pero Cristo solo quería caminar unos minutos en silencio, lo justo para terminar de agotar sus fuerzas, para que la animación en la plaza se apagara un poco, y para despejarse un poco la cabeza.

Caminó sin rumbo echando de menos el tabaco: no había podido conseguir más en la taberna, y tendría que esperar a la mañana para que abrieran el estanco y comprar un cuarterón. El tabernero lo había invitado a un pitillo que se había fumado durante la cena, y con eso tendría que aguantarse por esa noche.

Por puro azar, tras pasar por buena parte de las calles del pueblo —como era lógico, no podía aventurarse fuera de él a causa de la oscuridad—, llegó hasta la iglesia donde esa mañana habían oficiado la misa en memoria de la niña; justo detrás estaba el cementerio. Cristo no había reparado en él esa mañana. Desde la distancia

aparentaba ser un pequeño huerto rodeado por una tapia de baja altura. La verja estaba abierta, y Cristo entró sin pensárselo, movido no sabía muy bien por qué, puede que por mera curiosidad, o porque tampoco había ningún sitio más a donde ir. Aun a aquellas horas, el lugar le pareció agradable; los cementerios siempre le habían transmitido cierta paz. En aquel había algunas lápidas labradas lujosamente, y hasta algún mausoleo, pero eran la excepción: la mayoría de las tumbas carecían de cualquier ornamento, eran simples cruces de hierro o madera clavadas en la tierra.

Cuando ya casi lo había recorrido por completo, se paró ante una de las cruces al observar que la tierra alrededor estaba removida. Era una tumba reciente. Tal vez por el cansancio, tardó un instante en caer en la cuenta de que era precisamente en aquel cementerio en el que habían enterrado a Augusta unos días atrás, y que por tanto aquella debía de ser su sepultura.

La cruz estaba formada por dos maderos sin pulir ni barnizar; no había ninguna inscripción en ellos. Era de suponer que ningún familiar de la niña sabría escribir, y que tampoco dispondrían de ahorros para colocar más adelante una lápida de piedra con su nombre. La idea lo asaltó de pronto: aquella niña estaba abocada al olvido. En un largo plazo, todos estaban abocados a ser olvidados para siempre, por supuesto: eso era algo que Cristo tenía más que asumido. Pero aquella niña, Augusta Muñoz, sería olvidada de inmediato tras la muerte de sus padres y la de un puñado de parientes y vecinos. No quedaría un solo rastro de su paso por el mundo. Ni siquiera allí, en el cementerio donde se conservaban sus restos; ni siquiera en Las Hurdes, donde al cabo de pocos años nadie conocería las circunstancias en que la asesinaron, y donde ni siquiera entonces eran conocidas por casi nadie, como consecuencia de la mentira y el oscurantismo en torno al crimen. Se hablaría de lobos y sacamantecas, y hasta de brujas y espíritus, y su muerte pasaría a engrosar el imaginario de la comarca. Se convertiría en una leyenda más del territorio de leyenda que eran Las Hurdes, pero nadie recordaría su nombre, y tampoco nadie recordaría su voz, su rostro o su mirada.

De pronto, algo lo rescató de sus pensamientos. Una sombra que se movía y que captó por el rabillo del ojo. Al volverse hacia la sombra, reconoció la silueta de una mujer vestida de negro que entraba decidida en el cementerio, y que se dirigió directa hacia él. Cuando estaba a pocos metros, la mujer, cuyos rasgos no podía reconocer en la penumbra, se detuvo y preguntó:

—¿Es usted, señor Valerio?

La pregunta, aunque debería haberlo tranquilizado, lo sobresaltó por imprevista: había pensado que podría tratarse de una anciana que acudía al cementerio a deshoras para rezar una oración a sus muertos antes de acostarse, pero dudaba de que la señora condesa de Riolobos tuviera a ningún pariente enterrado allí.

—Sí, doña Rocío, soy yo —respondió Cristo.

—Ya me parecía —dijo la condesa—. No podía verle la cara, pero con esa envergadura que tiene usted no hay manera de confundirlo con nadie.

La condesa recorrió la poca distancia que aún los separaba. Quedaron uno frente al otro, pero, aun así, Cristo no podía más que intuir el gesto de su rostro.

—A usted, sin embargo —repuso Cristo—, la hubiera podido confundir con cualquiera, porque es la última persona con la que esperaría encontrarme aquí.

—Lo mismo podría decir yo de usted. Ya me explicará qué hace un policía secreto en un cementerio.

—Yo nunca le he dicho que fuera policía secreto.

—Tampoco me lo diría, si lo fuera.

Cristo observó —o más bien vislumbró— que la condesa llevaba el mismo vestido que durante la misa, aunque el peinado era distinto: se había soltado el cabello sobre los hombros, lo que la hacía parecer más joven. O quizá fuera un efecto de la oscuridad.

—Diga, ¿acaso teme que venga alguien a desenterrar el cuerpo? —preguntó la condesa.

—¿Cómo dice?

—Que si está usted montando guardia junto a la tumba por si volvieran a llevarse un pedazo más de la niña.

Aunque era evidente que la condesa no podía verlo, Cristo negó

maquinalmente con la cabeza, sin saber qué responder.

—Esta mañana no fui sincera con usted —continuó ella—. Por supuesto que estoy al corriente de lo que le hicieron, como lo está hasta el último de los hurdanos. Pero una misa no era el lugar para hablar de ello, y menos con un desconocido.

Cristo todavía tardó unos instantes en reaccionar. Al cabo, dijo:

—No, no estoy custodiando la tumba. Estaba paseando por el pueblo y he entrado aquí sin ningún propósito.

—Entonces igual que yo. Bueno, yo sí que he entrado al cementerio con un propósito: estaba paseando y, casualmente, al pasar frente a la verja, he visto que había un hombre merodeando aquí dentro, y me he decidido a entrar por si fuera un profanador. Pero ha resultado ser usted.

—¿De verdad creyó que podía ser un profanador, y aun así ha entrado usted?

—Ha sido un acto reflejo, como suele decirse. Pero estoy segura de que, de haberme topado con otra persona, no me habría atrevido a decir nada. Me habría dado la vuelta y habría salido corriendo.

—Yo no estoy tan seguro. Se la ve una mujer valiente.

—Valiente sí, pero no irresponsable.

—Muy responsable no me parece que una mujer como usted se pasee sola en mitad de la noche, si me permite que se lo diga.

—Estando en el pueblo no creo que haya que temer ningún peligro.

—A esta niña se la llevaron y la asesinaron incluso en pleno día, no se le olvide.

—Pero yo no soy ninguna niña. ¿Acaso le parezco a usted una niña?

—Nada más lejos.

—¿Le parezco una anciana, entonces?

—No, por supuesto. Le pido disculpas, yo…

—Tranquilícese, don Valerio. Le estoy tomando el pelo. Seré condesa, pero tengo sentido del humor. Aunque soy muy celosa de a quién me permito mostrarlo, no se vaya a pensar.

—En ese caso, me siento honrado.

—Debería, sí. Usted me ha caído bien desde el principio. Y eso no

es nada fácil, se lo aseguro.

Cristo se preguntó si realmente aquella mujer estaba coqueteando con él, tal y como le parecía, o si no se trataría quizá de algún demonio hurdano que había adoptado aquella forma para intentar embaucarlo. Tan improbable se le antojaba lo uno como lo otro.

—No es este un buen lugar para andarnos de cháchara —señaló Cristo, tras un silencio que seguramente fue breve, pero que se le hizo muy largo.

—¿Por qué no? —repuso la condesa—. Aquí se está a gusto, no hay nadie cerca que vaya a molestarnos, y la noche invita a estar fuera. A la fresca, como decimos en Extremadura.

La condesa se retiró de él unos pasos hasta apoyar la espalda en la tapia que rodeaba el cementerio y miró arriba, hacia el cielo estrellado. Cristo la siguió, aunque él no levantó la mirada. No apartó los ojos de ella.

—He salido a pasear porque, aunque me había metido en la cama hacía un rato, no podía dormir —explicó—. Tengo una criada que podría haberme acompañado, pero no he querido despertarla. Ya sé que no es responsable ni decoroso que pasee yo sola por la calle a estas horas de la noche, pero este pueblo es muy pequeño, todos me conocen, y me puedo permitir ciertas licencias. A estas alturas nadie va a hacerse ninguna idea extraña de mí. Nadie va a pensar que voy de visita a casa de ningún amante, por ejemplo. Porque, ¿qué amante podría tener yo en un lugar como este?

—Es usted viuda —señaló Cristo—. Tampoco habría razón para que la juzgaran con dureza si fuera usted a visitar a un amante.

—A usted no tengo que contarle cómo funciona el mundo, don Valerio. Yo soy viuda, pero he de guardar respeto a la memoria de mi esposo. Y al título nobiliario que heredará mi hijo algún día. Hay cosas que no me estarán nunca permitidas, por más que me apetezcan.

Cristo intentó adivinar cuál era la mueca con que la condesa acompañaba sus palabras, pero no podía. El rostro de la condesa era una mancha borrosa.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Minerva, que vive en el poblado de El Teso? —preguntó Cristo, aun a riesgo de romper el

encanto del momento. O más bien para romperlo.

—La bruja, claro que la conozco —respondió la condesa, bajando la vista hasta él—. Recuerde que, antes que condesa, soy hurdana, y todos en Las Hurdes conocen a la Minerva. ¿Por qué le interesa? ¿Es que cree que ha sido ella la que…?

—No. No lo sé.

—La Minerva es una saludadora. Una bruja buena, para entendernos. O eso dicen, aunque cualquiera sabe. Yo no recuerdo haber hablado nunca con ella. ¿Ha oído hablar de su hermano, Rodrigo, al que le dicen el Botas?

—Sí. Hemos tenido un encuentro esta tarde.

—No me extrañaría nada que él hubiera tenido algo que ver. Según se cuenta, el Botas es de la piel del diablo.

—En Las Hurdes, por lo que tengo entendido, hay muchos que creen en eso mismo. En diablos y en brujas. Pero a esta niña, claro está, no la mató ningún diablo, sino un hombre de carne y hueso.

—O una mujer.

—O una mujer, sí.

—Yo no creo en brujas ni en diablos. O intento no creer en ellos, aunque mi sangre hurdana me invita a creer. Pero es normal que así sea: para muchos hurdanos, es más fácil ver al diablo en los montes que una hogaza de pan blanco en su mesa. Como no tienen nada que comer, se alimentan de fantasía.

Cristo sonrió para sí. También él se estaba alimentando de fantasía esa noche. Pero, precisamente por eso, creyó que lo mejor sería terminar cuanto antes con aquella situación.

—Tengo que irme —dijo.

—Es temprano —repuso la condesa—. Quédese un poco más conmigo, don Valerio.

—Es tarde, y mañana tengo mucho que hacer.

—No quiero volver a casa todavía. Allí me siento sola.

—¿No está su hijo con usted?

—No. Mi hijo está en Coria, con sus cuidadoras. Prefiero que no venga a Las Hurdes más que lo necesario. Mi intención es deshacerme poco a poco de las propiedades de mi difunto marido en la comarca, y desligarnos para siempre de esto.

—Ya me dijeron que antes vivían ustedes en lo que hoy es el cuartel de la Guardia Civil.

—Lo malvendí en cuanto me quedé viuda. Es un caserón tenebroso. En Coria tenemos una casa mucho más bonita y luminosa.

—¿De verdad no quiere que su hijo conserve sus raíces hurdanas?

—Es por su propio bien, créame.

La condesa se aproximó hasta Cristo y lo tomó de la mano.

—Le permitiré que se vaya, solo si me promete que mañana volveremos a vernos y a charlar otro rato.

—No sé si podré.

—Se lo pido por favor. Podemos encontrarnos aquí. Es un buen sitio para hablar.

—Le prometo que lo intentaré.

—Con eso me conformo.

Capítulo trece

Cristo se metió en la cama poco después de las once, y aunque le costó bastante conciliar el sueño por el calor —el aire no se movía lo más mínimo— y también por el insólito encuentro con la condesa, finalmente lo logró y durmió algunas horas hasta que, cerca de las siete, lo despertaron unos golpes en la puerta de su habitación.

—¿Quién es? —preguntó, todavía desde la cama; aunque no había visto a ningún otro huésped en las dos noches que llevaba en la fonda, su primer pensamiento fue que alguien se habría equivocado de puerta. También, claro, fantaseó con que pudiera tratarse de la condesa. Pero se equivocaba.

—Señor Cristo, soy el doctor Álamo —respondió este, desde el pasillo—. Ha ocurrido algo, necesito que salga.

Cristo se levantó de un salto y, todavía adormecido, abrió la puerta. Aunque iba en ropa interior, no creyó que el doctor fuera a escandalizarse. Este vestía de traje completo, uno de un tono gris, con camisa blanca y corbata verde. Naturalmente, no se inmutó lo más mínimo ante la semidesnudez de Cristo.

—Han matado a otra niña —anunció el doctor, a bocajarro.

Cristo se espabiló súbitamente al oír aquello. Invitó al doctor a entrar, pero este negó con la cabeza.

—El capitán Liédena está abajo, en la plaza, esperándome junto a sus hombres para que los acompañe hasta el lugar donde han encontrado el cuerpo, así que no puedo entretenerme. Le he insistido en que debíamos avisarlo a usted antes de salir, para que estuviera al corriente de lo que sucedía.

—En ese caso, me voy con ustedes.

—No podemos demorar el viaje. El camino es largo y hay que salir ahora mismo.

—¿Dónde ha sido?

—En Aceitunilla. Es una alquería al norte de Las Hurdes. Aun a buen paso, no tardaremos menos de tres horas en llegar.

—¿Está Zillo con ustedes?

—Estará al llegar, con mi caballo.

—Pues dígale que vaya rápidamente a por el mío. Yo estaré listo en dos minutos.

Exactamente dos minutos después —lo que tardó en asearse, ponerse la ropa y colgarse el revólver del cinturón—, Cristo se encontraba en la plaza. Zillo había llevado el caballo al doctor Álamo y este había enviado al muchacho de vuelta al establo en busca de Cristión. Zillo enseguida regresó con él y el grupo de jinetes emprendió la marcha. El capitán Liédena, que saludó a Cristo con desgana pero que no puso pegas a que se uniera a ellos, montaba un caballo de pelaje negro azabache, y era quien abría la marcha. Junto a él cabalgaban otros dos guardias ataviados, como el propio capitán, con sus capas, tricornios y carabinas.

Había amanecido hacía rato y había buena luz. El frescor de la mañana les permitió avanzar a trote rápido sin que los animales se resintieran por las altas temperaturas que habría más adelante, en cuanto el sol comenzara a calentar de verdad. En algún tramo llano incluso pudieron marchar casi al galope. Alcanzaron Calabazas en media hora y dejaron atrás Cambroncino antes de las ocho, siguiendo el ritmo riguroso que marcaba el capitán. Sin embargo, ese ritmo bajó considerablemente a partir de aquel punto. De Cambroncino en adelante, y pese a que su ruta seguía el camino principal que comunicaba Las Hurdes con la provincia de Salamanca, no había modo de espolear a los caballos por los continuos desniveles del terreno, los hoyos, las rocas y la maleza.

Nada más superar un pequeño puerto de montaña —que según el doctor se conocía como de la Mesa Santa— avistaron la alquería de Vegas de Coria, un corredor estrecho de apenas veinte viviendas de piedra a ambos lados del camino. A la entrada de la alquería había un pequeño puente sobre un río a cuya ribera se detuvieron unos minutos a descansar y comer algo; Zillo había traído consigo, por orden del doctor, un zurrón lleno de castañas y también algo de chorizo y de queso.

—Este es el río Hurdano —explicó el doctor, nada más desmontar, como si hubiera sentido la necesidad de romper el ambiente fúnebre que los acompañaba en el viaje—. Es uno de los cuatro que discurren por Las Hurdes formando la fisonomía peculiar de la comarca, con sus vaguadas recónditas. Los otros son el río de los Ángeles, el Esperabán y el Ladrillar. Todos se unen más adelante en el Alagón.

—A este también lo llaman el río Jordán —intervino Zillo, sosteniendo las riendas de las cabalgaduras mientras estas abrevaran en sus aguas—. Pero yo bien creo que es por hacer la gracia. Porque me supongo que no sería aquí donde bautizaron a Cristo. Digo al otro Cristo, al de verdad.

Por la brevedad del descanso y la poca intimidad que ofrecía el lugar, Cristo consideró que aquel no era un buen momento para abordar al capitán Liédena y hacerle las preguntas que tenía pendientes desde anoche. El capitán, como si presintiera que Cristo deseaba interrogarlo, tampoco se acercó a él, sino que permaneció todo el tiempo en compañía de sus dos subordinados.

Desde Vegas de Coria partía una senda paralela a la quebrada del Hurdano, la cual los llevó hasta Rubiaco, una aldea en la que los vecinos salieron a observar el paso de los caballos. Más de uno debió de pensar que se trataba de una parte del séquito del monarca, que llegaba adelantado. Aunque no se detuvieron y ni siquiera aminoraron el paso, al contemplar aquella aldea Cristo sintió que aquello sí se adecuaba a lo que había esperado que fueran Las Hurdes. Las casas negras, de pizarra, parecían brotar del suelo como formaciones naturales, algunas casi ocultas por la vegetación; vivir en una de ellas no debía de ser muy distinto a hacerlo en una cueva. Los vecinos que los observaban y saludaban tenían un aspecto demacrado, fantasmagórico. La mayoría vestía con andrajos, todos iban descalzos, y los niños más pequeños, completamente desnudos, correteaban por calles estrechas y empinadas, tomadas también por gallinas, cabras y mulas.

El desvío para Aceitunilla estaba un poco más adelante, a la entrada de Nuñomoral. A partir del desvío, la senda se volvió todavía más tortuosa; discurría por un valle estrecho al borde de un

desfiladero, entre árboles y peñascos, y la vista no abarcaba más allá de un mar de montañas de un verdor luminoso. Cristo jamás habría creído posible que en España existiera un paisaje así lejos de las regiones lluviosas del norte. Aceitunilla era una alquería diminuta, semejante a Rubiaco en su arquitectura. Las viviendas de pizarra, de planta redonda y techos bajos, estaban como agazapadas en la ladera de un monte, sobre los meandros de un arroyo que, pese a la proximidad del verano, corría caudaloso, seguramente porque el origen de su curso debía de estar en algún cerro cercano. Justo a la entrada de la aldea había un edificio distinto a los demás, grande y de fachada blanca, que Cristo, desde la distancia, tomó por una iglesia levantada o reformada recientemente. Sin embargo, al llegar hasta él descubrió que no era una iglesia, sino una escuela, y el descubrimiento lo llenó de alegría. Le pareció un rayo de esperanza que, entre tanta muerte y tanta miseria, hubiera niños siendo educados y docentes dispuestos a enseñar, y que allí era donde residía el verdadero futuro de la comarca.

Todavía era media mañana y, siendo miércoles, el edificio debía haber estado lleno de niños —si es que acaso no habían comenzado aún las vacaciones escolares—, pero quienes ocupaban entonces su interior, habiendo establecido allí una especie de centro de operaciones, eran un puñado de guardias civiles desplazados desde el puesto de Nuñomoral, así como las fuerzas vivas del pueblo; entre estas últimas estaban un alcalde, un párroco, un maestro y un par de vecinos pudientes. El capitán Liédena, nada más entrar, saludó a todos sin detenerse, y a continuación se encerró en una de las aulas con sus agentes para que le detallaran en privado lo sucedido. A Cristo y al doctor también les permitió estar presentes. Para sorpresa de Cristo, el aula era amplia, luminosa, y estaba bien pertrechada con pupitres, bancos, pizarra y hasta con mapas europeos y una reproducción en blanco y negro —probablemente sacada de una revista— de *El nacimiento de Venus* de Botticelli.

Según el relato de los guardias, el cadáver de la niña Inés Amador Cuerda, de trece años, había sido descubierto alrededor de la medianoche a unos quinientos metros de Aceitunilla. La familia de la niña no sabría decir en qué momento o circunstancias se produjo el

rapto: su ausencia fue percibida sobre las diez y media aproximadamente, iniciándose entonces una batida compuesta por vecinos que había culminado minutos después con el hallazgo del cuerpo. De inmediato, algunos de esos vecinos corrieron a dar el aviso al puesto de la Guardia Civil de Nuñomoral, y desde allí, de madrugada, había partido una pareja de agentes a caballo a dar el aviso a Casar de Palomero.

—¿En qué estado se encuentra el cuerpo? —preguntó el capitán Liédena.

—No sabríamos decirle, capitán —respondió uno de los guardias, el de más edad, un hombre bajo, con bigote gris, sin acento hurdano—. No hemos querido tocar nada en espera de que lo inspeccionara el doctor. Pero está muy mal. Lo han abierto por la mitad.

—¿Igual que a la otra niña?

—Diría que sí.

—¿Quién más ha visto el cuerpo?

—Antes de que llegáramos nosotros, yo diría unas quince o veinte personas. Hubo algún alboroto porque los vecinos querían traer el cuerpo hasta el pueblo. Pero no lo permitimos, por si acaso.

Por el tono en el que el guardia dijo esto último, Cristo intuyó que el capitán Liédena ya había aleccionado a sus hombres sobre cómo debían actuar en el caso de que se produjera algo como aquello. Porque no creía que dejar un cadáver a la intemperie durante tantas horas —y menos aún en el mes de junio— fuera la práctica habitual en una comarca remota como Las Hurdes. Aun cuando la ley dictara que, habiendo sospecha —o certeza— de muerte violenta, ese fuera el protocolo a seguir. El juez no llegaría para ordenar el levantamiento hasta bien entrada la tarde, o puede que hasta la mañana siguiente, lo que significaba que el cuerpo de la niña podía pasarse cerca de un día y medio allá donde estuviera. Lo normal —y hasta lo humano—, pensó Cristo, habría sido que lo hubieran retirado ya y lo hubieran dispuesto para su autopsia en el interior de cualquier vivienda de la aldea. Pero claro, ese traslado lo habría expuesto a los ojos de muchos más vecinos. Que era probablemente lo que los guardias, prevenidos por el capitán, sabían que tenían que

evitar.

—¿Qué es lo que dice la gente del pueblo? —preguntó el capitán —. ¿Alguien vio algo extraño? ¿Hay algún sospechoso?

—Por ahora, no —respondió el guardia—. Lo único que parece seguro es que no fue un vecino de aquí, porque todos se conocen bien y anoche no echaron en falta a nadie. Pero en Aceitunilla no hay alumbrado de ningún tipo, así que cualquiera pudo entrar o salir de la aldea y sus contornos con facilidad y sin ser visto, una vez que oscureciera.

Cristo estuvo tentado de matizar que no cualquiera habría podido hacerlo: moverse de noche por aquel territorio montañoso y plagado de alimañas no era algo al alcance de la mayoría. Aunque sin duda, se dijo, era algo al alcance de una alimaña como el Botas.

Después de que el capitán Liédena formulara algunas preguntas más, este ordenó que lo llevaran a ver el cuerpo; el doctor Álamo debía acompañarlo para ofrecer alguna información preliminar en espera de efectuar más adelante una autopsia en condiciones. Cristo, lógicamente, fue con ellos, pero el capitán tampoco entonces permitió que nadie más lo hiciera. Ni siquiera Zillo. Quien, por otra parte, no se mostró afligido por ahorrarse la visión que esperaba a los demás.

El cuerpo se encontraba en mitad de un sendero que llevaba a unas huertas en la falda de la montaña; tardaron apenas diez minutos en llegar a pie. Cristo imaginó que el asesino, tras raptar a la niña en plena calle cuando esta regresaba a su casa —las calles de Aceitunilla, aun las más céntricas, no distaban del bosque más que unos pocos metros—, la condujo hasta allí mediante amenazas o engaños. O, más probablemente, inmovilizándola o golpeándola y dejándola sin sentido, de manera que no pudiera pedir auxilio. Apartándose del sendero en aquel mismo lugar, advirtió Cristo, era posible bordear toda la aldea campo a través y regresar al valle por el que se accedía a Aceitunilla, y no tuvo dudas que ese había sido el itinerario por el que había huido el autor del crimen.

Había dos guardias fumando y charlando a la sombra de un árbol, a poca distancia del cuerpo. Se colocaron los tricornios y se cuadraron para saludar al capitán cuando este llegó a su altura. Un

poco más arriba, el sendero doblaba y se perdía en el bosque, pero en aquel punto, una especie de encrucijada donde convergían otros senderos de entrada a unos cercados, había un pequeño claro. El cuerpo, boca arriba y todavía a medio cubrir por un vestido gris hecho jirones, se encontraba justo en el centro del claro. Las vísceras secas y ennegrecidas estaban expuestas al sol, sobre el abdomen, y un enjambre de moscas y otros insectos volaban sobre ellas.

El capitán Liédena se detuvo y se llevó una mano a la boca. Musitó un exabrupto. Cristo se detuvo a su lado, más sobrecogido por el olor a podredumbre que despedía el cuerpo que por el aspecto que presentaba. Cristo había visto cuerpos en peor estado que aquel, y a menudo los recuerdos acudían de sopetón a su cabeza, hasta en los momentos más inapropiados; estaba acostumbrado, por tanto, a darse de bruces con la muerte. Pero el olor era algo distinto. Al olor no había modo de acostumbrarse. Quizá porque la reacción de repulsa ante el olor a carne muerta era puramente física o fisiológica, y por lo tanto imposible de controlar.

Quien no se detuvo ni por un instante fue el doctor Álamo. Sin mediar palabra, se arrodilló junto al cuerpo, abrió el maletín que él mismo, en ausencia de su ayudante, había cargado hasta allí, y sacó unas pinzas largas de metal que usó únicamente para mover los harapos de ropa en torno a las heridas mientras compartía su dictamen.

—Yo diría que murió desangrada —dijo—. Tiene un corte en el cuello muy similar al de la otra niña.

El corte no se apreciaba desde donde estaban Cristo y el capitán; el rostro de la niña, vuelto ligeramente a un lado, se lo impedía. Esta tenía los ojos entreabiertos, era muy flaca, morena, y sobre la cabeza llevaba un pañuelo o tocado blanco, revuelto de tierra y mechones de cabello.

—Esta vez no se molestaron en recoger la sangre en ningún recipiente —continuó el doctor, señalando el charco de sangre que rodeaba la cabeza, como una aureola negra—. Y tampoco creo que se llevaran ningún órgano.

El doctor inclinó la cabeza sobre la hendidura del centro del pecho,

que alcanzaba hasta la mitad del vientre. Con las pinzas, probó a mover suavemente algunos pedazos de carne y de piel, para atisbar el interior.

—La abrieron en canal, pero el corte es limpio… Quiero decir que no trazaron ninguna cruz, ni le arrancaron ningún pedazo de piel, como hicieron con Augusta. A esta le han perforado el pecho y le han cosido las entrañas a puñaladas, pero no parece que falte nada: el corazón, los pulmones, el hígado, el estómago… Está todo dentro.

—¿No fueron capaces de arrancarle nada? —preguntó el capitán.

—Más bien creo que no lo pretendían —respondió el doctor—. Es como si quisieran dar la impresión de que la vaciaban, pero sin llegar a hacerlo.

—Haga el favor de explicarse.

—Habrá que esperar a la autopsia, pero yo creo que quien hizo esto tenía la intención de recrear el crimen de la anterior niña, aunque sin tomarse tantas molestias.

—¿Cómo que recrear? ¿Eso qué quiere decir?

—Pues eso, recrear. Que al menos de entrada pareciera que a las dos niñas las habían matado de la misma forma.

—¿Que lo pareciera? O sea, ¿usted cree que es un asesino distinto?

—Yo no me atrevería a decir tanto. Las dos niñas pudieron morir o no por la misma mano; las lesiones, desde luego, parecen hechas con la misma herramienta, o con una parecida. La diferencia, me parece a mí, es que esta vez quien lo hizo no buscaba llevarse nada de la víctima. Solo buscaba causar un destrozo muy similar. Y quizá engañarnos.

Capítulo catorce

Como se preveía, el juez de instrucción, un tal Anselmo Gil y Sánchez, hombre adusto, de mediana edad y complexión gruesa, con voz y mirada autoritarias, como a juego con el cargo, lo mismo que el traje negro completo que vestía pese a la época del año, no apareció hasta muchas horas después, cerca ya del anochecer, acompañado de un secretario, tras una tarde intensa de interrogatorios por parte de la Guardia Civil en la que no se logró averiguar nada relevante.

En cuanto el juez fue informado de los detalles del suceso, este ordenó que el cuerpo de la niña fuera trasladado y dispuesto para la autopsia no a Aceitunilla, sino a Nuñomoral, la capital del concejo, donde al parecer contaban con mejores recursos y también con espacio suficiente para que todos se alojaran dignamente en el puesto de la Guardia Civil; o casi todos, ya que el propio juez, que lógicamente conocía la identidad y la misión encomendada secretamente a Cristo, le negó a este la posibilidad de alojarse en el puesto junto a los demás. Según argumentó el juez, no le parecía de recibo que un sujeto sin ninguna vinculación legal con aquel caso —y ya de paso, sin ninguna vinculación legal con el Gobierno o la Administración de Justicia— disfrutara de un trato tan preferente. Bastante deferencia era ya —llegó a decir— que tuvieran la obligación de informarlo de las actuaciones, siendo un ciudadano particular.

El traslado del cuerpo se realizó en una camilla improvisada que varios guardias civiles se turnaron para cargar a hombros. Algunos vecinos se ofrecieron a ayudar, pero el capitán Liédena no lo permitió; ni siquiera permitió que los familiares de la niña se unieran al cortejo, argumentando que se trataba de una diligencia judicial. Estos, si así lo deseaban, tendrían que desplazarse a Nuñomoral por

su cuenta más tarde.

Nuñomoral era más grande que Aceitunilla y que otras alquerías que habían atravesado esa mañana, aunque era bastante más pequeño y contaba con menos servicios que Casar de Palomero. Las viviendas eran de pizarra, por supuesto, la mayoría pequeñas y de una sola altura, y a primera vista Cristo no identificó ninguna taberna para cenar ni ningún establecimiento donde hospedarse o siquiera donde proveerse de tabaco. Regresar a Casar de Palomero a esas horas de la tarde, cuando ya escaseaba la luz, quedaba descartado, pero —sorprendentemente para él— lo que le causó cierta angustia no fue la incertidumbre de dónde pasaría aquella noche, sino faltar a su cita con la condesa. Se consoló pensando en que ella estaría al tanto de lo sucedido y que, si acaso volvía a verla, probablemente no le tendría en cuenta el plantón.

Nada más entrar en Nuñomoral, lo que más llamó la atención a Cristo fue la cantidad de niños que había en sus calles: en pocos minutos contó varias docenas, todos de aspecto desarrapado y algunos con claros signos de enfermedad. Estos últimos mostraban, entre otros, desproporciones de la cabeza y las extremidades respecto al cuerpo, deformidades en el rostro o inflamaciones en el cuello y las encías, las cuales, al sonreír, mostraban rojas y desdentadas.

—Muchos de los niños que usted ve no han nacido en Las Hurdes —le explicó el doctor, que debía de haber tenido el mismo pensamiento, mientras cabalgaban tras el cortejo por la calle principal—. Son lo que aquí llaman «pilos», expósitos de las inclusas de Plasencia o Ciudad Rodrigo. Como allí no tienen recursos para criarlos, los envían con familias hurdanas a las que pagan unos pocos reales por su crianza. Aunque a menudo ese dinero no solo se usa para mantener al expósito, sino que es lo que mantiene a la familia entera, y como no suele alcanzarles para alimentarse en condiciones, tanto los «pilos» como los hijos naturales sufren problemas graves en su desarrollo. Es el Mal de Las Hurdes que le mencioné ayer y del que tanto cacarean algunos intelectuales, como si se tratara de un mal endémico de aquí, el cual asocian además a cuestiones morales o a la excepcionalidad de la raza hurdana, entre

otras necedades. Aquí lo tiene usted, señor Cristo, delante de sus ojos. Pero por más que intenten romantizarlo, no es ningún mal endémico. Es algo mucho más vulgar: es hambre y pobreza, nada más que eso.

Al doctor se le solicitó que iniciara la autopsia de inmediato en unas dependencias municipales que resultaron ser una especie de cuadra despejada de mobiliario, salvo por una mesa larga de madera que habían traído poco antes de alguna parte, tal vez del comedor de una de las pocas casas pudientes de la localidad. Dado que el sol había caído tras las montañas y que en Nuñomoral no había luz eléctrica, para su labor el doctor debería alumbrarse con un par de lámparas de carburo. La decisión sobre qué hacer respecto a aquel asesinato —o más bien sobre si declararlo o no un asesinato— se pospondría hasta la mañana siguiente a primera hora, cuando el doctor hubiera concluido la autopsia, en la que, por descontado, este consumiría buena parte de aquella noche, y en la que Zillo, en calidad de ayudante, estaría pendiente de auxiliarlo.

Por esto último, Cristo de repente se encontró sin compañía, sin ningún sitio a donde ir y sin nada que hacer hasta la mañana siguiente, y aunque en efecto no había taberna en Nuñomoral, tardó apenas unos minutos en dar con un tugurio a cuya puerta estaban reunidos algunos hombres bebiendo y charlando, entre ellos varios guardias civiles. Era una choza de piedra similar al resto; una vivienda particular convertida en taberna improvisada gracias a que su dueño, según contaba, se había aprovisionado de vino en un viaje reciente a Las Hurdes Bajas y había decidido ganarse unas pesetas vendiéndolo a quienes esa noche se habían instalado inesperadamente en su pueblo.

—Traje ayer cuatro garrafas de vino porque me dijeron que había que estar preparados para la llegada del rey y su séquito —explicó el tipo, mientras servía a Cristo una jarra—, pero lo que yo no esperaba era que fuera a venir tanta gente forastera esta noche. Mañana tendré que volver a por más.

Cristo participó en algunas conversaciones triviales sobre la dudosa calidad del vino o las altas temperaturas de aquellos días sin que nadie recelara de su presencia. Probablemente porque, aunque

nadie supiera quién era en realidad —y él tampoco se molestó en presentarse—, casi todos allí lo habían visto departiendo durante aquella jornada con el capitán, con el juez o con el doctor. Quien más y quien menos asumiría que se trataba de algún empleado del juzgado, o quizá de un enviado del Gobierno o de la Policía a cuenta de la visita de Su Majestad.

También, por supuesto, y aunque el alcohol tardó un tiempo en romper la barrera del silencio en torno al asunto, la conversación terminó derivando hacia el crimen ocurrido la pasada noche. Cristo se limitó entonces a escuchar con atención lo que los demás tuvieran que decir. Que no era mucho, en realidad: nadie sabía o admitía saber nada que no fuera conocido por todos. En cierto momento, eso sí, alguien mencionó la muerte de la anterior niña, Augusta Muñoz, relacionándola con la que acababa de suceder, a lo que otro de los presentes, un anciano al que le faltaba el ojo derecho y la mitad de la oreja del mismo lado —pero el cual, por cómo vestía, debía de ser uno de los principales propietarios del lugar—, respondió burlándose del supuesto ataque de lobos.

—¡Será que los lobos hurdanos llevan navajas colgadas del cincho!

Todos rieron la gracia, incluidos los guardias civiles. Cristo estuvo tentado de sacar a colación a Minerva o a su hermano, para ver cuál era la reacción de aquellos hombres, pero se contuvo para no revelar su interés en el tema. Se alegró de no haberlo hecho, ya que el anciano tuerto los mencionó unos instantes más tarde.

—A propósito, fíjense que hace un tiempo que no *racea* por aquí la Minerva, la de El Teso… —dijo—. Y no será porque haya falta de *dolamas* entre la gente para sacarse unos cuartos con sus remedios. Es más ladina que el hambre. Como andan todos pendientes de ella, no asoma la cabeza fuera de casa. Pero al hermano bien que se le ve siempre de un lado para el otro. Ayer mismo lo vieron por el camino de Rubiaco, muy cerca de aquí.

El anciano no fue más allá: no llegó a lanzar ninguna acusación, posiblemente por temor a provocar u ofender a la media docena de guardias civiles que tenía al lado. Estos eran simples números y Cristo creyó leer en sus rostros alguna mueca de asentimiento o complicidad: era probable que ellos tampoco comprendieran por qué

los hermanos no habían sido procesados en su momento, tras el primer crimen.

—A esos dos, a la Minerva y al Botas —añadió el anciano, al que, además del acento hurdano, Cristo le percibió el tonillo balbuciente de quien se había excedido con la bebida—, habría que aplicarles el mismo tratamiento que a su madre.

—¿Qué tratamiento? —preguntó Cristo, y la pregunta fue recibida con varios encogimientos de hombros, como si tampoco el resto tuvieran idea de a qué se refería aquel hombre.

—Bah, todos ustedes son muy jóvenes, o forasteros —repuso el anciano—. Por eso no conocen la historia. Tampoco sé yo si este es el momento de contarla, estando el pueblo entero de luto por la muerte de esa niña… No es una historia agradable.

—Cuéntela, haga usted el favor —le instó Cristo.

—Bueno, la contaré *apriesa*, pero sin pararme en los detalles, para no faltar al respeto que se le debe a la difunta… Verán ustedes, hará cosa de unos treinta y tantos años, o quizá cuarenta, en Casar de Palomero y sus alrededores se estaba muriendo mucha gente de pulmonía, y alguien vino en decir que era culpa de una bruja que estaba envenenando las aguas de las fuentes… Pues bien, a esa bruja la agarraron un día entre todos los vecinos y la mataron de una manera terrible, cometiendo con ella todo tipo de tropelías. Y ya fuera por casualidad, o porque en verdad era una bruja, el caso es que una vez la mataron, no hubo más pulmonías.

El anciano hizo una pausa dramática. Cristo recordó de pronto la historia que Zillo le había contado la otra noche, frente a la casa de la parturienta en Rivera Oveja. Le parecía evidente que se trataba de la misma mujer.

—Ese fue el tratamiento que le aplicaron a la madre de esos dos —continuó el anciano, dando una palmada en el aire, como para rematar un chiste—. Porque la Minerva y el Botas son los hijos de aquella bruja. Y aunque la Minerva desde muy joven se ha dedicado a hacer brujería buena, o eso dice ella, en el fondo siempre ha debido de tener presente lo que le hicieron a su madre. Algo así no se olvida nunca.

El anciano, que hasta entonces había hablado prácticamente a voz

en grito, bajó el volumen para añadir:

—Hubo otra niña a la que mataron talmente como a estas dos, sacándole la sangre, la piel y las vísceras. Fue anterior a esto que les he contado, puede que ocurriera dos o tres años antes. Nunca se averiguó quién la mató ni para qué, pero muchos creyeron que la culpable también era ella, la madre de la Minerva y del Botas. Por eso cuando pasó lo de las pulmonías, la gente la emprendió con ella sin contemplaciones. Ya le tenían ganas al pensar que había mandado matar a una niña para algún encantamiento.

El anciano hizo otra pausa, y Cristo percibió su esfuerzo para no ir más lejos y afirmar que los dos hermanos, los hijos de la bruja a la que habían linchado unas décadas atrás, eran los culpables de los crímenes cometidos en aquellos días.

—Las malas hierbas no vale con cortarlas —concluyó el anciano—. Hay que arrancarlas poniendo cuidado de que no queden raíces bajo la tierra, porque si no vuelven a crecer al cabo de un tiempo. Cuánto daño se habría evitado si lo hubiesen hecho así cuando pudieron hacerlo. Pero les faltó valor, y ahora estamos pagándolo muy caro.

Capítulo quince

La conversación se apagó al filo de la medianoche, en cuanto se vaciaron las garrafas de vino. El corrillo se dispersó poco a poco, y Cristo, más afectado por el alcohol de lo que él mismo habría esperado —seguramente, se dijo, no era tanto por la cantidad ingerida o la graduación de la bebida como por haberla tomado con el estómago vacío—, se dirigió dando tumbos de vuelta al establo donde el doctor todavía estaba ocupado en la autopsia de la niña. No llegó a entrar; eso sí: se quedó en la calle, junto a la puerta, donde también esperaba Zillo, atento a lo que el doctor pudiera necesitar. Desde allí, Cristo preguntó al doctor si había averiguado algo interesante, y cuánto tiempo creía que le quedaba para terminar.

—Todavía tardaré un buen rato —respondió, aproximándose a la puerta; llevaba la camisa arremangada y, a falta de bata, se había colocado un mandil de cuero que habría conseguido prestado de algún artesano de pueblo; tanto la camisa como el mandil estaban empapados de sangre—. El cuerpo está totalmente destrozado por dentro, y tengo que confirmar si, tal y como parece, no se han llevado ningún órgano. Luego tendré que coserlo y adecentarlo, por si acaso esta vez el juez permite que la familia se haga cargo de él para enterrarlo.

Zillo propuso a Cristo que se quedara allí con ellos, pero este prefería no ser un incordio. El doctor necesitaba concentrarse en su tarea, y él estaba demasiado bebido para aguardar sin más en silencio. Si hubiera tenido tabaco para entretener la espera, tal vez habría aceptado.

—Voy a buscar algún sitio discreto para dormir la cogorza, y ya nos veremos por la mañana —dijo.

Caminó un poco hasta salir del pueblo, y cuando se hubo alejado

unos centenares de metros, alumbrado apenas por una media luna ubicada justo sobre su cabeza, siguiendo el sendero de ascenso del valle, se apartó a un lado y se recostó apoyando la espalda en el tronco de un castaño. La noche estaba tan cálida como las anteriores, y no creyó que fuera a echar de menos una manta, al menos hasta mucho más adelante, cuando rayara el alba y comenzara a refrescar.

No era aquella la primera noche de su vida que pasaba a la intemperie; de hecho, había pasado muchas en lugares bastante peores que aquel. Como había dicho Minerva la tarde anterior, los lobos no comían niños, y mucho menos comían hombres adultos salvo que se vieran acorralados o en verdadera necesidad, por lo que el único riesgo real que corría, pensó, era el de haberse sentado sin darse cuenta sobre un nido de víboras. Por lo demás, dormir al borde de un sendero, a poca distancia de un pueblo y en aquella época del año, aun encontrándose en el corazón de Las Hurdes, no se le antojaba una práctica demasiado peligrosa.

Se durmió nada más cerrar los ojos, y no sabría decir cuánto tiempo pasó hasta que los abrió, pero no debió de ser mucho, a juzgar por la oscuridad que todavía lo envolvía y lo poco que se había repuesto de la borrachera. Como máximo, calculó que un par de horas. Aunque podían haber sido solo unos minutos.

Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño otra vez, pero no lo consiguió. Se notaba inquieto, incómodo, pese a que, todavía en el duermevela, no lograba adivinar el motivo. No era una incomodidad física, por más que el tronco del árbol distara mucho de un colchón de muelles, sino algo distinto. Como si sus sentidos hubieran captado señales que su cerebro adormecido todavía no podía interpretar.

Esas señales eran las de una presencia, y al cabo de unos instantes lo alcanzaron con tal nitidez que, aun antes de abrir de nuevo los ojos, ya se había puesto en pie de un salto.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, susurrando. No levantó la voz porque temió que, si se trataba de un animal, un grito podía alterarlo en lugar de espantarlo. Aunque lo mismo podía ocurrir, se dijo, si se trataba de un ser humano.

No estaba seguro de qué era lo que había sentido, si algún ruido, algún leve cambio en la luminosidad, o algún roce en su ropa o su piel. También podía ser, claro, que no hubiera sentido nada, y que todo fuera fruto de su imaginación desbocada y sugestionada por el alcohol, por la hora, por el entorno, y por todo lo que había vivido y conocido desde su llegada a Las Hurdes, todas esas historias fantásticas y mortuorias que lo habían invadido en los últimos dos días.

—¿Quién va? —insistió, todavía en un susurro, a la vez que, sin ser apenas consciente, su mano derecha se deslizaba hasta su cintura y agarraba la empuñadura del revólver. La otra mano lo hacía hasta el bolsillo de su chaqueta donde guardaba el encendedor.

La respuesta fue el rumor de una pisada furtiva sobre la tierra, en el sendero, justo enfrente de donde él estaba; si no era una pisada humana, solo podía ser de algún gran animal: un lobo, un perro, un ciervo o un jabalí. Por un instante, Cristo dudó si debía disparar al aire, pero temió que la detonación despertara y atrajera a los vecinos de Nuñomoral, y que le tocara dar demasiadas explicaciones en el caso de que aquello no fuera ninguna amenaza, lo cual era lo más probable. Por ello, ayudándose también de la mano con la que sostenía el revólver, accionó el encendedor. El chispazo no prendió la llama, pero el fogonazo fue suficiente para ver —o intuir— que lo que tenía delante de él era un niño de corta edad. Otro chispazo le confirmó que efectivamente era un niño, y aunque la fugacidad de los destellos no le permitió distinguir apenas sus rasgos o su vestimenta, creyó reconocer que era un niño extrañamente hermoso, que iba cubierto con una prenda blanca, parecida a un camisón.

—¿Quién eres, niño? ¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó, a la vez que accionaba el encendedor por tercera vez. Una débil llama, entonces sí, quedó fija en el extremo de la mecha.

Pero el niño ya no estaba.

—¡Ven, niño, te acompañaré a casa! —gritó Cristo, aproximándose hasta el lugar donde el chiquillo había estado hacía solo un instante.

Pero allí no había nadie. A su alrededor, más allá del brillo del mechero, todo era silencio y negrura.

—Lo que me faltaba —musitó Cristo—. Un puto fantasma.

Capítulo dieciséis

Para evitar más encuentros con entidades de naturaleza incierta, Cristo decidió pasar lo que restaba de noche en Nuñomoral. Tardó apenas unos minutos en regresar a sus calles, donde reinaba una oscuridad no menos densa que en el bosque, y se encaminó directo a la sala de la autopsia.

La puerta estaba cerrada y no se apreciaba ninguna luz en el interior: el doctor Álamo debía de haber terminado su trabajo y se habría retirado a dormir al puesto de la Guardia Civil —o a donde quiera que el juez le hubiera buscado un alojamiento—. En cuanto a Zillo, esa tarde había comentado que se las apañaría con un rincón en las cuadras de uso comunal del municipio, donde descansaban los caballos, para así mantenerlos tranquilos y vigilados. A Cristo aquello no le había parecido un arreglo decente, por el calor y el olor que emitían los animales, así como por los parásitos que podían asaltarlo. Pero a esas alturas de la noche, después de la experiencia vivida —o soñada—, cualquier solución que pasara por dormir bajo techo le parecía aceptable.

Las cuadras estaban muy cerca —todo estaba cerca en aquel pueblo, por supuesto—, y se dirigió hacia allá con la esperanza de que Zillo estuviera aún despierto: quería comentar con alguien lo que acababa de sucederle. Quizá un hurdano no fuera la mejor opción, habida cuenta de que los habitantes de la comarca parecían predispuestos a dar crédito a cualquier hecho fantasioso o sobrenatural, pero tendría que conformarse. Lo ideal, pensó, sería poder contárselo al doctor Álamo y que este, con su razonamiento científico, le proporcionara alguna explicación racional. Pese a que la explicación más racional, ya lo sabía él, era que no había visto nada; el alcohol le había jugado una mala pasada. O también podía ser que el presunto fantasma fuera uno de los tantos niños de los que

esa tarde habían estado merodeando por Nuñomoral, nada más.

Alumbrándose de nuevo con su encendedor, alcanzó las cuadras; estas eran un sencillo cobertizo de madera anexo al puesto de la Guardia Civil. Al aproximarse, todavía desde la calle, advirtió unos cuchicheos provenientes del interior. Había al menos dos personas dentro, hablando en voz baja. Instintivamente, rodeó la llama con su mano para que no fuera detectada y avanzó despacio. Quería comprobar quiénes eran antes de entrar, no fuera a darse de bruces con otra aparición.

Una aparición, sin embargo, le hubiera sorprendido menos que lo que vio al asomarse por la puerta entreabierta. A un lado, tras una valla de madera, había hasta ocho caballos recostados en el suelo, entre paja y suciedad; al otro, un pasillo estrecho al fondo del cual se encontraban dos hombres, ambos de pie y abrazados entre sí contra una de las paredes.

Su primer impulso fue darse la vuelta y marcharse, aunque finalmente no pudo contenerse y retiró un poco la mano para que el brillo del mechero le permitiera observar mejor. Por los años que había pasado en el Ejército, donde prácticas como aquella estaban normalizadas bajo el fingido decoro institucional, y por los años que llevaba pateando los bajos fondos de la noche madrileña, donde no escaseaban los locales que ofrecían amparo a homosexuales, con mayor o menor lustre, Cristo estaba muy lejos de escandalizarse por haber descubierto a dos hombres manteniendo un encuentro amoroso furtivo. Si quiso averiguar sus identidades no era por un afán condenatorio, sino por pura curiosidad. Había que tener arrestos para citarse justo esa noche en un pueblo que estaba tomado por guardias civiles y autoridades.

Aun sin necesidad de que ninguno de los dos volviera el rostro hacia él —sus bocas estaban justo entonces ancladas en un beso apasionado—, Cristo reconoció de inmediato el traje gris, brillante y cortado a medida que lucía uno de ellos, el que estaba más cerca de la entrada, de espaldas a él. Si el doctor Álamo era uno de aquellos hombres, era fácil adivinar quién era el otro. Sobre todo porque Cristo había ido allí justamente en su busca.

Cristo cubrió la llama con la mano y se alejó a toda prisa del lugar.

Lo hizo con la certeza de no haber sido descubierto. Sin embargo, no había dado más que unos pasos cuando escuchó una voz —más bien un gruñido— a su espalda. Se detuvo y al volverse vislumbró la silueta del doctor saliendo a la calle. A causa del alcohol, Cristo debía de haber actuado con menos sigilo del que él mismo imaginaba y se habría delatado o bien con la luz del mechero, o bien con el ruido de sus pisadas.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

Cristo estuvo tentado de apagar la llama y alejarse sin más: el doctor no lo había reconocido, y quizá lo más pertinente fuera marcharse y no mencionar jamás el asunto. Aunque enseguida recapacitó: el doctor y Zillo no se merecían el sufrimiento que les causaría especular sobre quién había podido descubrirlos, y si acaso esa persona en algún momento iba a denunciarlos o a hacer pública su relación.

—Soy yo, Cristo.

El silencio que siguió fue largo e incómodo. Cristo no sabía cómo romperlo sin provocar que el doctor se sintiera abochornado. Aun así, lo intentó:

—Venía a echarme a dormir en las cuadras, pero me buscaré otro sitio —dijo—. No se preocupen por nada. Que tengan buena noche.

Capítulo diecisiete

Despejado completamente de la borrachera tras tantos sobresaltos, no le fue fácil volver a conciliar el sueño. Menos aún cuando el único lugar que encontró para echarse a dormir —el único que no pasaba por tumbarse sobre el suelo, en la misma calle— fue en un poyo de piedra junto a la fachada del puesto de la Guardia Civil, que no era más que una modesta construcción reciente, de adobe y de una sola planta, poco más grande que las cuadras que había al lado. Cayó dormido cerca del amanecer y para cuando despertó el sol brillaba ya con fuerza. Imaginó que serían muchos los guardias y vecinos que habrían pasado junto a él en las primeras horas de la mañana, y secretamente agradeció que ninguno hubiera tenido la descortesía de molestarlo.

Acababa de incorporarse y estaba aún estirando un poco la espalda cuando el capitán Liédena salió y le informó de que en unos minutos comenzaría la reunión para decidir qué hacer respecto al asesinato de la niña Inés Amador. Al parecer, el juez de instrucción le concedía a Cristo permiso para estar presente en ella, aunque no para intervenir.

—Y aún debería usted estar agradecido —añadió el capitán—. Yo era de la opinión de que lo conveniente era dejarlo a usted al margen. Con otra niña asesinada, la situación es muy distinta a la que usted vino a investigar, y no sabemos si los de arriba querrán que usted continúe con su trabajo o que se vuelva a Madrid.

Antes de la reunión, Cristo pudo pasar a desayunar a la cocina del puesto. Seguramente por la presencia del juez de instrucción —o porque ya en el puesto habían hecho acopio de víveres ante la inminencia del viaje real—, estaban sirviendo huevos fritos, panceta, bollos de azúcar y café recién hecho. Cristo, que ignoraba cuándo tendría oportunidad de volver a saciarse así durante su periplo por

Las Hurdes, aprovechó para devorar cuanto pudo en el poco tiempo del que dispuso hasta que un guardia vino a buscarlo para la reunión. Esta se celebró a la puerta del puesto, junto al poyo en el que Cristo había pasado la noche, debido a que no había ninguna sala en el interior donde cupieran sin estrecheces todos los convocados —además del juez, su secretario, el capitán, el doctor y Cristo, una media docena de agentes—; salvo quizá en los calabozos, según apuntó alguien. Aunque naturalmente no parecía de recibo celebrarla allí.

El primero en tomar la palabra, por orden del juez, fue el doctor Álamo. Este expuso de memoria los resultados de la autopsia: aún no había tenido tiempo de redactar el informe, dijo. O más probablemente, pensó Cristo, no había querido hacerlo para no trabajar en vano, si acaso más adelante le encargaban redactar un informe falso, como había ocurrido con la primera niña.

Los resultados se ajustaban a sus observaciones del día anterior: la niña Inés había fallecido a última hora del martes 13 de junio; la causa de la muerte era el desangramiento fruto de un corte en el cuello; el resto de lesiones, a excepción de algunos hematomas leves —tal vez los que el asesino le hubiera provocado al llevársela e inmovilizarla, apuntó el doctor—, habían sido producidas *post mortem*; pese a la aparatosidad de esas lesiones, no le había sido extraído ningún órgano.

—Una vez desangrada —resumió el doctor—, la abrieron en canal y le revolvieron las entrañas sin llevarse nada.

A continuación, el capitán Liédena explicó de manera sucinta —e innecesaria, puesto que todos los allí reunidos estaban al tanto de cómo se había desarrollado la investigación— que hasta el momento se habían realizado cerca de cuarenta interrogatorios entre los vecinos de Aceitunilla y Nuñomoral, sin que hubieran conseguido dar con ningún sospechoso, así como el registro de algunas fincas y caminos de las inmediaciones.

—Mi intención, siempre que el juez lo apruebe —indicó el capitán —, es ampliar los interrogatorios a los pueblos limítrofes, y si fuera necesario a todas Las Hurdes al completo. Alguien debió de ver algo, estoy convencido.

A la explicación del capitán siguió un silencio que Cristo percibió tenso. Imaginó que se debía a que varios de los presentes estaban al tanto de que el Botas había sido visto la tarde anterior al crimen cerca de Rubiaco, por más que ningún testigo hubiera estado dispuesto a declararlo. O por más que el capitán hubiera optado por obviar ese detalle, si acaso también a él lo conocía.

—Por otro lado —añadió el capitán, adoptando un tono súbitamente solemne, como si para asegurarse de que su afirmación recibiera la atención que merecía—, estoy también convencido de que este crimen ha tenido una motivación política.

Cristo se preguntó si acaso era él el destinatario de aquella sentencia. La mirada que el capitán le dirigió entonces así parecía indicarlo.

—¿Qué motivación política puede haber en destripar a una niña? —preguntó Cristo.

El juez de instrucción lo señaló entonces con el índice de su derecha, como si se dispusiera a recriminarle que hubiera intervenido en la reunión pese a que se le había prohibido hacerlo. Pero el capitán se adelantó al juez al responder:

—Anoche, mientras todos dormíamos, le prendieron fuego al poblado de El Teso, en Cambroncino. Su señoría y yo hemos sido informados de ello hace solo unos minutos. Aún desconocemos si ha habido o no alguna víctima, pero el poblado ha ardido por completo. Ya no existe.

Cristo abrió la boca para decir algo, pero no dijo nada, y el capitán continuó:

—Sé que usted estuvo en El Teso hace dos días, don Valerio. Y también sé que lleva desde entonces obcecado con culpar del primer crimen a un par de hermanos que residen en ese poblado. O que residían allí hasta esta noche, ya veremos qué ha sido de ellos. Ese es el motivo por el que el juez, con buen criterio, ha decidido que usted no tenga voz en lo que vayamos a decidir esta mañana respecto al crimen de la niña. Ha sido usted un imprudente, pese a que le advertí de que lo mejor que podía hacer era estarse quieto.

Cristo hubiera podido replicar que el capitán no le había mencionado a Minerva o al Botas la otra mañana, durante la reunión

en su despacho, pese a que Minerva había sido detenida e interrogada en el cuartel; o que los dos niños que presuntamente habían declarado haber visto a un sospechoso llevarse a Augusta del monte de la Corderina en realidad no habían visto nada; o también que en ese mismo momento el capitán se estaba callando la posible presencia del Botas cerca de Aceitunilla horas antes del asesinato de la segunda niña; y que por tanto él podía haber actuado imprudentemente, pero que quien estaba actuando con negligencia, ya fuera por uno u otro motivo, era el propio capitán. Sin embargo, decidió que lo mejor era no decir nada.

—No se le puede culpar a usted de haber asesinado a nadie, o de haber provocado el incendio —continuó el capitán—, pero sí que se le puede culpar de haber puesto a ese par de hermanos en el disparadero, y también de haber agitado los ánimos tanto como para que algunos hayan visto la oportunidad para crear un estado de alarma en la comarca. Porque es evidente que el asesino de la primera niña no es el mismo que el de la segunda. Son dos asesinos distintos, con dos motivaciones distintas. Con toda probabilidad, el asesinato de Augusta fue derivado de algún tipo de ritual macabro, pero esto, por trágico que sea, no deja de ser un suceso aislado, sin mayores consecuencias para nadie… El asesinato de Inés, en cambio, responde a un propósito muy claro: que el rey cancele su viaje a Las Hurdes.

Por tercera vez, Cristo se abstuvo de decir nada. El capitán, sin duda satisfecho con su silencio, continuó:

—Tras el asalto frustrado al cuartel de Casar de Palomero, alguien debió de pensar que asesinando a otra niña del mismo modo que a la anterior el pueblo hurdano finalmente despertaría y reaccionaría con violencia, lo que podría llevar al rey a replantearse su viaje por el riesgo que pudiera correr. El incendio de El Teso es la mejor prueba de lo que digo. El asesino de la segunda niña únicamente buscaba sembrar el caos, y lo ha conseguido, qué duda cabe.

—Eso que dice no tiene ningún sentido, capitán —repuso finalmente Cristo—. ¿Por qué nadie, y menos aún un vecino de esta comarca, estaría dispuesto a asesinar a una niña para evitar el viaje del rey, cuando ese viaje podría traer tantas mejoras a quienes viven

aquí?

El capitán sonrió, y esa sonrisa retorcida fue suficiente para que Cristo entendiera lo que ocurría. El capitán no estaba elucubrando un relato; estaba haciéndolo constar. Era lo mismo que él y el juez de instrucción habían hecho al culpar a los lobos de la muerte de Augusta. Si el relato en su conjunto era verosímil, tanto daba que algunas de sus partes no terminaran de encajar. La cuestión era propagarlo cuanto antes, sin reparos ni titubeos.

—Usted mismo, don Valerio, es testigo de que la otra mañana se gritaron cánticos anarquistas en las puertas del cuartel —indicó el capitán—. Y los anarquistas no necesitan ninguna razón para hacer lo que hacen. Tanto les da el sufrimiento de la buena gente de Las Hurdes si con eso logran desestabilizar el régimen político del país. Matar niñas, incendiar aldeas… Nada que esos desgraciados no hayan hecho antes en otros lugares. Mi error fue mostrarme demasiado tibio ante los alborotadores. Pero pienso resarcirme. Voy a traer la paz a esta comarca cueste lo que cueste. Se lo prometo.

Capítulo dieciocho

La niña Inés Amador —cuyo cuerpo podría ser enterrado aquel mismo día, si la familia así lo deseaba— había sido asesinada: así se haría constar en los correspondientes atestados policiales y judiciales, y así se comunicaría a la prensa, llegado el caso. Esa fue la decisión que alcanzaron el juez de instrucción y el capitán durante la reunión. Naturalmente, el responsable del asesinato habría que buscarlo entre los elementos subversivos de la comarca, comenzando por los responsables a su vez de haber incendiado El Teso. Cristo no tuvo la menor duda de que terminarían dando con algún individuo o individuos a los que procesar por ambos delitos. El papel lo aguantaba todo, según solía decirse, y Cristo imaginó que, con un poco de habilidad e imaginación, el juez y el capitán no tendrían ningún problema en elaborar a través de sus informes un relato sólido que se sobrepusiera a todas las incoherencias que pudieran surgir: bastarían algunos testimonios y quizá alguna confesión arrancada de la manera que fuese.

Inmediatamente después de la reunión, todos emprendieron juntos el viaje a El Teso. Al poco de ponerse en marcha, Cristo igualó el paso de Cristión al de la montura del doctor Álamo y con gestos le indicó que lo redujera hasta quedarse rezagados del resto, para así poder hablar sin ser escuchados. El doctor no le había dirigido la palabra en toda la mañana, y tampoco lo había hecho Zillo, pese a que ambos habían tenido oportunidades de sobra para hacerlo.

—Si pretende usted comentarme algo acerca de lo que vio anoche, le ruego que no lo haga —se le adelantó el doctor.

—Sobre eso no hay nada que comentar —dijo Cristo—. Yo tengo la certeza de que es usted un buen hombre, y con eso me basta.

Zillo cabalgaba delante de ellos, y al percatarse de que Cristo y el doctor lo hacían juntos amagó con esperarlos, pero el doctor le

indicó con una seña que mantuviera la distancia.

—Desde que llegué a Las Hurdes, me he conducido con tanta discreción como he podido —afirmó el doctor—. Jamás he buscado causar ningún escándalo, se lo juro.

—Está de más que se justifique, doctor. Yo no soy juez, ni cura, ni mucho menos un delator.

Guardaron silencio durante los pocos minutos que tardaron en atravesar la alquería de Rubiaco. Eran más de las diez y el calor comenzaba a apretar. Aquella jornada iba a ser tanto o más tórrida que las anteriores.

—El capitán también lo sabe, ignoro cómo o cuándo lo averiguó —indicó el doctor poco después—. Supongo que alguien debió de ver a Zillo entrando o saliendo de mi casa a deshoras, o puede que fuera alguna vecina, o hasta mi criada… Tanto da, supongo. La cuestión es que la semana pasada, tras el asesinato de la niña, me amenazó con arrestarnos a los dos si no aceptaba firmar el informe de autopsia que ratificaba el ataque de lobos, algo a lo que de primeras me había negado en redondo.

—Lo lamento de veras.

—Le aseguro que no cedí por mí. Un capitán de la Guardia Civil tiene mucho poder, pero no tanto como para encarcelar por degenerado a un doctor de buena familia como yo. Al menos no sin otro fundamento que el testimonio de algún aldeano analfabeto… Pero con Zillo la cosa es diferente. Yo no podía permitir que le destrozaran su existencia. Usted me entiende, ¿verdad, señor Cristo?

—Le entiendo, tranquilo. Hizo usted lo correcto.

A la altura de Vegas de Coria hicieron una pausa, aunque solo duró lo imprescindible para que los caballos abrevaran un poco en el río y también para que el juez Anselmo Gil, que era el jinete de más edad —y quien todavía debía de arrastrar el cansancio por el viaje desde Coria del día anterior—, estirara un poco las piernas. En el cielo, al otro lado del puerto de la Mesa Santa, se elevaba una columna de humo, aunque ya difuminada y blanquecina; en cualquier otro momento del año, y de no estar prevenidos del incendio, hubieran podido tomarla por un banco de niebla.

—¿Quién cree usted que le ha pegado fuego a El Teso? —

preguntó el doctor a Cristo, señalando el humo con la cabeza.

—No lo sé —respondió este—. Pero yo no descartaría nada. Ni siquiera lo que usted está pensando.

Zillo se acercó a Cristo para ofrecerle una cantimplora con agua. Cristo le puso una mano en el hombro y lo zarandeó con fuerza.

—Chico, ¿te has vuelto mudo o qué te pasa?

—Señor Cristo, yo…

—Conmigo te comportas como de costumbre, no te lo pienso repetir. ¿Te enteras?

—Sí.

—Agáchate.

—¿Cómo dice?

—Que te agaches. Pon la cabeza sobre el río.

Zillo obedeció y Cristo le remojó el cogote con la cantimplora.

—Ala, ya puedes decir que te ha bautizado Cristo en el Jordán. Estás libre de pecado.

Zillo y el doctor rieron con ganas. Cristo recordó entonces que aún tenía pendiente contarles lo que le había sucedido la noche anterior antes de asomarse a las cuadras. Lo hizo mientras volvían a montar en los caballos, intentando que su narración sobre la aparición del niño sonara casi a chascarrillo. En aquel momento, a media mañana y con el sol disipando cualquier temor nocturno, Cristo no creyó que hubiera otro modo de relatar aquello. Sin embargo, el semblante de Zillo se ensombreció al escucharlo.

—Lo que usted vio es el Niño Blanco —afirmó este—. Se aparece a menudo cerca de Nuñomoral.

—¿El Niño Blanco?

—Dicen que es el fantasma de un niño al que mató un tío del unto por allí cerca, hará no sé cuántos años.

—En realidad, creo que fue una niña a la que mataron. El doctor me contó la historia al poco de conocernos, y anoche mismo me la volvieron a contar con más detalle.

—¿Quién se la contó? —preguntó el doctor.

—Un anciano, mientras bebíamos vino en la puerta de una casa. Comentó que a esa niña la mandó matar la misma bruja que luego, unos años después, fue linchada en Casar de Palomero. Y que para

colmo esa mujer era la madre de Minerva y el Botas.

—¿Y quién le había contado a usted lo de la bruja a la que lincharon? Porque yo no fui…

—Fui yo —admitió Zillo—, la noche en que usted estaba atendiendo el parto de la Gabriela. Pero yo no sabía que esa bruja era la madre de la Minerva y el Botas.

—Puede que no sea cierto, porque un anciano borracho no es lo que se dice una fuente fiable… —dijo Cristo—. Pero si lo fuera, daría la impresión de estar todo entrelazado.

—¿Y qué conclusión sacaría usted, de ser así? —preguntó el doctor.

—No lo sé, la verdad. Y tampoco sé si tendré ocasión de averiguarlo. Porque, a lo que parece, el capitán está empeñado en no llevar más allá la investigación. El juez y él ya lo tienen todo organizado para resolverlo como mejor les conviene. Y supongo que yo me marcharé muy pronto de Las Hurdes.

En cuestión de unos minutos, el grupo ascendió al puerto de la Mesa Santa. Desde lo alto pudieron divisar la ladera negra y humeante de uno de los cerros que rodeaba Cambroncino. El pueblo no quedaba a la vista, salvo por la mole de su iglesia, pero se apreciaba que el incendio no lo había alcanzado. Aun así, el paisaje que se encontraron al aproximarse les resultó desolador. Cambroncino había quedado encajonado por una especie de muralla negra en la que aún brillaban los rescoldos del incendio. Si el viento hubiera soplado con más fuerza esa madrugada, sin duda el fuego se habría propagado desde el monte y llegado no solo a las viviendas, sino posiblemente a algunas de las alquerías limítrofes. Podía haber ardido la comarca entera. Sin embargo, y pese a lo atroz del panorama, no había habido víctimas. El fuego se había iniciado cerca del amanecer, cuando ya había algo de actividad en las calles y los campos, y eso había permitido que se diera la voz de alarma rápidamente, permitiendo desalojar el poblado y extinguir las llamas con paladas de tierra y cubos de agua antes de que se saliera de control. Lo que sí había eran heridos, la mayoría habitantes de El Teso que habían escapado del fuego en el último momento y habían sufrido quemaduras al intentar salvar a la desesperada sus viviendas

o pertenencias. Estos habían sido llevados al interior de la iglesia: no había ningún otro lugar en Cambroncino donde poder acogerlos.

Mientras el doctor Álamo los iba valorando uno a uno —eran un total de doce, ninguno con lesiones de gravedad—, el capitán y el juez comenzaron de inmediato con los interrogatorios. Al parecer, nadie había visto al causante o causantes del incendio; tampoco nadie afirmaba tener sospechas sobre quién podía haberlo hecho. El porqué sí que parecía claro: algunos vecinos insinuaron —aunque nadie se atrevió a decirlo abiertamente— que el incendio debía de ser una represalia por los asesinatos de las dos niñas. Ni Minerva ni el Botas estaban entre los heridos. Sin embargo, no se había hallado ningún cadáver entre las cenizas.

A última hora de la mañana, el capitán Liédena acudió junto al juez a El Teso para inspeccionar el estado en que había quedado el poblado. Cristo los acompañó. Todas las viviendas habían ardido. Unas pocas se mantenían en pie, pero muchas, al carbonizarse las vigas y armazones de madera que sostenían los techos de roca, se habían hundido sobre sí mismas. A través de los huecos de las puertas solo se atisbaban escombros ennegrecidos. La casa de los dos hermanos era una de las que se había derrumbado, pero no parecía que entre los cascotes ya removidos por los vecinos pudiera ocultarse el cuerpo de una persona, o siquiera unos restos humanos calcinados. O bien no había nadie en su interior en el momento en que se inició el fuego, o bien sus ocupantes habían salido sin ser vistos antes de que fuera tarde. Frente a la casa, reparó Cristo, y así se lo comunicó al capitán, había vestigios de una pira prendida con hojarasca. Aunque no había modo de asegurarlo, era probable que aquel fuera el origen del incendio. Alguien había encendido una hoguera junto a aquella vivienda y luego el fuego, intencionadamente o no, se había extendido por el poblado.

De vuelta en Cambroncino, el capitán ordenó que se trasladara al cuartel a todos los vecinos de los que se tuviera constancia de que habían participado en la manifestación en Casar de Palomero dos días atrás, para que fueran interrogados a fondo. La orden provocó algunas protestas, pero dado que el pueblo entero estaba tomado por los guardias, el traslado se llevó a cabo sin ningún incidente. A

juzgar por los gestos de resignación de los detenidos y sus familiares, Cristo intuyó que aquello era algo que todos estaban esperando; la consecuencia inevitable de aquel incendio por el que algunos tendrían que pagar, fueran o no culpables.

Entre los detenidos se contaron el padre y el tío de la niña Augusta. Cristo no tuvo oportunidad de hablar con ellos antes de que los amarraran por la cintura con una soga y los incorporaran a la columna de hombres que iban a ser conducidos a pie hasta el cuartel. Esa columna la componían un total de veintidós sospechosos. El capitán se mostró clemente, según él mismo, ya que eximió de aquel trance a los vecinos menores de quince años y a los mayores de cincuenta, pese a que podía haberlos incluido, en cuyo caso el número de detenidos habría alcanzado el medio centenar. El capitán aseguró, eso sí, que casi todos los detenidos estarían de vuelta en sus casas al día siguiente. Tanto él como el juez de instrucción debían de ser conscientes de que no podrían arrestar a docenas de vecinos de un solo municipio sin que ello saltara a los periódicos de todo el país. La idea, por lo que Cristo alcanzó a entender, era depurar responsabilidades y procesar únicamente a un puñado de aquellos hombres, ya fuera como autores del incendio o como inductores del asalto al cuartel. También podía ser que alguno de ellos cargara con el asesinato de la niña Inés Amador, aunque esto estaría por ver: posiblemente dependiera de si conseguían dar con la persona indicada.

A media tarde, la cuerda de presos —o más propiamente hablando, la cuerda de sospechosos— salió de Cambroncino custodiada por una docena de agentes y sin otra despedida que un silencio que a Cristo le pareció forzado y doloroso: a nadie se le escapaba que cualquier grito o exabrupto sería respondido con dureza por parte de la Guardia Civil. Cristo tuvo incluso la sensación de que eso era precisamente lo que el capitán estaba esperando: una excusa para llegar aún más lejos con aquella suerte de comedia o acto de fe que habían orquestado entre él mismo y el juez con la excusa de pacificar la comarca.

El doctor aún tardaría un rato más en terminar de atender a los heridos, así que no acompañó a la columna, y Cristo decidió

esperarlo. Según el doctor, algunas quemaduras habrían requerido el ingreso del paciente en un hospital, incluso injertos de piel sana, pero eso era algo que no estaba en su mano; ni siquiera contaba con vendas suficientes, y tuvo que improvisar vendajes con prendas de ropa. Aunque lo que más le costó, comentó, fue convencer a los heridos y sus familiares de que no emplearan ningún remedio tradicional para tratarlas; nada de emplastos de hierbas, de sebo o de sangre de cabra. No todos le harían caso, pero su deber era intentarlo al menos.

Poco antes de que oscureciera, Cristo, el doctor y Zillo emprendieron la vuelta a Casar de Palomero. El trajín de la jornada había terminado de aliviar la tirantez de la mañana, y a Cristo aquel viaje reposado, con los tres cabalgando y charlando distraídamente mientras que el sol caía y recortaba la silueta de los montes hurdanos, de un violeta intenso sobre el cielo anaranjado, le pareció una hermosa manera de despedirse para siempre de aquel lugar. Así se lo explicó a los otros, casi al final del trayecto.

—Me gustaría que pudiera usted quedarse algunos días más para que conociera todo lo bueno de la comarca, que también es mucho —dijo el doctor.

—Lo veo complicado —repuso Cristo—. Después de todo lo ocurrido, no tiene sentido que me quede más tiempo. No he cumplido con lo que se me encargó, que era asegurarme de que no hubiera más crímenes ni alborotos hasta la visita del rey. He fracasado estrepitosamente.

—No sea tan duro con usted. Nada de esto es culpa suya.

—En parte sí lo es. Pude haberme despachado al Botas la otra tarde, y no habría matado a ninguna otra niña.

—¿De verdad no tiene dudas de que fue él?

—Lo único que dudo es por qué lo habrá hecho.

—Puede ser por lo que decía usted la otra noche: por pura y simple maldad. Algo que las buenas personas no podemos comprender.

—También la otra noche le dije que yo no soy exactamente de los buenos. Y si acaso se me volviera a presentar la ocasión de tenerlo delante, le juro a usted que no la dejaré escapar.

Capítulo diecinueve

De vuelta en Casar de Palomero, tras llevar los caballos al establo —Cristo se despidió de Cristión palmeándolo cariñosamente en el lomo y susurrándole unas palabras de agradecimiento—, y tras pasar por el estanco para que Cristo se proveyera de cuartas de tabaco y librillos suficientes para la noche y el día siguientes, cenaron los tres en la taberna de costumbre. Ya que iba a tratarse de una cena de despedida, el doctor Álamo insistió en que Zillo los acompañara. El muchacho pasó antes por su casa a visitar a su anciana madre, pero enseguida regresó con ellos.

Mientras cenaban —un poco de queso de cabra, olivas y algo de embutido, sin pan ni guarnición—, y mientras que iban vaciando jarras de vino una tras otra, varios vecinos acudieron a la mesa a interrogar al doctor sobre el asesinato de la niña en Aceitunilla y sobre el incendio de El Teso; con la llegada de la columna de detenidos al cuartel, el ambiente en el pueblo se notaba pesado, enrarecido. El doctor, sin embargo, se negó a informar a nadie de ningún detalle. A alguno incluso lo despachó de malas maneras, lo que, más que a la bebida, Cristo lo achacó a que el doctor quería mostrar a las claras que él nada tenía que ver con aquel asunto; que él no era responsable de las detenciones ni de cómo se habían investigado los asesinatos de las niñas.

—Si finalmente se produjera alguna revuelta, no me quedaría otro remedio que refugiarme en el cuartel —dijo el doctor, confirmando las sospechas de Cristo—. Y todo esto sin haber hecho otra cosa que lo que me han obligado a hacer.

El doctor no fue más lejos en su protesta, ya fuera por temor a que alguien pudiera escucharlos o más probablemente a que no quería que Zillo se enterara de las amenazas del capitán. Este, de todas formas, estaba callado y como ausente de la conversación, ya

fuera por efecto del vino o por el cansancio acumulado de aquella jornada. Aun así, fue Zillo quien primero reparó en la llegada de la condesa de Riolobos, y quien primero se levantó de su silla en señal de respeto al observar que esta venía directa hacia ellos. Cristo y el doctor se levantaron también.

—Buenas noches, caballeros —los saludó la mujer, invitándolos a sentarse de nuevo con un gesto de la mano. Había cambiado el vestido negro de otras veces por uno granate con lazos blancos, holgado y sin mangas. El cabello lo llevaba suelto bajo un sombrero de ala corta, a juego con el vestido, que se retiró y colocó sobre la mesa antes de sentarse en el asiento vacío que, también con un gesto, solicitó ocupar.

—Nos honra con su compañía, doña Rocío —dijo el doctor, sentándose él también—. Permita que le presente a mi amigo.

—No es necesario, nos conocimos el otro día —lo interrumpió esta —. ¿Qué tal está usted, don Valerio?

—Pues mucho mejor ahora que hace un momento, gracias a usted —respondió Cristo, ejecutando una media reverencia antes de sentarse.

—No sea tan zalamero.

Zillo, que aún permanecía en pie, se dispuso a marcharse sin decir nada. Sin embargo, la propia condesa se percató y lo retuvo agarrándolo de un brazo.

—Quédese usted también, por favor —dijo—. No quisiera yo estropearles la velada.

—No se preocupe usted, doña Rocío —repuso Zillo—. Yo estaré bien donde sea.

—Insisto en que se quede. Aunque sea por una noche, vamos a olvidarnos un poco del decoro.

Zillo volvió a sentarse.

—Había salido a dar una vuelta, pero no está la noche para paseos —explicó la condesa, después de que el tabernero acudiera a atenderla; pidió una copa de anís—. Ya saben, con todos esos pobres hombres encerrados en el cuartel y estando el pueblo entero como de luto… Así que me volvía a casa cuando los he visto a ustedes desde la puerta y me he dicho: un médico y un policía son

dos personas con quienes una viuda como yo puede alternar sin temor al qué dirán.

Ante la mención a que Cristo fuera policía, el doctor y Zillo se volvieron a este, que se encogió de hombros.

—Doña Rocío está convencida de que soy un policía secreto —dijo.

—¿Y lo es? —preguntó Zillo.

—No lo soy. Pero tampoco podría decirlo si lo fuera. O eso piensa doña Rocío. En cualquier caso, ya no tiene importancia lo que yo sea o deje de ser.

—¿Y eso por qué? —preguntó la condesa.

—El señor Cristo se irá mañana de Las Hurdes —respondió el doctor—. De ahí que nos hayamos reunido esta noche para despedirlo como es debido.

—¿El señor Cristo? —repuso la condesa.

—Quise decir «don Valerio», usted disculpe. Cristo es el apelativo cariñoso por el que lo conocemos. Lo he dicho sin intención.

—¿Lo conocen a usted como Cristo?

—Desde hace muchos años, sí —reconoció.

—No me diga, qué gracia. No sabía que los policías tenían un alias, como los delincuentes. ¿Y de dónde procede?

—A mí también me gustaría saber su origen —convino el doctor—. Y creo que, siendo esta la última noche que pasa con nosotros, es de recibo que nos lo cuente. ¿No le parece?

—Por lo general me resisto a hacerlo —dijo Cristo—, pero haré una excepción con ustedes. Verán, me lo pusieron en el Ejército, cuando era joven. Yo no había cumplido aún los treinta, conque imagínense. Era por entonces sargento y me enviaron a Cuba junto a toda mi sección de la compañía de Infantería de Marina para sofocar la revuelta de los secesionistas. Después de varios meses en la isla, y habiendo ya librado alguna que otra refriega de poca importancia, una mañana salimos de marcha tres columnas completas desde un pequeño pueblo llamado Cruces. En total, varios centenares de hombres, puede que más de mil. No habíamos hecho más que ponernos en camino cuando comenzaron a tirar sobre nosotros desde todas partes. Entonces no lo sabíamos, pero nos encontrábamos junto a un poblado que llamaban Mal Tiempo, cuyo

nombre fue premonitorio, pese a que aquel día, aun siendo diciembre, estaba soleado y caluroso, como siempre allí.

»La emboscada, al principio, no parecía distinta de otras escaramuzas a las que estábamos acostumbrados, de las que se saldaban con un puñado de muertos y la retirada de nuestros enemigos, más ágiles y mejores conocedores del terreno que nosotros. Esta vez, sin embargo, fue distinto. Aún estábamos colgándonos el máuser al hombro cuando de unas lomas aparecieron docenas de jinetes que se abalanzaron sobre nosotros machete en mano. Para cuando nos quisimos dar cuenta, infinidad de soldados españoles, y también de oficiales, habían sido arrollados, degollados o troceados sin piedad por los rebeldes. A pesar de todo, en medio del caos, nuestras tropas consiguieron cerrar filas y contener el ataque, más por bravura que por ceñirnos a ninguna orden. Al poco, llegó a rescatarnos nuestra caballería al mando del coronel Anselmo Arizón, del que seguramente hayan oído hablar ya que mucho después, y hasta hace solo un par de años, fue el director general de la Guardia Civil.

»Pero aun con la llegada de la caballería, el combate todavía se enquistó durante horas. Yo había batallado muchas veces antes, pero jamás había vivido una carnicería tan larga y sofocante como aquella. El sudor corría más que la sangre, y no teníamos apenas agua, ni tampoco provisiones, e igualmente los rebeldes no nos habrían dado un momento de tregua para refrescarnos. Era una lucha de desgaste, de tú a tú, a puro músculo, porque las balas también escasearon pronto y nos batíamos con las bayonetas y los machetes, cuando no a navajazos, o con las manos desnudas.

»No sé cuánto tiempo llevábamos así, pero sé que el sol estaba ya cayendo y que todos confiábamos que con la llegada de la noche la lucha habría de concluir de algún modo. Sentíamos el final cerca. Los tiros y los gritos iban siendo más espaciados, y eso fue lo que nos hizo bajar la guardia, como dicen los pugilistas. Los insurrectos debieron darse cuenta y dieron un último arreón, no con ánimo de vencernos, que ya estaba claro que no iban a lograr una victoria, sino para cubrirse la retirada. Y ahí fue cuando me alcanzaron.

»Yo estaba junto a mis soldados, los que aún vivían de quienes

tenía asignados a mi mando, que eran únicamente cuatro, en una especie de trinchera, o más bien un pequeño surco que habíamos excavado a toda prisa esa mañana, separados unos pocos metros del resto de las tropas. El enemigo se lanzó sobre la línea que habíamos formado los españoles buscando rodear y cebarse con los pequeños grupos aislados como el nuestro. Mis hombres y yo nos fajamos aun estando en inferioridad: no sé cuántos atacantes eran, fue cuestión de unos segundos, los que tardaron nuestros camaradas en recomponerse y ayudarnos. Pero para entonces ya era tarde. Mis cuatro hombres habían muerto y yo…

De repente, Cristo se levantó de un brinco, tumbando sin querer la silla en la que estaba sentado. A la vez, se desabrochó los botones de la camisa y se la abrió para dejar al descubierto su torso. En el costado derecho, a la altura de las costillas más bajas, tenía una cicatriz morada de una palma de longitud.

—Fue con mi propia bayoneta —dijo—. Durante la pelea, uno de los rebeldes me la arrancó del máuser y me la incrustó hasta la empuñadura, ¡zas! —Se golpeó con el puño sobre la cicatriz—. La hoja me llegó hasta el pulmón, y cuando me recogieron y me alejaron del frente, todavía con la bayoneta clavada, estaba más muerto que vivo. El médico que me atendió, que recuerdo que era el del batallón Treviño, me sacó la bayoneta y me taponó la herida como buenamente pudo, y nada más hacerlo me declaró fallecido. Si no moría desangrado esa noche, moriría de sepsis al día siguiente: en cualquier caso, estaba sentenciado. Hasta anotaron mi nombre en el listado de caídos en la batalla de Mal Tiempo que más tarde se publicó en los periódicos españoles.

»Sin embargo, sobreviví a esa primera noche, aunque el fin seguía pareciendo inminente. El doctor me inyectaba suero de cuando en cuando, todavía sin esperanzas. Y también sin esperanzas me cosió la herida. Un cura vino a darme la extremaunción: don Isidoro se llamaba, era un viejo cubano fiel a la causa española. Yo, imagínense, debía de ser la imagen misma de la muerte, pálido y demacrado, sufriendo con cada respiración… El doctor, según me confió más adelante, estuvo cerca de acabar él mismo con mi agonía. Aunque, por suerte para mí, no lo hizo.

»Transcurrieron tres días con sus tres noches sin que la muerte se me llevara, en los que yo fui alternando ratos de sueño con otros de delirio y algunos de consciencia. A la mañana del cuarto día, don Isidoro se acercó a mi lecho pensando que tal vez, si Dios había tenido misericordia, yo ya habría abandonado este mundo. Pero yo no solo estaba vivo, sino que don Isidoro me encontró despierto e incorporado en la cama. Me habló y yo le respondí: le dije que tenía hambre y me trajeron un poco de leche con azúcar. Más tarde me puse en pie, ayudado del propio don Isidoro. Para entonces, todos en el hospital de campaña estaban pendientes de mí, y al verme levantado comenzaron a gritar y aplaudir. La noticia de mi recuperación corrió como la pólvora por todo el campamento.

»Fue entonces cuando a alguien, a algún cabrón, con perdón de la palabra, no recuerdo si quizá al mismo don Isidoro, se le ocurrió decir que aquello era un milagro y que yo era como Cristo, porque me habían clavado una lanza en el costado y al tercer día había vuelto de entre los muertos. La idea cayó en gracia y muy pronto no hubo un solo soldado u oficial en la isla que me conociera por otro nombre: yo era el Cristo, el resucitado. Había algunos que hasta se persignaban al verme, y no todos lo hacían de guasa. De vuelta en España, años después y ya fuera del Ejército, continuaron llamándome por ese nombre, porque quien más y quien menos había oído la historia. A partir de cierto momento, la historia se olvidó casi por completo, y lo que se quedó conmigo fue nada más que el nombre. Y así hasta hoy.

Cristo había vuelto a sentarse, pero no se había abrochado la camisa. El doctor Álamo, discretamente, le indicó que lo hiciera con un gesto.

—Usted disculpe que me haya descamisado, doña Rocío —dijo Cristo—. Es que acostumbro a hacerlo siempre que cuento la batallita. Aunque normalmente no la cuento a personas de lustre como usted, sino a rufianes de taberna.

La condesa levantó la copa de anís, de la que aún no había dado aún un solo sorbo por estar embelesada por el relato de Cristo, y propuso un brindis:

—¡Por Cristo, nuestro Señor!

—¡Amén! —gritó Zillo.

Los cuatro rieron a carcajadas, levantaron sus jarras y bebieron.

—Es una pena que se vaya a ir usted mañana —dijo la condesa—. Creo que usted y yo habríamos terminado siendo buenos amigos.

—Yo no estoy tan seguro —repuso Cristo, con un suspiro—. En una noche como esta, en una comarca perdida como Las Hurdes, usted puede compartir mesa tranquilamente con personas como el doctor, su ayudante y yo mismo. Pero en otro lugar y otro momento, eso no sería posible.

De pronto, como si les hubiera asaltado a la vez la misma idea —quizá al percatarse de que eran el centro de todas las miradas—, se hizo un silencio entre ellos.

—Habría que guardar las formas —indicó el doctor, instantes después—. Estamos armando mucho jaleo. Y con una niña asesinada y veintitantos detenidos, no está la noche para risas.

La condesa asintió con la cabeza.

—Me han dicho que la Minerva y su hermano se escaparon del fuego —dijo, bajando la voz y reclinándose sobre la mesa—. Y que los andan buscando, pero no los encuentran.

Cristo se encendió un cigarrillo para excusarse de responder nada. La condesa continuó:

—También me han contado que fueron ellos mismos quienes incendiaron El Teso. Que lo hicieron para vengarse de la gente de Cambroncino, por culparlos de haber matado a las dos niñas.

—Son habladurías, aún no se sabe qué fue lo que pasó —repuso el doctor.

—Pero ellos dos están desaparecidos, ¿no es cierto?

—Desaparecidos o quizá algo peor —respondió Cristo, dando la primera calada.

—¿Por qué dice eso? —preguntó la condesa.

Cristo sabía que lo prudente era callar. Pero el ambiente distendido, el vino y la certeza de que aquella sería su última noche en Las Hurdes le movió a hablar.

—Se desconoce quién provocó ese incendio —dijo—, y es posible que no se averigüe nunca. Pudieron ser Minerva y el Botas, pero también pudieron ser algunos vecinos de Cambroncino, que es lo

que pretende dilucidar la Guardia Civil con sus interrogatorios. Sin embargo, y aunque termine habiendo algún condenado, será complicado saber quién fue realmente el responsable. El capitán Liédena está empeñado en que el incendio no quede impune y que hará lo que sea para salirse con la suya.

Cristo dejó la última frase flotando en el aire, como el humo de su pitillo.

—Si Minerva y su hermano pudieron escapar del fuego —añadió—, lo más probable es que no vuelvan nunca a Las Hurdes porque saben a lo que se exponen. Pero también puede ser que no vuelvan porque estén muertos. Puede que alguien los haya liquidado, ya sean los vecinos o la misma Guardia Civil, y que el incendio solo haya sido una manera de desviar la atención. A mí, de hecho, me parece lo más lógico.

La condesa abrió la boca, pero no llegó a decir nada. El doctor Álamo también parecía sorprendido, lo mismo que Zillo, que resopló y se columpió hacia atrás con la silla hasta casi caer de espaldas.

—Aunque en el fondo —concluyó Cristo—, todo esto es hablar por hablar. Yo no tengo la menor idea de lo que pasó.

Capítulo veinte

La velada no se alargó mucho más. Cristo saldría para Madrid por la mañana a primera hora, después de pasar por el cuartel a despedirse formalmente del capitán Liédena, y quería estar descansado para el viaje.

—Yo también me iré de Las Hurdes mañana por la mañana —anunció la condesa; estaban los cuatro en la plaza, alargando el adiós con los últimos pitillos, aunque solo Cristo fumaba—. Pero yo viajaré en carro, que es más seguro que el automóvil para moverse por estos andurriales. Espero estar en Coria al mediodía. Si a usted le apeteciera, señor Cristo, podría venir a comer a mi casa, y luego seguir su viaje hasta Madrid.

—No sé qué decirle, doña Rocío —repuso Cristo—. Creo que Coria no me cae de camino.

—Sobre el mapa daría un pequeño rodeo, pero le sería mucho más sencillo regresar a Madrid por esa ruta. Desde Coria a Plasencia sí que hay una carretera en condiciones, dentro de lo que cabe.

—Lo pensaré… Aunque todo dependerá de cómo resulte mi reunión de mañana con el capitán. Es posible que cuando termine no esté de humor para otra cosa que no sea largarme de aquí cuanto antes.

—Si viene, no se arrepentirá.

La condesa le tendió la mano, y Cristo se la estrechó repitiendo la misma media reverencia de hacía un rato. Luego, la condesa se la tendió al doctor Álamo.

—A usted lo volveré a ver muy pronto —dijo ella—. Estaré aquí para recibir a Su Majestad dentro de unos días, a no ser que a última hora decida quedarme en casa con mi hijo. No me gusta alejarme de su lado; solo lo hago cuando me veo obligada.

—¿Qué tal está Andresito, por cierto? —preguntó el doctor—.

Disculpe que no le haya preguntado antes por él.

—Está igual que siempre. Ya sabe usted que es un niño delicado… Pero lleva una temporada bastante bien, dentro de lo que cabe.

—¿Por qué es un niño delicado? —preguntó Cristo.

—Es algo enclenque para su edad, y propenso a enfermar… Herencia materna, por desgracia. A mí de niña me pasaba lo mismo, pero luego, con los años, me repuse. Por eso no me preocupa en exceso. Me imagino que es por el hambre y las necesidades que pasaron mis ancestros aquí en Las Hurdes.

—Yo tenía entendido que su familia, aun siendo hurdana, no era especialmente pobre.

—Mis padres no nacieron pobres, pero tampoco entre sábanas de holanda, como suele decirse. Mis abuelos, tanto los paternos como los maternos, eran pequeños aparceros allá en Pinofranqueado, nada más que eso. Consiguieron prosperar a base de trabajar mucho y teniendo algo de suerte. Pero si nos remontamos más atrás, a mis bisabuelos o tatarabuelos, la cosa cambia: ellos sí eran tan pobres como lo son todavía hoy la mayoría de los hurdanos. Y pasarían tanta hambre como los demás.

—Y ahora es usted condesa, menudo cambio.

—Yo también tuve suerte, mucha, al casarme con quien me casé. Pero mi difunto marido tampoco venía de una familia de rancio abolengo: él nació poco antes de que el rey Alfonso XII le concediera a su padre el título de conde por sus méritos como empresario, por lo que no era tan descabellado que se fijara en alguien como yo. Cuando él nació, su padre no era conde, y por tanto su sangre no era más azul que la mía o que la de cualquier otro; la suya era una nobleza reciente, comprada con dinero. Con mi hijo es distinto: él es la tercera generación de los condes de Riolobos, y sí podrá presumir de tener la sangre totalmente azul.

—La sangre azul, y también hurdana.

—Eso último muy a mi pesar, se lo aseguro.

En cuanto la condesa se marchó, Cristo se despidió del doctor y de Zillo abrazándose con cada uno. Les prometió que algún día volvería a visitarlos, aunque les previno, eso sí, de que no sería pronto. Además, hizo que el doctor anotara en una libreta la

dirección de su pensión en Madrid para que pudiera escribirle de vez en cuando.

Poco después, justo cuando el campanario anunciaba la medianoche desde la otra punta del pueblo, Cristo entraba en su habitación. Ni siquiera se había desvestido aún cuando llamaron a su puerta. Como la última vez, fantaseó con que fuera la condesa, pero pensó que lo más probable era que se tratara de Zillo, que vendría a darle algún recado de última hora.

Nada más abrir, el corazón le dio un pequeño vuelco: durante un instante pensó que estaba viendo otra aparición; tal vez la parca, que venía en su busca. Era una mujer menuda, vestida de negro y que cubría su cabeza con una pañoleta gris. A pesar de esto último, enseguida la reconoció: era la *entendía* —la bruja buena— a la que había sacado en volandas de casa de la parturienta en Rivera Oveja unas noches atrás. Recordó que Zillo se había referido a ella como la Beltrana.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Cristo.

—Vengo a hablar con usted de parte de una amiga —respondió la mujer.

—¿De qué amiga?

—De la Minerva.

—¿Minerva? ¿Qué sabe usted de ella?

La mujer miró a ambos lados del pasillo y se llevó un dedo a la boca. Era obvio que se había colado en la fonda sin permiso del tío Ramiro, aprovechando que la puerta de la calle siempre estaba abierta.

—Venga conmigo —dijo, susurrando—. Pero no se me arrime mucho, para que no parezca que vamos juntos.

La mujer salió de la fonda y Cristo, tras aguardar unos segundos —y tras volver a guardarse el revólver en el cinturón, que había lanzado al interior de su maleta nada más entrar en la habitación—, salió tras ella.

La mujer abandonó la plaza por la calle que conducía a la iglesia. Caminaba rápido, como si no quisiera ser vista. Todavía había gentío en la plaza y sus alrededores, por lo que resultaría imposible que nadie reparara en ella; otra cosa era que le prestaran atención. A fin

de cuentas, no solo había jóvenes en las calles, sino también muchas mujeres enlutadas como la propia Beltrana, que aún a esas horas estaban ocupadas paseando o tomando el fresco a la puerta de sus casas. Tampoco le prestaron atención a él, que la siguió caminando con aire distraído, con un pitillo en la boca.

La mujer lo esperó en la plaza de la iglesia. Allí, por fin a solas, le indicó que la acompañara hasta la verja de entrada al cementerio.

—Está ahí, esperándolo —dijo ella.

—¿Quién? ¿Minerva?

—La Minerva, sí. Ha venido conmigo.

—¿Desde dónde?

—Desde Rivera Oveja. Vino a mi casa anoche en busca de auxilio. Se encuentra muy mal.

—¿Está su hermano con ella?

—No. Su hermano es el diablo. Pero ella es buena y cristiana. Como yo. Tiene usted que ayudarla.

—¿Y por qué cree que yo querría ayudarla?

—Nos han dicho que es usted Cristo.

—Eso es solo un apodo.

—Nada más tiene que hablar con ella, no le pido otra cosa.

Cristo se retiró la falda de la chaqueta para mostrar el revólver.

—Como sea una trampa, la vamos a tener —dijo.

—No hay trampa que valga —repuso la mujer—. La Minerva necesita que usted la escuche. Luego yo me ocuparé de ella.

Las farolas del pueblo apenas alcanzaban a alumbrar más allá de la propia verja, por lo que Cristo solo pudo intuir la presencia de otra mujer, también menuda y también vestida de negro, al fondo del cementerio. Pensó que, aun yendo armado, si acaso el Botas se abalanzaba sobre él desde algún rincón con la navaja por delante, no tendría ninguna oportunidad de salvarse. Pero igualmente decidió jugársela y pasar adentro. Pese a la falta de luz, que paliaba en parte con la brasa del cigarro, al acercarse a ella pudo advertir que la mitad derecha del rostro de la anciana estaba cubierto por una venda o gasa que emitía un olor nauseabundo; posiblemente fuera un apósito de quién sabía qué hierbas o sustancias curativas. También le asomaban algunos mechones de cabello chamuscado por

los bordes del pañuelo que llevaba sobre la cabeza.

—¿Se encuentra bien, Minerva?

—Señor Cristo, ¿es usted? —preguntó la anciana—. Qué alegría que haya venido. No sabía si querría verme.

—¿Está usted herida? —insistió Cristo.

—No se preocupe por mí. Ella me ha curado.

—¿Beltrana, su amiga?

—Sí. Es muy buena.

—Cuénteme lo que pasó anoche. Y por su bien, más vale que no me mienta.

—A un Cristo no se le puede mentir. Cuando estuvo usted en mi casa, yo ya noté algo. Noté que era usted santo.

—Hable y no pierda más el tiempo. Puede aparecer alguien en cualquier momento. Todos la están buscando y yo mismo me estoy planteando si llevarla a rastras al cuartel.

—Anoche yo estaba en mi casa, durmiendo, cuando oí unos gritos que me despertaron, y enseguida olí que había humo fuera, en la calle. Al salir de la casa se me prendió la ropa, o me la prendieron: tenía el fuego ahí mismito, junto a mi puerta, y enseguida comprendí lo que pasaba: habían venido a quemarme por bruja. Supe que si volvía dentro no tendría escapatoria, así que corrí hacia delante, y nadie me paró: ellos también habían huido a la carrera.

—¿Quiénes eran ellos?

—No lo sé, se lo juro.

—Continúe: usted salió corriendo de la casa, ¿adónde se dirigió?

—Al bosque. Allí me palpé la ropa para apagarme la que aún ardía y me froté el cuerpo con las hojas húmedas de rocío para aliviarme el dolor. Yo conozco los caminos del monte, puedo orientarme en ellos aunque sea a oscuras, porque para mí siempre es de noche, y rápidamente me fui a Rivera Oveja en busca de la Beltrana, para que ella me curara y me protegiera. Las dos siempre hemos sido como hermanas. Cuando una ha necesitado algo, la otra siempre se lo ha dado. Las dos somos brujas buenas. Nunca hemos sido nigrománticas.

—Eso aún está por ver. Ahora, dígame, ¿dónde estaba su hermano la noche del incendio? ¿Y dónde estuvo la noche anterior, cuando

mataron a la niña en Aceitunilla?

—No lo sé. La última vez que estuve con él fue la tarde en que vino usted a verme. Llegó muy nervioso después de que usted le hablara y me pegó y me amenazó por haberlo dejado entrar a la casa. Quería saber qué le había dicho a usted, si lo había acusado de algo. Después se marchó y no volvió a casa ni esa noche ni la siguiente.

—O sea, que su hermano pudo salir esa misma tarde para Aceitunilla y matar allí a la niña.

—Sí, eso fue lo que hizo. Fue él, no pudo ser nadie más.

—Pero usted lo encubrió la otra tarde.

—Yo todavía tenía fe en él. Estaba ciega, no solo de la vista. Pero ahora ya lo veo todo claro. El fuego me ha hecho bien. Me ha purificado.

—Déjese de misticismos y explíqueme por qué su hermano ha matado a esas dos niñas.

La anciana guardó silencio un instante. Cristo apuró el cigarrillo y de inmediato se encendió otro. El destello del mechero le mostró que Minerva también llevaba las manos vendadas, o más exactamente cubiertas con una especie de guantes gruesos hechos con jirones de ropa. También debía de habérselas quemado en el incendio.

—Acabo de enterrar unos frutos de tejo en la tumba de Augusta —indicó la anciana—. El tejo es un árbol venenoso, pero también es un símbolo de vida, porque nunca muere. Y quien conozca cómo usarlo tampoco morirá nunca.

—Un poco tarde para la niña, ¿no le parece?

—Con eso se asegura la resurrección de su alma. La Beltrana irá mañana a enterrar frutos de tejo donde hayan enterrado a la otra niña. Quiero que las dos descansen en paz en el otro lado.

—Para eso lo mejor es que me diga por qué su hermano las mató, y que me confiese si fue usted quien lo incitó a hacerlo.

—Tenga usted también. —La anciana extendió su mano derecha con la palma hacia arriba; sobre el vendaje había un fruto muy pequeño, todavía prendido a una rama con varias hojas diminutas; aun en la penumbra, Cristo vislumbró que el fruto era de un rojo

muy vivo—. Guárdelo y plántelo allá donde crea que vayan a enterrarlo a usted. Se asegurará la vida eterna.

Cristo, sin decir nada, se guardó el fruto en el bolsillo de la chaqueta. No tenía intención de plantarlo en ninguna parte; ni siquiera había pensado dónde quería que lo enterraran algún día.

—Le juro a usted que no sé por qué las mató —dijo la anciana—. Yo no le pedí que lo hiciera. Yo daría mi vida antes que quitársela a una niña pequeña. Le ruego que me crea.

—Su hermano mató a esas niñas para usar su sangre y sus vísceras en algún ritual, y usted que es una bruja me ruega que la crea inocente.

—No, no soy inocente. Nadie que pisa esta tierra es inocente. Pero yo jamás he mandado a mi hermano matar a ninguna niña. Yo soy una bruja buena, yo no hago magia mala, ya se lo dije a usted.

—¿Y su hermano es un brujo malo?

—No, mi hermano es un malvado, pero no es un brujo.

—Entonces, ¿quién le mandó matar a esas niñas? ¿Y quién le dijo qué partes tenía que llevarse de ellas para hacer el ritual, si no fue usted?

—No lo sé, señor Cristo. De verdad que no lo sé.

Cristo dio una calada larga y soltó por la boca una voluta de humo que dirigió al rostro de la anciana.

—¿Cree que su hermano ha podido matar a esas dos niñas como venganza por lo que le hicieron en su día a su madre, por cómo la lincharon?

—Mi madre…

—Su madre sí era una bruja mala. Ella sí mandó matar a una niña. ¿Por qué voy a creerme que usted es distinta a ella?

—Mi madre no era una bruja mala.

—Hace treinta y tantos años, su madre mandó que mataran a una niña de la misma manera que su hermano ha matado a estas dos. No lo niegue.

—Si mi madre hizo eso, fue porque la obligaron. Ella lo conocía todo, la magia buena y la magia mala, pero nunca quiso hacer magia mala. Ella tampoco era una nigromántica. Era cristiana, como yo.

—¿Para qué sirve ese ritual? ¿Qué es lo que pretenden curar con él?

—Es un remedio contra el largo mal.

—¿El largo mal? ¿La tuberculosis?

—Es la única salvación: beber la sangre de un niño sano y comer su corazón y sus pulmones. Hay quienes creen que es en la grasa de los niños donde está la vida, pero no: la vida está en la carne y en la sangre.

—¿Y la tira de piel en forma de cruz?

—El enfermo que come carne de un niño y bebe su sangre, salva la vida, pero pierde el alma. Hay que rezar ante una cruz de piel del niño para que el enfermo no reciba condena en la otra vida. Y para salvar también el alma del niño.

—Eso es un delirio, ¿se da usted cuenta?

—Es magia mala, porque se sana a una persona pagando con la vida de otra distinta, que además debe ser un crío.

—¿A quién buscaba salvar su hermano?

—Si lo supiera, se lo diría.

—¿Por qué no se llevó nada del cuerpo de la niña que mató en Aceitunilla?

—Tampoco lo sé.

—¿Dónde puede estar ahora? ¿Tienen ustedes otros parientes, alguien que pudiera ayudarlo?

—No, no tenemos a nadie. Tampoco tenemos una casa a la que volver.

—¿Cree que su hermano se habrá marchado de Las Hurdes?

—No. Mi hermano nunca se irá de Las Hurdes. Mi hermano es un demonio hurdano. Él es parte de esta tierra.

—¿Y usted? ¿Se irá de aquí?

—Sí. Si usted me lo permite, yo me iré esta misma noche y no volveré jamás. La Beltrana tiene un sobrino que me sacará de Las Hurdes de madrugada, metida en un carro. Nadie volverá a saber de mí. Todos pensarán que estoy muerta, y a nadie habrá de importarle si lo estoy o no. Ni siquiera a mí.

Capítulo veintiuno

Mientras caminaba en solitario de vuelta a la plaza, después de despedirse de Minerva deseándole buena suerte, ya que la iba a necesitar para comenzar una nueva vida lejos de aquella comarca, Cristo sintió el impulso de dirigirse al cuartel para contar al capitán Liédena lo que acababa de averiguar, y lo habría hecho de haber tenido alguna esperanza de que con ello conseguiría la liberación de los vecinos que estaban siendo interrogados, o incluso una orden de búsqueda y detención del Botas. Pero no solo no tenía ninguna esperanza de que eso pudiera ocurrir, sino que estaba convencido de que el capitán no le haría ningún caso. Era consciente de que, en realidad, el encuentro con Minerva no cambiaba la situación lo más mínimo.

Era casi la una, y aunque en noches anteriores también había habido bullicio en la plaza hasta la madrugada, ya desde la distancia le pareció que el que había entonces era superior al de otras veces; que la multitud que atisbaba al fondo de la calle no se correspondía con lo normal para aquella hora. El ambiente, sin embargo, distaba mucho de ser festivo: no había gritos, sino una especie de rumor vago formado por los murmullos que se compartían en docenas de corrillos. Algo grave estaba ocurriendo. Cristo pensó que tal vez habrían liberado a algunos de los presos de Cambroncino, y que estos se habrían reunido allí, en la plaza, a la espera de que liberaran al resto. Pero no era así: quienes estaban en la plaza eran los propios vecinos de Casar de Palomero. En total, más de un centenar, casi todos hombres y casi todos jóvenes, aunque también había algunas mujeres y chiquillos, y algunos ancianos.

—¡Señor Cristo!

Zillo se separó de uno de los corrillos para salirle al encuentro.

—¿Qué está pasando, chico? —preguntó Cristo.

—El Botas, que se ha llevado a una niña —respondió Zillo.

—¿Cómo dices?

—El Botas se ha llevado a una niña. Lo han visto y han salido tras él, pero no han podido atraparlo.

—¿Aquí, en Casar de Palomero?

—No, aquí no. Ha sido mucho más arriba, en Las Mestas, poco después de que oscureciera. O sea, más o menos cuando nosotros veníamos a caballo desde Cambroncino. Las Mestas es uno de las últimas alquerías de Las Hurdes, lindando ya con Las Batuecas. Por eso la noticia ha tardado tanto en llegar.

Cristo calculó rápidamente que, si el suceso había ocurrido hacia la puesta de sol, habrían pasado no menos de cuatro horas.

—Pero ¿qué es lo que está ocurriendo? —preguntó—. ¿Por qué está la gente en la calle?

—Están hablando de organizar una partida de hombres para salir en busca del Botas en cuanto amanezca. No solo los vecinos de Casar de Palomero, sino los de todos los pueblos de Las Hurdes.

—¿En serio?

—Eso parece. Yo no me había enterado, porque me fui con ustedes, pero a lo que parece, ayer, cuando se supo que habían matado a la niña en Aceitunilla, ya hubo quienes pidieron que se hiciera esto mismo: que todos los hurdanos nos uniéramos y nos echáramos al monte a la caza del asesino. No se hizo por el jaleo del incendio y por los arrestos de la Guardia Civil, aunque la idea estaba en el aire. Ahora, con lo que acaba de pasar en Las Mestas, ya no hay quien les eche para atrás. Están decidiendo a qué hora saldrán exactamente y mirando con cuántas armas cuentan, con cuántos caballos…

—¿El capitán Liédena está informado de esto?

—El alcalde de Casar de Palomero ha estado hace un momento en el cuartel para comunicárselo tanto al capitán como al señor juez, y ninguno ha puesto pegas, según comentan.

—¿No han puesto pegas a que los vecinos se organicen en milicias para linchar a un criminal?

—Yo bien creo que el capitán y el juez andan tan desesperados como los demás.

—Vete a buscar al doctor Álamo y dile que vaya echando leches al cuartel. Yo voy para allá también.

En la puerta del cuartel había reunido otro puñado de hombres que fumaban y hablaban en voz baja, con nerviosismo, entre ellos algunos guardias civiles, los cuales, lejos de impedir el paso a Cristo, lo saludaron marcialmente, como a un oficial. Este se topó con el capitán Liédena en el vestíbulo. El capitán iba de uniforme completo —capa, tricornio y botas de montar—: estaba claro que se disponía a emprender el viaje a Las Mestas.

—¿Ya se ha enterado, señor Valerio? —preguntó el capitán.

—Más o menos —respondió Cristo—. Pero aún me cuesta creerlo. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—No sé si debo contárselo.

—¿Por qué no?

—Desde que ha puesto usted un pie en Las Hurdes, todo se ha descontrolado. Estoy pensando si no sería mejor ordenar que lo encerraran en el calabozo por lo menos un par de días, hasta que todo se calme.

—Usted verá lo que hace, pero a mi vuelta a Madrid tendré que informar de todo lo sucedido. Si quiere mantenerme en la inopia, hágalo, pero luego tendrá que arreglar cuentas con quien corresponda. Y no será conmigo.

El capitán, aun a regañadientes, le explicó que después de matar a la niña Inés Amador en Aceitunilla, el Botas había debido de cruzar hasta el siguiente valle y esconderse cerca de Las Mestas. Allí, al día siguiente, en torno al anochecer, un vecino lo había visto surgir del bosque —«talmente como un espectro»— y dirigirse hasta una de las casas más apartadas de la alquería, en cuya puerta había sentada una niña de cuatro años. El testigo, por la distancia y la oscuridad, al principio no pudo identificar al Botas: pensó que se trataría de otro vecino del pueblo o de un familiar de la propia niña. Pero cuando se echó a la niña al hombro y comenzó a correr de vuelta al bosque fue consciente de lo que sucedía, y dio la voz de alarma. Unos pocos vecinos salieron en su busca, pero fue inútil: el Botas llevaba demasiada ventaja, y el entorno y la hora estaban de su parte.

—Yendo a pie, y con la niña a cuestas, no ha podido ir muy lejos —concluyó el capitán—. Esta misma noche daremos con él. Tenemos que hacerlo. Por la mañana saldrá para allá una muchedumbre dispuesta a tomarse la justicia por su mano. No hay que darles la oportunidad de que lo hagan.

—¿Y por qué no les impide usted que salgan para allá?

—No es posible. Parte de mi trabajo es tantear los ánimos de la gente, y el señor alcalde acaba de venir a verme y me lo ha dicho bien claro: no van a aguantar más. Piensan salir hacia Las Mestas con las primeras luces del día. Si ordeno a mis hombres que intenten impedirlo, solo conseguiríamos empeorar las cosas… Quién sabe si no provocaríamos una masacre sin pretenderlo. El juez está de acuerdo en que no es conveniente forzar el enfrentamiento. La única opción que tenemos de frenar esta situación es darnos prisa y ser nosotros quienes demos caza a ese indeseable.

Justo entonces, el doctor Álamo apareció en el vestíbulo del cuartel, seguido de Zillo.

—Ahora iba a mandar a alguien a por usted, doctor —indicó el capitán—. ¿Está al corriente de lo que ocurre?

—A grandes rasgos, sí —respondió el doctor, que, sin duda por las prisas, se había olvidado de ponerse corbata: era la primera vez que Cristo lo veía sin ella. Para colmo, llevaba el mismo traje que la jornada anterior, arrugado y todavía con restos de sangre y suciedad. Esto, sumado a sus ojeras, le daba al doctor un aspecto desaliñado, impropio de él. Cristo imaginaba que, después de todas las jarras de vino de las que habían dado cuenta en la cena, él mismo no tendría un aspecto mucho mejor.

—Bien, entonces ya se imaginará que debe acompañarme usted a Las Mestas —dijo el capitán, dirigiéndose al doctor—. Es probable que haya que atender a algún herido. Saldremos de inmediato. Y usted, señor Valerio, haga lo que le venga en gana, como de costumbre. Si quiere venir, venga. Aunque más le valdría quedarse en la cama durmiendo.

Capítulo veintidós

El doctor se mostró reacio al principio, pero dado que no tenían tiempo para acercarse a la taberna a que les cocieran algo de café, ni mucho menos para despejarse con un baño de agua fría, finalmente sacó de su maletín tres aspirinas: una para Zillo, otra para Cristo y la última para él. Su renuencia inicial, dijo, no era por tacañería, sino porque aquellas eran las últimas tres píldoras que le quedaban. A causa de las malas comunicaciones de Las Hurdes, tardaría varios días en que le enviaran más, y no estaba seguro de si tendría alguna disponible para la visita del rey.

—Imagínense que a Su Majestad le viene un dolor de cabeza y no tengo una sola aspirina para ofrecerle porque las he gastado en aliviarnos a los tres la borrachera. Menudo bochorno.

Acababan de encaramarse a sus monturas y enfilaban ya la calle de salida del pueblo; delante de ellos cabalgaban otros ocho jinetes a la luz de los candiles que algunos portaban en el regazo. De nuevo era el capitán quien abría la marcha. El juez de instrucción Anselmo Gil, por su parte, había decidido permanecer esa noche en Casar de Palomero.

En cuanto salieron al campo, la oscuridad los obligó a cabalgar al trote y en fila de a uno para no desviarse y precipitarse por algún barranco. Apenas encontraron algunas luces encendidas en Calabazas. Aun así, al atravesar la población captaron el rumor de una pequeña multitud en la calle. El capitán ordenó no detenerse, aunque envió a una pareja de guardias civiles acercarse a echar un vistazo. Había que asegurarse de que realmente los vecinos permanecieran en sus aldeas al menos hasta el amanecer.

—¿Cómo se llama la niña que se ha llevado el Botas? —preguntó Cristo al capitán, mientras cabalgaban por un tramo un poco más ancho en el que podían hacerlo uno junto al otro.

—No me lo han dicho —respondió—. Y tampoco me importa lo más mínimo. Sería muy necio por nuestra parte esperar encontrarla con vida, señor Valerio. Esta no es una misión de salvamento. Quítese esa idea de la cabeza. Aquí lo único importante es mantener el orden público a cualquier coste.

Atravesaron Cambroncino media hora después aproximadamente, sin detenerse. No había ninguna luz encendida, ni tampoco un solo indicio de que allí se estuviera organizando una partida de vecinos para salir al monte. No cabía esperar otra cosa: la práctica totalidad de los varones de la aldea estaban encerrados en el cuartel de Casar de Palomero.

Como las veces anteriores, hicieron una breve pausa en Vegas de Coria, a la ribera del río Hurdano. Aunque, por la hora y la cercanía del agua, se vieron de inmediato rodeados por millares de mosquitos, y solo se detuvieron el tiempo imprescindible para que los jinetes y los caballos bebieran y descansaran tras aquel primer tramo del viaje.

—Solo me faltaría llevarme como recuerdo unas fiebres palúdicas —comentó Cristo, espantando los insectos a manotazos.

—Mientras que no sean las fiebres las que se lo lleven a usted, no habrá problema —se burló Zillo.

Pasadas ya las cuatro de la mañana, reemprendieron el viaje. En esta ocasión, en lugar de desviarse y seguir el curso del Hurdano, continuaron en dirección norte por el camino principal de Las Hurdes. Arribaron a Las Mestas una hora más tarde, sobre las cinco. Las pocas calles de la alquería estaban tomadas por los vecinos y alumbradas por los faroles y antorchas que estos portaban: no debía de haber nadie en el interior de ninguna de las viviendas. Nada más desmontar, el capitán desplegó sobre el suelo un mapa de la comarca. Las Mestas se situaba en la conjunción de dos ríos, el Ladrillar y el Batuecas, y a su vez era el punto de partida de los valles que encajonaban esos mismos ríos.

—Ha tenido que seguir una de las dos rutas —explicó el capitán, de rodillas y señalando con el dedo sobre el mapa, que alumbraba con una pequeña linterna eléctrica mientras sus hombres y Cristo formaban un corrillo a su alrededor—. O bien al oeste, hacia el valle

del Ladrillar, o bien al norte, hacia el valle de Las Batuecas. Habrá que separarse.

El doctor Álamo no iría más allá de Las Mestas: era demasiado peligroso. Los guardias deberían recorrer los valles a pie, registrando cada recoveco con los fusiles en ristre, porque el Botas, como apuntó el mismo capitán, tenía fama de ser diestro con la navaja.

—Y usted, señor Valerio —añadió el capitán—, si decide acompañarnos, yo no me haré responsable de lo que pueda ocurrirle.

—Por mí no se preocupe, sé cuidarme yo solo.

Cristo se descolgó el revólver de la cintura.

—Espero que sepa usarlo —repuso—. No quiero que le dispare usted por error a uno de mis hombres. O a mí mismo.

—Pierda cuidado —se jactó Cristo—. Si le doy a alguien, no será por error.

Una vez organizados los dos grupos para la búsqueda —el capitán dispuso que Cristo se uniera al suyo, el que seguiría la senda del río Batuecas—, los vecinos de Las Mestas ofrecieron a los guardias un desayuno rápido a base de dulces, miel y fruta, y también licores y aguardiente. Eran casi las seis y el frío arreciaba.

—Al final tenía usted razón —comentó el doctor a Cristo, justo antes de despedirse.

—¿En qué?

—En que abandonaría usted Las Hurdes esta mañana.

—¿Por qué dice eso?

—El valle de Las Batuecas no pertenece a Las Hurdes, y ni siquiera a Extremadura, sino a La Alberca, y por tanto a Salamanca. Propiamente hablando, Las Mestas es la última aldea de Las Hurdes.

—¿Y cuál es el motivo? ¿Por qué Las Batuecas no pertenecen a Las Hurdes?

—No sabría decirle, supongo que es por cuestiones históricas. Pero, en cualquier caso, en Las Batuecas no vive nadie, así que tanto da. Es un valle estrecho y umbrío en el que, en invierno, el sol queda oculto por las montañas durante prácticamente todo el día. Los Carmelitas Descalzos levantaron allí un monasterio enorme, pero que lleva muchos años abandonado. Aunque se encuentra en buen

estado y de cuando en cuando sigue usándose como alojamiento para viajeros ilustres. Tengo entendido que hasta cuenta con una línea de teléfono.

El grupo del capitán Liédena lo componían, además de Cristo, cuatro guardias jóvenes. Se pusieron en marcha cuando ya se advertía un leve resplandor en el cielo, sobre la sierra a sus espaldas.

—Se llama Esperanza —indicó el capitán a Cristo, al poco de salir de Las Mestas.

—¿La niña? —preguntó Cristo.

—Sí. Esperanza Talaván. Acaban de decírmelo.

El capitán volvió la cabeza, como para cerciorarse de que sus hombres no podían escucharlo. Estos caminaban en parejas, a unos metros de distancia.

—Ahí delante, a menos de una legua, hay un monasterio… —dijo.

—Lo sé, me lo ha dicho el doctor Álamo.

—Si el Botas asesina a Esperanza cerca del monasterio, no podremos evitar que se corra la voz de lo sucedido. Una cosa es acallar a los hurdanos, y otra acallar a la Iglesia. El monasterio está en desuso, pero el valle de Las Batuecas sigue siendo poco menos que un lugar sagrado para los Carmelitas y los religiosos. Un remanso de paz, como suele decirse, donde a menudo acuden eremitas a recogerse y rezar a Dios.

—¿Por qué no me contó que habían investigado ustedes al Botas y a su hermana después de que asesinaran a la primera niña? —preguntó Cristo de pronto.

El capitán tardó unos segundos en responder, como si quisiera meditar su respuesta.

—Pensé que lo correcto era no hacerlo —dijo—. Recuerde que habíamos abandonado la investigación.

—Pero para entonces, para cuando la abandonaron, usted ya tenía claro quién era el culpable. Incluso había estado reuniendo pruebas con las que justificar su arresto. Los dos niños que supuestamente acompañaban a Augusta esa mañana en realidad no vieron nada. Sin embargo, usted pretendía usarlos para que señalaran al Botas como la persona que se la había llevado, ¿no es así?

—Y ya ve que no iba desencaminado.

—Pero cuando yo llegué a Las Hurdes, usted decidió callar. ¿Por qué protegió al Botas, si tenía la certeza de que era el asesino?

—¿Y qué iba a hacer usted si yo le señalaba a ese hombre? ¿Matarlo?

—De haberlo hecho, habría salvado la vida de una niña. Puede que la de dos.

—Yo no creí que el Botas fuera a matar a nadie más. Le doy mi palabra. De haber sabido lo que pasaría, el juez y yo no habríamos ocultado el asesinato de la primera niña, y lo habríamos arrestado. Pero una vez que decidimos ofrecer una versión distinta de lo ocurrido para no poner en riesgo el viaje del rey, tuvimos que asumir las consecuencias. Y, por supuesto, la más grave de todas era permitir que el Botas continuara en libertad pese a lo que había hecho. Si no le hablé de él la mañana en que usted y yo nos conocimos fue precisamente por temor a que ocurriera esto. Que el Botas se sintiera acorralado y cometiera algún disparate.

Cristo iba a replicar algo, pero el capitán le ordenó callar con un gesto: habían llegado a un recodo del río donde al parecer, según le explicó a continuación el capitán, había una especie de cueva o grieta en la que el Botas podía haberse resguardado. O donde podía haber intentado ocultar el cuerpo de la niña, si acaso había acabado con ella al poco de llevársela. Dos guardias bajaron a inspeccionar el lugar, pero regresaron enseguida: allí no había nada.

A partir de ese punto caminaron en silencio, cada vez más abrumados por la vegetación en torno a la senda, la cual discurría en paralelo a la vaguada del valle. Cristo pensó que aquella ruta debía de resultar agradable de hacerla en condiciones distintas, paseando relajadamente entre castaños, madroños, jaras y brezos a la luz del día y por puro placer, escuchando el rumor del agua y sin un asesino suelto que pudiera estar acechándolos desde detrás de cualquier roca o arbusto. Más adelante volvieron a inspeccionar otra cueva, y luego una cabaña de pastores en la ladera del monte. A Cristo aquello le iba pareciendo una labor cada vez más inútil. El valle era angosto, pero no tanto como para que el Botas no pudiera esconderse en lo profundo del bosque y pasar inadvertido si así lo

deseaba. Harían falta muchos más hombres que ellos seis para dar con él en el caso de que no quisiera ser encontrado.

Tardaron algo menos de dos horas en alcanzar la tapia del monasterio. Acababan de dar las siete, y aunque el sol todavía no se había asomado sobre las cimas que cerraban el valle, el cielo ya se había aclarado lo suficiente como para que pudieran apagar los candiles.

Desde la misma entrada al monasterio partía un camino que ascendía por la falda de la montaña a su derecha, en una pendiente tan pronunciada que Cristo se alegró de que el capitán Liédena no pretendiera continuar por ella. El camino, según indicó el capitán, llegaba hasta La Alberca.

—Si acaso el Botas se deja ver por allí, lo detendrán al momento —afirmó el capitán—. Ya debe de haber llegado el aviso de que lo estamos buscando.

En la entrada al monasterio había una pequeña garita o zaguán con forma de torre, que estaba cubierta de verdín y culminada en una espadaña. En la fachada había una hornacina con la figura de un santo bajo la que constaba el que posiblemente fuera el año de construcción: «1756».

—El santo es san José —explicó el capitán, adivinando el pensamiento de Cristo—. A este sitio lo llaman así, el Desierto de San José de Batuecas. Pero nunca he sabido por qué, si está en mitad del bosque.

Cristo supuso que lo del «desierto» tendría que ver con lo recóndito del emplazamiento. Pensó que si había algún lugar en la tierra en el que uno podría alejarse del mundanal ruido para darse a la reflexión —como Cristo en el desierto— era justamente aquel.

Mientras Cristo y sus hombres se sentaban en el suelo a descansar, el capitán llamó a la puerta del monasterio golpeándola con un grueso aldabón de hierro que colgaba de ella. Aguardó unos segundos y luego la volvió a golpear.

—¡Ya va!

La voz provino de muy cerca, de alguien que debía de estar junto a la misma tapia, en un jardín o huerto anexo a esta. Resultó ser un anciano huesudo, con la cabeza rapada, que no vestía hábito sino

una blusa blanca raída. Por su atuendo, su acento hurdano y su manera sumisa de dirigirse al capitán, Cristo imaginó que no era un religioso, sino tal vez un portero o guardés.

El anciano les confirmó que no había visto nada extraño en toda la noche. Acababa de levantarse y ni siquiera estaba enterado del rapto de la niña en Las Mestas, de donde él mismo era vecino. Por descontado, conocía muy bien tanto a Esperanza como a sus padres. Y también, cómo no, conocía al Botas, y prometió que estaría pendiente de si lo veía pasar por allí a lo largo del día.

—Con gusto los acompañaría en su búsqueda —dijo el anciano—, porque el Botas es un mal bicho y yo a la Esperancita y a sus padres les tengo mucho cariño. Pero a mí y a otros empleados del monasterio que vendrán luego nos han encargado que adecentemos el edificio por si acaso el rey tuviera que hacer noche en él, así que voy a estar bastante ocupado.

Nada más despedirse del anciano, uno de los guardias civiles llamó al capitán a voz en grito. El guardia se había alejado unos metros, posiblemente para aliviar la vejiga, y regresaba entonces corriendo hacia donde estaba el resto.

—¡Hay un rastro! —anunció—. ¡Unas huellas, a la vuelta del muro!

Un poco más allá, a la izquierda de la garita, la tapia del monasterio torcía en ángulo recto, siguiendo la ribera del Batuecas. Entre el muro y el río se iniciaba otra senda que se internaba en lo profundo del valle. Cristo y el capitán comprobaron que lo que el guardia había visto eran efectivamente unas huellas marcadas sobre el limo de una roca, en el mismo inicio de la senda. Las huellas eran del calzado de un hombre adulto, aunque no tenían modo de saber si eran recientes o de varias horas atrás. Tampoco, claro, podían saber si eran o no del Botas, aunque era la suposición más lógica.

—Más allá del monasterio, en las montañas —dijo el capitán—, hay más de una docena de ermitas y cabañas donde puede haberse escondido. Habrá que registrarlas una a una hasta dar con él. Pero de lo que no hay duda es de que está allí en alguna parte, y de que nos está esperando. Estén ustedes preparados para lo que sea.

Capítulo veintitrés

El capitán dispuso que se dividieran en tres parejas. Si continuaban todos juntos, no tendrían tiempo de inspeccionar el valle antes de que las «guerrillas vecinales hurdanas» —como las denominó con sorna el capitán— alcanzaran Las Batuecas. Eso sí, si una pareja encontraba algo sospechoso, debía realizar dos disparos al aire para alertar a las demás, de manera que, siempre que fuera posible, pudieran enfrentarse al Botas con una superioridad numérica que les garantizara salir indemnes del encuentro.

—Aunque, si el Botas se les pusiera a tiro —concluyó el capitán—, no duden ni un momento en liquidarlo. No podemos consentir que los paletos que vienen de camino le pongan una mano encima. Si son ellos quienes lo encuentran, harán una escabechina. Y si lo encontramos nosotros y pretendemos detenerlo y llevarlo preso al cuartel, podrían echársenos encima para arrebatárnoslo, y en ese caso tendríamos que responder con violencia. Y quién sabe en qué resultaría todo.

—¿Y la niña? —preguntó Cristo.

—Si está viva, hay que protegerla, por supuesto.

—¿Aun a costa de que el Botas pueda escaparse?

—No, ni pensarlo. Nuestra prioridad es que el Botas no salga con vida de este valle. Todo lo demás es secundario.

Tal y como Cristo esperaba, el capitán le ordenó que formara pareja con él; el capitán no confiaría en que, si se le presentaba la oportunidad, Cristo fuera a seguir su orden de anteponer la ejecución del Botas a salvar a la niña.

Las tres parejas recorrieron juntas un pequeño trecho hasta alcanzar la primera bifurcación, donde se desvió una de ellas. Cristo y el capitán continuaron adelante hasta alcanzar la siguiente, donde tomaron por la derecha para avanzar, ya los dos solos y bajo un

grueso dosel de ramas, por una senda ascendente y tan estrecha y desdibujada por la maleza que cada pocos metros tenían que detenerse para comprobar que no se habían apartado de ella. Cristo caminaba revólver en mano, listo para responder a un ataque; el capitán, en cambio, lo hacía con la pistola guardada en la funda —el rifle lo había dejado atrás, en Las Mestas—, un detalle que a Cristo no le pasó desapercibido.

—Este sendero llega hasta un lugar que llaman el Canchal de las Cabras Pintadas —explicó el capitán—. Son unos garabatos que hay pintados en una roca y que, por lo que parece, son muy antiguos, de hace miles de años, y por lo tanto muy valiosos. Mis hombres y yo mismo hemos acompañado varias veces a los académicos que han venido a estudiarlos.

Cristo no respondió nada. Tanto le daban esos garabatos como el valor que pudieran tener. No le interesaba el arte ni la arqueología y tampoco estaba de visita turística. Sin embargo, el capitán sí que parecía interesado en llegar hasta allí: caminaba a toda prisa, sin tan siquiera volver la cabeza para mirar a un lado o al otro del sendero, como si tuviera la seguridad de que nada iba a ocurrirles.

Llevaban más de media hora de marcha cuando el capitán se detuvo al final de un repecho que culminaba en una suerte de balcón o saliente sobre el valle. Frente al saliente había una covacha o abertura en la ladera de la montaña que dejaba al descubierto una pared de roca lisa de varios metros de altura. A Cristo le recordó a una pantalla de cine: era fácil imaginarse a un grupo de hombres prehistóricos sentados frente a ella, escuchando alguna historia de caza que luego alguno ilustraría dibujando monigotes con sus dedos.

—Aquí es —indicó el capitán—. Esas son las cabras.

Cristo se aproximó a la pared y observó unos manchurrones colorados —no vio las cabras por ninguna parte—, pero solo les prestó atención un instante.

—¿Por qué me ha traído aquí, capitán? —preguntó.

—Pase lo que pase, no dispare sin mi permiso —repuso este.

En ese momento, Cristo percibió movimiento en unos arbustos a su izquierda. Pese a la advertencia del capitán, Cristo apuntó con su revólver en esa dirección.

—Le he dicho que aguarde —insistió el capitán.

Un individuo que debía de haber estado agazapado tras el arbusto, vigilándolos, se levantó entonces. Lo hizo despacio, con las manos en alto y una sonrisa en su rostro ennegrecido por la suciedad. También la ropa la llevaba tan cubierta de lodo, hierbajos y sangre que no había modo de distinguir dónde terminaba la prenda y dónde comenzaba la piel. Cristo pensó que, de habérselo encontrado unas horas atrás, con menos luz, hubiera podido confundirlo con una criatura mitológica. Un fauno, un sátiro, un engendro surgido del mismo monte, tan antiguo como las propias cabras pintadas en la roca.

—Acércate —ordenó el capitán. El Botas, bajando los brazos, obedeció.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó, y su voz sonó agotada. No era para menos, pensó Cristo: por su aspecto, aquel tipo debía de llevar los tres últimos días viviendo a la intemperie.

—No lo sé —respondió el capitán—. Desapareció la noche del incendio y nadie la ha vuelto a ver. Estará por ahí, escondida en cualquier parte. Ya aparecerá, si le apetece.

—¿Y la niña? —preguntó Cristo—. ¿Dónde está?

—Aquí cerca la tengo, dormidita y amarrada a un árbol —respondió el Botas.

—¿Le has hecho algo?

—Está perfectamente.

—Más te vale que sea verdad.

El capitán, entonces sí, empuñó su pistola. Era una Star último modelo de las que, según Cristo había oído, muy pronto se convertirían en el arma reglamentaria de la Guardia Civil.

—No se mueva, don Valerio.

A esas alturas, a Cristo no le sorprendió lo más mínimo que el capitán lo encañonara a él y no al Botas. Ni siquiera le preguntó por qué lo hacía.

—Arroje el revólver al suelo, con cuidado, muy despacio —le ordenó el capitán.

Cristo confiaba en sus reflejos, pero no tanto como para creer que podía volverse hacia el capitán, dispararle y apartarse de la

trayectoria de su pistola antes de que este, que lo tenía encañonado a la altura del pecho, apretara el gatillo. Todo lo más, pensó, podría asumir el primer disparo del capitán como inevitable y a continuación disparar él. Pero enzarzarse en un tiroteo a tan corta distancia, y con el Botas esperando para saltarle encima, era poco menos que un suicidio. Por ello, obedeció y arrojó el revólver.

—No sé qué es lo que pretende, capitán —dijo—. Pero si se le ocurre matarme, tendrá que dar muchas explicaciones.

—Por eso no se apure: no seré yo quien lo haga.

El capitán realizó un gesto con la cabeza, y, antes de que Cristo pudiera reaccionar siquiera, este sintió una navaja penetrándole el costado izquierdo, a la altura del riñón. Solo su chaqueta impidió que el Botas se la clavara hasta el fondo. Aun así, para cuando Cristo se revolvió y se zafó de él, la mitad de la hoja que el otro sostenía en su mano estaba ensangrentada.

—¡Me cago en Dios! —gritó Cristo.

El Botas se abalanzó de nuevo sobre él. Cristo acertó a esquivar la puñalada, que esta vez iba dirigida a su pecho, y con la misma inercia del movimiento le propinó al Botas un golpe en mitad de la cara. No tuvo tiempo siquiera de cerrar el puño, por lo que el golpe se lo dio con la mano abierta. Aun así, por la diferencia de peso entre ambos, el manotazo fue lo bastante contundente para que el Botas se desplomara de espaldas, como si le hubieran arreado con un martillo. La navaja salió despedida y aterrizó a los pies del capitán.

—¡Hijo de puta! —masculló el Botas, cubriéndose la nariz con ambas manos, intentando contener el chorro de sangre que brotaba de ella.

Cristo se encaró entonces con el capitán, que aún le apuntaba con la pistola y que había asistido a la escena en silencio y no había amagado siquiera con intervenir.

—¿Y ahora qué, capitán? —preguntó Cristo—. ¿Me va a matar usted de un tiro, a sangre fría?

—Usted mismo lo ha dicho antes —respondió este, aparentemente tranquilo—: si le mato, tendré que dar muchas explicaciones.

Cristo se cubrió la herida con la mano. No sangraba demasiado,

pero él sabía muy bien que una puñalada trapera como esa, si no se trataba a tiempo —y aun tratándola—, podía ser mortal.

—Puede comenzar por dármelas a mí —repuso Cristo—. Y luego veremos si hay algún modo de resolver el entuerto por las buenas, sin que nos cueste la vida a ninguno de los dos.

Por el rabillo del ojo, Cristo observó que el Botas se incorporaba y alargaba una mano hacia él: intentaba hacerse con el revólver, que estaba en el suelo, muy cerca de ambos. Cristo le pisó la mano y, a continuación, con el otro pie, le pateó en la cara. El Botas quedó tendido boca abajo, inmóvil. El capitán alzó entonces la pistola al cielo y disparó dos veces.

—Mis hombres llegarán en breve —dijo—. Ellos lo acompañarán de vuelta al monasterio y se encargarán de dar aviso al doctor para que venga desde Las Mestas a curarlo.

—Muy amable por su parte.

—Es un gesto de buena fe antes de negociar. Para que vea que mis intenciones son las correctas.

—No lo eran hace un minuto… Dígame, ¿cómo un capitán de la Guardia Civil puede estar en tratos con un asesino de niñas?

—Yo no estoy en tratos con esa piltrafa. Con quien tengo un trato es con el juez Anselmo Gil. Y maldita la hora en que me lo propuso.

Cristo notó que le costaba mantenerse en pie, y se retiró hasta estribar su espalda contra un árbol cercano sin perder de vista ni al Botas ni al revólver, que no se atrevió a recoger por si al hacerlo el capitán decidía abrir fuego.

—Cuénteme lo que vaya a contarme —dijo Cristo—, y ya veremos si hay alguna solución. Pero dese prisa, haga el favor.

—Lo que puedo contarle es que la misma tarde en que mataron a Augusta en el pico de la Corderina, di órdenes de iniciar la investigación pertinente —dijo el capitán—, pero eso usted ya lo sabe. A las pocas horas, lo teníamos todo dispuesto para la detención de este indeseable: no nos cabía ninguna duda de que era el culpable. Incluso ordené arrestar a su hermana, porque estaba claro que si el Botas era el asesino, Minerva tenía que ser la inductora.

»Sin embargo, cuando todo estaba encarrilado y en vías de

resolverse, llegó el juez Anselmo Gil desde Coria, pero en lugar de apoyar lo que estábamos haciendo me pidió que liberara a la bruja y ordenara a mis hombres que dejaran de buscar al Botas. Me explicó que, una vez informado del crimen y antes de salir de su juzgado, se había telegrafiado con varios políticos tanto de Cáceres como de Madrid, y que entre todos habían acordado que lo más sensato era no hacer público el suceso para no ensombrecer la visita del rey a Las Hurdes. El modo más sencillo de no hacerlo público, me dijo, era convertir el crimen en una muerte fortuita, y entre los dos decidimos que un ataque de lobos era algo que apenas llamaría la atención fuera de la comarca; para que constara como tal, bastaría con que yo me olvidara de las diligencias que había hecho hasta el momento y con que el doctor Álamo firmara un informe de autopsia falso. El resto era sostener la mentira ante los vecinos de Las Hurdes, lo que no creímos que fuera a ser complicado. Aunque a la vista está que nos equivocamos. El malestar por que no investigáramos el asesinato fue en aumento hasta el punto de que alguien con poder e informantes en la comarca, probablemente el propio gobernador de Madrid, Eloy Bullón, que es natural de un pueblo cercano a Las Hurdes, debió de considerar que la situación podía desmadrarse, y envió a alguien del exterior para comprobar qué estaba ocurriendo y para procurar que la cosa no fuera a mayores. Pero esto es algo que usted también sabe.

—Sí, toda esa parte la conozco. Por eso le ruego que vaya al grano. ¿Cuándo descubrió que el juez y el Botas estaban conchabados?

—Fue durante la noche que pasamos en Nuñomoral, después de que mataran a la niña en Aceitunilla. El juez y yo nos reunimos mientras el doctor se ocupaba de la autopsia; por eso el juez no le permitió a usted que pasara la noche en el puesto de la Guardia Civil, para que no pudiera espiar nuestra conversación de algún modo. Los dos estábamos nerviosos: no era para menos, aquel segundo crimen no podríamos ocultarlo como habíamos hecho con el primero. Habría que detener a alguien. Resolverlo como fuera. Yo propuse al juez que consultara primero con los políticos con los que había hablado en su momento, tras el asesinato de Augusta, para

ver cuál era su opinión al respecto. Pero entonces él me confesó que en realidad nunca había hablado con ningún político.

Mientras hablaba, el capitán se movía de un lado a otro dando pasos muy cortos, como si desfilara. Cristo se había encendido un pitillo para distraerse del dolor de la puñalada y concentrarse en la conversación, aunque no le estaba resultando sencillo.

—Cuando le pregunté por qué lo había hecho —continuó el capitán—, me respondió que había sido por dinero. Que había aceptado una suma muy importante a cambio de no investigar el crimen. Y que, al parecer, el viaje real era una excusa perfecta para abandonar la investigación sin que nadie hiciera preguntas.

—Me cuesta creer que un juez ponga en riesgo su carrera por un simple soborno —dijo Cristo—. Y menos aún si eso implica asociarse con un asesino de niñas.

—Eso mismo pensé yo. Y así se lo dije. Pero ya no había nada que hacer: los dos estábamos enfangados y teníamos que seguir adelante. Suponíamos que el Botas estaba enajenado, probablemente como consecuencia del encuentro con usted en El Teso, y que había matado a la segunda niña, esta vez lejos de su casa pero imitando el modo en que había matado a la primera, para intentar despistarnos a todos; ni qué decir tiene, no es ninguna lumbrera, y lo único que consiguió fue terminar de incriminarse.

—Y fue esa misma noche cuando a uno de ustedes dos se le ocurrió la idea de prenderle fuego a El Teso, para desviar la atención de lo que habían hecho, ¿no es así?

—Fue a mí a quien se le ocurrió, sí. Estábamos desesperados, no voy a negárselo.

—También pudo usted haber cumplido con su deber y haber arrestado al juez esa misma noche.

—Usted sabe tan bien como yo que a un juez no se le puede procesar por ningún delito. Y menos aún por uno tan grave como este. De haberlo arrestado, yo estaría ahora camino del destierro, a las Canarias o al Sahara. Así funciona este país: no lo he inventado yo.

—Y entiendo que el juez también le ofrecería algo a cambio de su ayuda. Una parte del dinero que hubiera recibido.

—Qué menos que eso, ¿no le parece?

—Siga. Estábamos en que usted ordenó el incendio de El Teso.

—Había que pararle los pies al Botas como fuera. Había que hacerle ver que había cometido un error irremediable, que tendría consecuencias. Con el incendio nos asegurábamos de que le llegaría el mensaje.

—Y, ya de paso, a ustedes les serviría para apuntalar la teoría de que era un grupo de anarquistas el que estaba detrás de todo.

—Sí, *a priori* todo encajaba. Pero la maniobra solo funcionó a medias, porque gracias al incendio podíamos arrestar a los revoltosos de Cambroncino y usarlos de carnaza, pero el Botas, en lugar de rendirse, supongo que como revancha al incendio, raptó a otra niña más.

El Botas emitió entonces un quejido y comenzó a retorcerse sobre sí mismo. Aunque, todavía aturdido por la patada, no parecía pendiente de la conversación

—¿Cómo sabía usted que lo encontraría aquí, concretamente en este lugar? —preguntó Cristo.

—Cuando el juez se enteró de que el rapto de anoche se había producido en Las Mestas, enseguida supo dónde estaría escondido —respondió el capitán—. Este fue el lugar donde el Botas entregó la sangre y los restos de Augusta la noche después del crimen. Es un paraje recóndito, pero cerca del camino de subida a La Alberca. Me imagino que quien viniera a buscar los restos de la niña tenía un automóvil preparado para huir con ellos en dirección al norte, a la provincia de Salamanca, y desde ahí dirigirse a donde fuera. Según el juez, antes del primer crimen habían advertido al Botas de que, si la cosa se torcía y presentía el riesgo de ser arrestado, debía refugiarse aquí, donde tarde o temprano alguien acudiría a ayudarlo a huir.

—Pero usted no venía para ayudarlo.

—No, claro que no. Ya le he dicho que yo jamás alcancé ningún trato con él, y jamás pactaría nada con un asesino de niñas. En cualquier caso, nadie contaría con que el Botas se escondería aquí después de haberse cobrado una segunda víctima y trayendo consigo a una posible tercera. En esas circunstancias, ya no cabía

pensar en ningún trato: la única opción era eliminarlo. Mi intención era que él lo matara a usted, y luego yo matarlo a él. Así de fácil. Hubiera sido un final redondo. Todos habríamos salido ganando.

—Casi todos, sí. Pero se está haciendo usted el remolón, no crea que no me he dado cuenta. Aún no me ha dicho quién fue la persona que pagó al juez para que no investigara el asesinato de la niña; la misma que pagó al Botas por asesinar a Augusta.

El capitán, si acaso conocía la respuesta, se la guardó para sí. Aunque tampoco hubiera tenido tiempo de responder: en ese momento captaron un rumor de voces y de pasos que se aproximaban. Una de las parejas de guardias civiles apareció de pronto con los mosquetes en ristre, dispuesta a abrir fuego. El capitán ordenó que se detuvieran donde estaban. La situación estaba bajo control, aseguró.

—Bien, se acabó la cháchara por ahora, don Valerio —indicó el capitán—. Continuaremos abajo, en el monasterio, cuando el doctor le haya visto esa herida. Estoy seguro de que alcanzaremos un arreglo que nos valdrá a todos.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Cristo, señalando al Botas.

—Ya se lo he dicho: él no puede salir vivo de este valle.

El capitán, con un movimiento de la mano en que sostenía el revólver, indicó a los agentes que se acercaran al Botas; Cristo imaginó que lo voltearían y que tal vez sería el mismo capitán quien se ocuparía de su ejecución. Justo entonces sonó un gemido proveniente de algún lugar próximo; el gemido de una niña pequeña. Esperanza, que hasta ese momento habría estado dormida —o más probablemente desmayada—, acababa de volver en sí.

—Id a buscar a la cría —ordenó el capitán.

El Botas, que también acababa de recobrar el sentido, si es que había llegado a perderlo del todo, debió de pensar que aquella era su oportunidad, aprovechando la distracción que le ofrecía la niña. Ni el capitán ni sus hombres se percataron de que el Botas se incorporaba y se lanzaba a por su navaja hasta que fue demasiado tarde. Este no pretendía salvarse: debía de intuir que eso ya era imposible. Su única idea parecía ser llevarse consigo la vida de quien quería asesinarlo. Para cuando Cristo recogió su revólver y apretó el

gatillo, alcanzándolo en la espalda, el Botas ya había tenido tiempo de agarrar la navaja y hundírsela al capitán en el cuello. Hubo un grito, que pudo ser de cualquiera de los dos, o de ambos a la vez, y cayeron juntos al suelo.

Capítulo veinticuatro

Los guardias llevaron a Cristo al monasterio de las Batuecas casi en volandas. La otra pareja de guardias, que llegó enseguida, se ocupó de llevar a la niña, a la que encontraron atada al tronco de un cedro, a la vuelta del canchal. Los cuerpos del capitán Liédena y del Botas los dejaron donde estaban, en espera de que el juez ordenara su levantamiento.

El doctor Álamo acudió a caballo desde Las Mestas poco después. Por razones obvias, atendió primero a Cristo, al que habían instalado en una de las celdas de los monjes, una celda estrecha y sin ventanas donde, con toda seguridad, no se alojaría al rey la semana próxima. La puñalada no era necesariamente grave, dijo el doctor, pero podía complicarse debido a la pérdida de sangre y la posible infección. Tras aplicarle yodo y unos puntos de sutura, el doctor le recomendó a Cristo que guardara reposo al menos durante unos días, aunque ambos sabían que eso no iba a suceder.

Zillo hizo compañía a Cristo mientras el doctor asistía a la niña, a la que habían acomodado en la celda anexa. Estaba ilesa, salvo por algunos rasguños y el agotamiento lógico después del trajín de la noche. Otra cosa serían —comentó el doctor en privado— las secuelas mentales de aquella peripecia. Esperanza era una niña enclenque, de cabello moreno y lacio, piel muy pálida y ojos claros que miraban a todas partes como sin comprender lo que había a su alrededor; tenía solo cuatro años y según el doctor era demasiado joven para entender y guardar un recuerdo preciso de lo ocurrido, pero no tanto como para que la experiencia no fuera a marcarla de por vida.

—Esa pobre niña va a llevar para siempre una cicatriz igual que la suya, señor Cristo, pero la de ella va a ir por dentro y no la va a ver nadie —señaló Zillo.

—Menudos aires de filósofo te gastas, chico —repuso Cristo—. Aunque lo que dices es la pura verdad.

El juez Anselmo Gil llegó a Las Batuecas al final de la mañana y, tras ordenar el levantamiento de los cuerpos —lo hizo desde el monasterio, sin siquiera acercarse al lugar de los hechos—, procedió a interrogar tanto a Cristo y a la niña como a los agentes que habían formado parte de la partida de búsqueda.

A Cristo lo interrogó en último lugar, como si quisiera enfrentarse a él conociendo ya los detalles de lo ocurrido. Eran más de las dos cuando entró por fin en la celda donde Cristo descansaba. Lo hizo sin la compañía de su secretario y desprovisto de ningún cuaderno para tomar notas. Cristo, que había comido algo poco antes y que estaba adormecido por el cansancio y la pérdida de sangre —que no por la morfina, ya que el doctor se había negado a inyectarle una dosis; la levedad de su herida lo desaconsejaba—, lo recibió sentado en el camastro, sin ninguna ceremonia. Ni siquiera lo saludó. El juez, que vestía el mismo traje negro que los días anteriores, aunque mucho más arrugado y más sucio por el polvo y el sudor, permaneció de pie durante todo el interrogatorio.

—¿Qué es lo que declara usted, señor Valerio? —le preguntó a bocajarro.

—No lo sé —respondió Cristo—. ¿Qué debería declarar?

El juez, como si hubiera estado esperando esa misma pregunta o una muy parecida, respondió de carrerilla:

—Por lo que parece, el señor Rodrigo Rubio, alias *el Botas*, causó la muerte del capitán Liédena propinándole una cuchillada mortal en el cuello, encontrándose ambos en las inmediaciones de un lugar conocido como el Canchal de las Cabras Pintadas, donde el primero se había ocultado tras secuestrar a una menor… A continuación, usted acabó con la vida del Botas al intentar salvar al capitán, a quien había acompañado hasta allí precisamente en la búsqueda de ese sujeto. ¿Todo esto es cierto?

—Todo es cierto, sí.

—¿Y es esto lo que tiene que declarar, nada más?

—Nada más.

El juez pareció aliviado. Pero no se movió del sitio. Cristo no

esperaba que lo hiciera. Pasados unos instantes, el juez preguntó:

—¿De qué hablaron el capitán y usted con el Botas antes de la llegada de los guardias? ¿Me mencionaron a mí?

—Sí.

—¿Y qué fue lo que dijeron?

Cristo se había encendido un pitillo y dio una calada larga, soltando después el humo mientras miraba al juez. Este apartó el humo de un manotazo. Pese a que habría pasado la noche en una cómoda cama en el cuartel de Casar de Palomero, no tenía pinta de haber dormido demasiado.

—Sé que encubrió usted al Botas ordenando no investigar el asesinato de Augusta —respondió Cristo—. Lo que no sé es quién le encargó hacerlo, ni tampoco por qué lo aceptó. Solo sé que no fue por dinero.

El juez se encogió de hombros.

—No fue por dinero, por supuesto que no —dijo—. Pero tanto da el motivo. Cometí un error al no prever que la situación podría enredarse de la forma en que lo ha hecho, eso es todo. Pero a usted no tengo que darle explicaciones: ni las necesita ni está en posición de exigirlas, siendo usted un vulgar mercenario enviado desde Madrid y yo el titular de un juzgado. Solo le diré que la muerte de Augusta es un caso cerrado: la niña murió por el ataque de unos lobos, así consta en el sumario. Y en cuanto al asesinato de la segunda niña y el rapto de la tercera, se las atribuiré al Botas, lo mismo que el incendio y que el asesinato del capitán Liédena. Con el culpable muerto, no habrá necesidad de abrir ningún proceso judicial. Por lo que respecta a la muerte del Botas, haré constar que actuó usted con buena voluntad al intentar salvar la vida al capitán, y así le ahorraré el arresto.

Cristo se levantó del camastro con dificultad. Notó que la herida del costado le sangraba levemente al hacerlo.

—Le estoy muy agradecido —dijo, y con la misma parsimonia con que se había levantado empuñó su revólver, que había recuperado antes de emprender la vuelta al monasterio, y encañonó al juez en la cara.

—No irá a matarme, ¿verdad, señor Valerio? —preguntó el juez;

aunque había palidecido, consiguió mantener la compostura—. No, no sería usted tan insensato como para hacerlo.

—No, no voy a matarlo, descuide —respondió Cristo.

Con la base del revólver, le propinó un golpe en la boca. El juez se desplomó escupiendo sangre y varios dientes. Cristo guardó el arma y volvió a sentarse en el camastro.

—Recoja sus dientes y váyase —dijo—. Y no se le ocurra volver a acercarse a mí, porque la próxima vez no me conformaré solo con romperle la cara.

Capítulo veinticinco

Aunque el doctor le había insistido en que descansara, tras testificar ante el juez Cristo fue en busca del teléfono. Tardó un buen rato en conseguir que las operadoras lo conectaran con la Gobernación Civil de Madrid, pero finalmente, tras casi media hora de espera, el gobernador Eloy Bullón estuvo al otro lado de la línea. A este le habían llegado algunas noticias difusas de lo que estaba sucediendo en Las Hurdes, pero cuando Cristo lo puso al corriente de todo, en vez de estallar en un arranque de ira, el gobernador guardó silencio; posiblemente valoraba las ramificaciones del asunto.

—No ha cumplido con lo que le pedimos, señor Cristo —indicó el gobernador—. Pero en vista de las circunstancias, creo que ha actuado usted correctamente.

El gobernador le instó a que regresara a Madrid cuanto antes: en los próximos días llegaría a Las Hurdes una miríada de periodistas anticipándose a la visita del rey —si acaso esta finalmente seguía adelante, lo cual estaba por ver, tras todo lo ocurrido—, y no convenía que lo vieran merodeando por allí.

Mientras Cristo conversaba con el gobernador, el doctor asistió al juez Anselmo Gil sin que este le proporcionara ningún detalle sobre la terrible caída que según él acababa de sufrir. Más tarde, el doctor le comentó a Cristo que el juez se había quebrado accidentalmente la mandíbula y que su recuperación sería larga y dolorosa.

—Mala suerte —repuso Cristo—. Pero estas cosas pasan.

A media tarde partió del monasterio la comitiva del juez —a quien el doctor le había aplicado un ostentoso vendaje por todo el rostro— en dirección a Casar de Palomero, donde su señoría haría noche para continuar camino hasta Coria al día siguiente. Los cuerpos del Botas y el capitán Liédena fueron cubiertos por sábanas y cargados en dos mulas a la manera de enjalmas: serían enterrados al día

siguiente en Casar de Palomero, en cuanto el doctor concluyera sus autopsias.

Cristo también acompañó a la comitiva. Zillo había traído a Cristión desde Las Mestas sujeto por las riendas, y Cristo tuvo que ser izado por varios hombres para encaramarse a la silla. Una vez a horcajadas sobre ella, con el movimiento del trote el dolor de la puñalada se agudizó, pero la cantimplora de vino que Zillo portaba consigo y que le fue pasando de cuando en cuando le ayudó a soportarlo.

El calor, excesivo incluso para las horas centrales de un 16 de junio como aquel, los obligó a detenerse para refrescarse en cada uno de los ríos que encontraron a su paso: primero el Ladrillar, al poco de emprender el viaje, luego el Hurdano y finalmente el río de los Ángeles, a su paso por la alquería de Azabal, próxima ya a Casar de Palomero. Allí, algunos de los miembros de la comitiva, entre ellos varios guardias civiles, no pudieron contenerse y se arrojaron al agua en paños menores.

—Al rey me gustaría a mí verlo aquí bañándose en pelota viva —se burló Zillo, que fue uno de los primeros en entrar al agua.

Alcanzaron Casar de Palomero antes del anochecer. Una vez allí, el doctor acompañó a Cristo a la fonda para revisarle nuevamente la herida.

—Esta sí que será mi última noche en Las Hurdes —dijo Cristo, tumbado boca abajo en la cama, mientras el doctor le limpiaba los puntos.

—Es una pena que se vaya a llevar usted una cicatriz como recuerdo —bromeó el doctor.

—A punto he estado de llevarme dos tiros en el pecho, así que no es para tanto.

—Dígame, ¿tuvo el juez algo que ver con el asesinato de Augusta? ¿Por eso lo golpeó usted?

—A estas alturas ya no tiene importancia.

El doctor terminó de revisar la herida. Estaba curando bien, aseguró, aunque aún existía un riesgo alto de infección: la hoja había penetrado muy adentro y quién sabía la suciedad que podía haber dejado en el interior de su organismo.

—El juez Anselmo Gil es hermano del difunto conde de Riolobos —añadió el doctor de pronto, mientras Cristo se colocaba la camisa—. O sea, que es cuñado de doña Rocío; o lo era, hasta que el conde murió.

—No lo sabía.

—Ya suponía que no. Y yo tampoco había visto razón alguna para comentárselo hasta ahora, porque no me pareció relevante; a fin de cuentas, la alta sociedad de cualquier provincia siempre está ocupada por unas pocas familias, todos son parientes de una forma u otra. Pero después de que usted haya tenido ese encontronazo con el juez, pensé que era mejor que se lo advirtiera, por si acaso aceptaba la invitación de doña Rocío de visitarla mañana en su casa de Coria. Para que estuviera prevenido.

—La verdad, no creo que vaya a visitarla.

—Yo que usted no dejaría pasar la oportunidad. Conozco a doña Rocío desde hace años, y diría que está encaprichada con usted. Con suerte, se llevará usted un mejor recuerdo de su viaje a Las Hurdes que esa cicatriz.

Capítulo veintiséis

Pese a los cuidados del doctor Álamo, antes de caer dormido Cristo se notó la cabeza febril y el cuerpo destemplado; el largo viaje a caballo a pleno sol también debía de haber contribuido a empeorar su estado de salud. Durmió pero lo hizo de forma intermitente, despertándose una docena de veces después de soñar escenas muy vívidas y sin ningún sentido. El último de esos sueños, ya en las horas cercanas al amanecer, lo había protagonizado una niña pequeña. O una sombra oscura con silueta de niña, mejor dicho. La sombra se le aparecía en medio de un bosque por el que Cristo vagabundeaba sin rumbo en plena noche, y él se detenía a mirarla en silencio, sin que ninguno de los dos dijese nada. Más tarde, antes de levantarse de la cama y todavía en el duermevela, Cristo sintió que su subconsciente ataba cabos. O más bien que su pensamiento se deslizaba en cierta dirección sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. En su mente se materializó no una niña, sino un niño. Uno al que jamás había visto y del que solo había oído hablar una vez, hacía un día y medio. Un niño delicado, según su propia madre. Un niño propenso a enfermar. Herencia materna, había dicho esta.

Cristo se incorporó en la cama. En el horizonte de la ventana se vislumbraba la primera claridad del día. La fiebre había remitido, o eso le parecía, aunque aún se sentía muy débil. Se aseó y se vistió despacio, casi en penumbra, e hizo la maleta, aunque no bajó con ella a la calle: la dejó lista encima de la cama. Necesitaba airearse un poco antes de emprender el viaje de vuelta a Madrid. Comprobar que su cuerpo respondía y que estaba preparado para ponerse durante varias horas al volante del Overland. Una vez fuera, sus piernas enfilaron de nuevo la calle que llevaba al cementerio. Desde la plaza de la iglesia, las vistas eran hermosas. La montaña frente a Casar de Palomero parecía una ola gigante a punto de romper sobre

el pueblo. En realidad, se dijo, todos los pueblos de Las Hurdes parecían diminutas barcas flotando en un mar verde, encrespado y embravecido.

Se quedó ensimismado mirando el paisaje, sin llegar a entrar al cementerio, donde ya debían de haber cavado las fosas para enterrar a los muertos del día anterior; el doctor Álamo posiblemente habría terminado las autopsias durante la noche, o lo haría esa misma mañana. No era justo, pensó Cristo, que esos dos hombres fueran a ser enterrados en el mismo lugar en que estaba enterrada la niña Augusta, pero no estaba en su mano hacer nada al respecto.

Según iba clareando la mañana, su cabeza también se clareaba. Debía de haber muchas familias adineradas en Casar de Palomero y en el resto de poblaciones de la comarca, y aun en las comarcas vecinas. Y debía de haber muchos enfermos graves en esas familias. Sin duda, sus sospechas eran fruto de una mala noche. De una noche de fiebre alta. De la sugestión de una pesadilla vaporosa.

Regresó a la plaza Mayor y entró en la taberna, que ya estaba abierta y rebosante de vida. Mientras desayunaba, oyó comentar que esa mañana se iba a realizar un ensayo del recibimiento que ofrecerían los vecinos al monarca y su séquito la semana próxima, en la que con toda seguridad habría de ser la jornada más memorable en la historia de Casar de Palomero. Al parecer, ni los acontecimientos sombríos de los últimos días lograrían empañar los festejos. Cristo imaginó que era mejor así. Como decía a menudo un buen amigo suyo: la ilusión no se come, pero alimenta.

De vuelta en la fonda, una vez saldada su deuda con el tío Ramiro, que lo despidió con un abrazo, como a un viejo camarada, Cristo tomó su maleta y salió en busca del automóvil. Más allá de la gruesa capa de polvo que lo cubría, lo encontró en el mismo estado en que lo dejó, sin ninguna abolladura ni ningún rasguño, lo que le resultó casi admirable puesto que no le cabía duda de que los niños del pueblo llevarían varios días jugando y saltando sobre él. Algunas marcas de pies diminutos y descalzos que descubrió en el techo y el capó le confirmaron que así había sido.

Al contrario que a la ida, en esta ocasión Cristo consiguió

completar el trayecto hasta Plasencia del tirón, sin errar el rumbo ni detenerse a preguntar el camino una sola vez. Antes de las once se encontraba repostando en la estación de servicio a las afueras de la ciudad. Ni siquiera se había planteado desviarse hacia Coria, pese a que antes de ponerse en marcha, al consultar el mapa general de carreteras, había comprobado que la ruta desde Casar de Palomero no le habría resultado impracticable. De nuevo con el mapa en la mano, de pie junto al Overland, comprobó entonces que desde Plasencia hasta Coria la carretera estaba marcada con una línea gruesa y que por tanto se trataba de una vía principal, de calzada ancha y bien asfaltada. No debía de haber más de cuarenta o cincuenta kilómetros de distancia: antes de una hora podría estar allí y todavía tendría tiempo de reanudar más tarde el viaje a Madrid y de llegar a su pensión esa misma noche.

Dudaba de qué hacer y tenía mucho calor. Sentía que la fiebre le acechaba de nuevo. Llevaba puesta la chaqueta del traje y al quitársela recordó lo que había en uno de sus bolsillos: el fruto del tejo que le había entregado Minerva la otra noche. Lo sacó y lo examinó despacio. No era un fruto, sino algo así como una semilla grande, envuelta en una membrana de color rojo. Sin pensárselo, lo arrojó lejos de sí. Con suerte, en algunos años crecería un tejo allí mismo, junto a aquella estación de servicio destartalada cercana a Plasencia.

Minutos después, Cristo cruzaba un puente sobre el río Jerte a la altura de Galisteo, en dirección al oeste.

Capítulo veintisiete

La catedral de Coria se asomaba desde la cima de un cerro a un río caudaloso que Cristo enseguida descubrió, gracias al correspondiente letrero, que se trataba del Alagón. Bajo el cerro había un puente de piedra que, sorprendentemente, no cruzaba el río, sino que se ubicaba sobre unas huertas; el río se cruzaba a través de un puente de hierro de aspecto moderno situado a poca distancia.

Una vez se adentró en ella, Coria le pareció a Cristo una mezcla de tradición y modernidad, como en correspondencia con sus dos puentes. Tenía algo de ciudad romana o medieval, con sus callejuelas empedradas y estrechas y sus casas solariegas, palacios, conventos e iglesias, vestigios de un claro pasado glorioso; a su vez, había viviendas nuevas o recién reformadas, así como un buen número de comercios, bares y hasta de automóviles circulando por la avenida principal.

Cristo aparcó el Overland en una plazuela dentro del casco antiguo a la que accedió nada más atravesar un arco de piedra que, en otros tiempos, debió de ser una de las puertas fortificadas de la población. La persona a la que se dirigió para preguntarle por la residencia de la condesa de Riolobos le indicó que esta quedaba muy cerca, en la plaza Mayor. No tenía pérdida: era el edificio más grande de la plaza, después del ayuntamiento. Cristo tardó un minuto en recorrer la calleja que llevaba hasta allí, la misma calleja en la que se situaba la cárcel de la ciudad; de las rejas de sus ventanas se escapaban los lamentos de quienes entonces se alojaban en su interior. En una mañana soleada de domingo como aquella, se dijo Cristo, el encierro debía de sentirse mucho más cruel que de costumbre.

La residencia de la condesa resultó ser un edificio de tres plantas, fachada blanca y balcones de hierro. En el exterior no había ningún

blasón o inscripción que delatara la nobleza de quienes la habitaban. Cristo pensó que aquella era una vivienda propia de una aristocracia joven, de origen empresarial; una vivienda lujosa pero cómoda, nada de castillos o palacios destartalados con siglos de antigüedad.

Nadie atendió a la puerta cuando llamó, por lo que se dispuso a hacer tiempo en la plaza: esta era diáfana y de planta vagamente rectangular, carecía de empedrado, fuentes o soportales, y también de tabernas en las que refrescarse mientras esperaba. Antes de alejarse de la casa escuchó una voz que lo saludó.

—Hola.

Tras los barrotes de una ventana de la planta baja, medio escondido por unas cortinas blancas de encaje, había un niño pequeño que había sacado afuera uno de sus brazos y lo agitaba para llamar su atención.

—Hola —dijo Cristo—. ¿Eres el hijo de doña Rocío?

El niño sacudió la cabeza arriba y abajo, exagerando el movimiento. Era pelirrojo, tenía los ojos azules y las mejillas salpicadas de pecas. A pesar del calor, vestía una chaqueta azul marino con camisa blanca y pajarita negra.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Cristo, aunque recordaba que unas noches atrás alguien se había referido a él como Andresito.

—Andrés —respondió el niño. Cristo no apreció en su habla ningún rastro de acento hurdano; posiblemente, pensó, había sido educado para evitarlo o esconderlo, como hacía su madre—. ¿Usted quién es?

—Soy un amigo de tu madre. Me llamo Cristo.

—¿Como el hijo de Dios?

—Igualito.

—Pero no se llamará así de verdad. Se llamará usted Cristóbal. Como Cristóbal Colón. ¿O no?

—En realidad, me llamo Valerio. Pero nadie me llama Valerio. Todos me llaman Cristo.

—¿Porque es usted muy bueno?

—Unas veces lo soy, otras veces no. ¿Y tú eres bueno?

—¿Yo? Sí, siempre.

—¿Está tu madre dentro? Me gustaría hablar con ella.

—No. Está en la catedral. Llegará a la una, cuando termine la

misa.

Solo faltaban cinco minutos.

—¿Me permites entrar y la espero contigo? —preguntó Cristo.

—No puedo abrirle la puerta a nadie.

—¿Estás tú solo en la casa?

—Sí. Ya soy grande y ya puedo quedarme solo. Pero mi madre no me deja que le abra la puerta a nadie si ella no está.

—Entonces la esperaré aquí fuera.

—Pero no se vaya lejos, que si no me aburro.

Cristo apoyó la espalda en la pared, junto a la ventana, y se encendió un pitillo.

—¿No tienes juguetes para entretenerte?

—Ya soy grande para juguetes.

—¿Cuántos años tienes?

—Voy a cumplir nueve el mes que viene.

Casi nueve años, y, sin embargo, a juzgar por la escasa altura del chiquillo, Cristo no le habría supuesto más de cinco o seis.

—¿Y con qué te entretienes cuando estás solo?

—Tengo libros. Pero ya los he leído todos.

—¿Todos los de la casa?

—Todos menos los que mi madre dice que todavía no puedo leer. A veces los miro a escondidas, pero no los entiendo… ¿A qué se dedica usted?

—Soy un policía secreto.

—¿Un policía secreto?

—Luego le preguntas a tu madre, verás que no te miento.

—¿Ha venido para llevarse preso a alguien?

—Depende de si alguien ha hecho algo malo. Tú me has dicho que siempre eres bueno, así que a ti no te llevaré.

—¿Tiene usted una pistola?

—Ajá.

—¿Me la enseña?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Si le enseño la pistola a un niño pequeño, me echarían de la Policía.

—No le pueden echar de la Policía solo por eso.

—Claro que sí.

—¿Alguna vez le ha disparado a alguien?

—Alguna vez.

—¿Y lo ha matado?

—Sí.

—¡Ala! ¿Y cómo fue?

—Le disparé por la espalda.

—¿Por qué le disparó por la espalda? ¿Es que se estaba escapando?

—Estaba haciendo daño a otro policía que quería arrestarlo. Iba a matarlo.

—¿Y le salvó la vida al policía?

—No. También se murió.

—Pues qué pena.

—Pues sí.

—¿Y qué cosa mala había hecho ese hombre, al que usted le disparó?

—Ya te lo he dicho: estaba haciendo daño a un policía.

—Pero ¿qué es lo que había hecho antes para que quisieran arrestarlo? ¿Había matado a alguien?

—Sí, a una niña.

—¿A una niña? ¿Como yo de grande o más pequeña?

—Un poco más grande. Pero luego intentó matar a otra más pequeña, una de cuatro años. A ella sí la salvamos.

—Pues sí que era malo ese hombre. Hizo usted bien en matarlo.

—Yo también lo creo.

—Pero no hay que matar a nadie. Eso es pecado. Aunque usted puede hacerlo, que para eso es un policía.

Por una bocacalle de la plaza aparecieron entonces varios grupos de vecinos. Muchos vestían engalanados, como correspondía a un domingo, aunque otros lucían ropa humilde, campesina. La misa en la catedral debía de haber acabado.

—¿De qué conoce usted a mi madre? —preguntó el niño.

Cristo arrojó el pitillo al suelo y se llevó la mano al sombrero para saludar a algunas personas que pasaron frente a él.

—La conocí hace unos días en Las Hurdes y me invitó a que la visitara —respondió Cristo.

—¿Fue usted a Las Hurdes a vigilar que los terroristas no le pusieran una bomba al rey?

Cristo soltó una carcajada.

—¿Por qué preguntas eso? —preguntó.

—Mi madre a veces me deja leer los periódicos con ella. Ayer leímos que habían arrestado a unos terroristas en Las Hurdes. Y los terroristas ponen bombas.

Cristo imaginó que esos terroristas no eran otros que los vecinos de Cambroncino detenidos dos días atrás a cuenta del incendio de El Teso. Aunque posiblemente los periódicos del día siguiente —o sea, los de aquel mismo domingo— desmentirían esa información, si es que finalmente el juez Anselmo Gil había decidido liberarlos y culpar al Botas del incendio, como había dicho que haría.

—Sí, a eso fui a Las Hurdes exactamente —indicó Cristo—. A vigilar que nadie pusiera una bomba al rey.

—¿Usted irá a verlo?

—¿Al rey? No. Tengo que volver a Madrid esta misma tarde.

—Mi madre me ha dicho que ella sí que irá a Las Hurdes a conocerlo.

—¿Tú no irás con ella?

—Yo no.

—¿Por qué no?

—Mi madre no quiere que vaya.

—¿A ti te gustaría ir?

—¿A mí? Mucho. Pero no podré ir.

El trasiego de gente en la plaza era ya abundante y por ello Cristo no reparó en la llegada de la condesa hasta que la tuvo muy cerca. Llevaba el mismo vestido negro y la misma mantilla que el primer día, cuando la conoció en la misa en homenaje a la niña asesinada. A su lado caminaba un hombre de mediana edad, bajo y de rostro redondo y bien afeitado, que vestía una sotana negra con ribetes púrpuras y que cubría su calva con un solideo del mismo color. Del cuello le colgaba un enorme crucifijo dorado.

—¡Señor Cristo! —lo saludó la condesa.

—Doña Rocío —repuso Cristo, con la media reverencia de costumbre.

—Qué sorpresa verlo aquí. Lo hacía a usted en Madrid.

—No quería volverme sin despedirme.

—No sabe cuánto me alegro.

El tipo de la sotana carraspeó estruendosamente para que le permitieran intervenir.

—Disculpe usted, Su Excelencia —dijo la condesa—. Le presento a un buen amigo mío…

—Señor Cristo, lo ha llamado usted… —indicó el sujeto.

—Es un nombre por el que algunos me conocen cariñosamente, nada más —explicó Cristo—. Mi nombre es Valerio. Valerio Lubián.

—Pedro Segura, obispo de Coria.

El obispo tendió la mano en la que portaba el anillo episcopal para que Cristo lo besara. Este así lo hizo, rozando apenas la mano que el otro retiró de inmediato.

—Don Valerio es un policía secreto —dijo la condesa—. Acaba de venir de Las Hurdes, donde ha estado ocupado en los preparativos para la visita de Su Majestad.

—¿Un policía secreto? —repuso el obispo—. ¿Mandado por quién?

—Por el gobernador civil de Madrid, el señor Eloy Bullón —respondió Cristo.

—Ah, por el señor Bullón. Entonces todo está en orden. Y dígame, don Valerio, ¿cómo está la situación por Las Hurdes? Me han llegado algunas noticias muy preocupantes en estos días. Una de ellas, esta misma mañana, la de la muerte de un oficial de la Guardia Civil… ¿Qué es lo que puede contarme al respecto?

—El señor obispo es uno de los promotores del viaje del rey a Las Hurdes —aclaró la condesa—. Y será uno de sus acompañantes durante el tiempo que esté allí. Así que puede hablar usted con libertad.

—Podría contárselo todo con detalle —indicó Cristo—, pero, la verdad, no creo que este sea el lugar ni el momento para hacerlo, por lo delicado del asunto y por estar recién salidos ustedes de misa. Tiempo habrá para que reciban las explicaciones pertinentes. Lo que puedo asegurarles es que la situación está resuelta y que ahora

mismo todo está en calma en la comarca.

El obispo se acarició el mentón, como si dudara. Cristo no podía saber si estaría al corriente de los pormenores de lo sucedido en Las Hurdes o si también a él, como a casi todos, lo mantendrían en la inopia.

—Tiene usted razón —afirmó el obispo—. Este no es el momento de hablar de cosas tan desagradables. ¿Hasta cuándo se quedará usted en Coria? Me gustaría que viniera a verme mañana y así podríamos hablar con tranquilidad.

—Lo siento mucho, Su Excelencia, pero saldré para Madrid esta misma tarde. Solo he pasado por la ciudad para despedirme de doña Rocío.

—De acuerdo. En ese caso, que tenga un buen día. Y cuando vea al señor Bullón, le presenta mis respetos.

El obispo extendió de nuevo su mano, esta vez hacia la condesa, que se la besó fugazmente, y a continuación se alejó caminando despacio, perdiéndose entre los corrillos de feligreses que ocupaban la plaza. Se produjo entonces un silencio largo, o al menos esa fue la impresión que tuvo Cristo. La condesa sonreía; Cristo no estaba seguro de cuál sería la expresión en su propio rostro.

—Entremos —indicó la condesa finalmente.

El niño salió a recibirlos al vestíbulo y abrazó a su madre con efusividad pero sin apartar la vista del invitado.

—Andresito, este es el señor Cristo —lo presentó ella.

—Ya lo conozco —repuso el niño.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué lo conoces?

—Hemos estado hablando por la ventana.

El niño se acercó a Cristo y, tras dudar un momento, le tendió la mano; apenas alcanzó con ella la cintura de Cristo. Este se agachó y se la estrechó con ceremoniosidad. Luego, el niño salió corriendo hacia las escaleras.

—Es un chiquillo muy simpático y muy listo —dijo, volviéndose a la madre.

—Sí lo es, mucho, no se hace una idea de cuánto —convino ella.

La condesa condujo a Cristo hasta el comedor, que era espacioso y luminoso pese a dar al patio trasero y que estaba amueblado con

maderas nobles, cerámicas y cuadros de paisajes. De la pared frente a la puerta colgaban unas fotografías de formato grande, de más de un metro de alto por otro de ancho. Cristo únicamente había visto fotografías de ese tamaño en edificios oficiales, jamás en el interior de una casa particular.

—Ese era mi marido —indicó la condesa, señalando la que ocupaba el centro de la pared.

El conde posaba de pie junto a una silla de respaldo acolchado y delante de una manta o cortina blanca en lo que parecía ser el estudio de un fotógrafo. Iba vestido de manera sencilla, con traje y corbata oscuros, sin ningún adorno: ni medallas o sortijas o ni siquiera el emblema de alguna orden militar o religiosa a las que tanto se vanagloriaban de pertenecer ciertos miembros de la nobleza. Era un hombre apuesto, de rasgos suaves y mirada firme, que estaba a un paso de la ancianidad: se le intuían algunos mechones blancos en el cabello, el cual quizá fuera de un tono pelirrojo semejante al del niño. Aunque esto último no se apreciaba en los tonos grises y verdinosos de la imagen.

—Se la tomaron pocos antes de que muriera —indicó la condesa —. Tenía cincuenta y cinco años. Andresito acababa de nacer.

A la derecha de la del conde había otra fotografía un poco más pequeña. Parecía tomada al aire libre, posiblemente en el patio de aquella misma casa. En ella se veía a un niño de corta edad, casi un bebé, arropado con una sábana blanca y recostado en una butaca de mimbre. El niño miraba fuera del encuadre, hacia el punto donde posiblemente estuviera situada su madre en el instante en que se capturó la imagen.

—¿Este es Andresito? —preguntó Cristo.

—No —respondió la condesa—. Este era su hermano Álvaro. Fue mi primer hijo. Se murió antes que su padre y antes de que naciera Andresito. Se hubiera llevado unos tres años de diferencia con su hermano.

—La acompaño en el sentimiento.

Cristo se fijó entonces en la tercera fotografía, a la izquierda de la del conde. La condesa posaba de pie en un jardín, vestida de negro y sosteniendo entre las manos un libro cerrado de tapas gruesas,

probablemente una Biblia o breviario. Cubría su rostro con un velo también negro y miraba al frente con gesto sombrío.

—Hice que me la tomaran después de enviudar —dijo la condesa, remarcando la obviedad—. Cuando murió mi marido, me di cuenta de que no tenía ninguna foto reciente con él y quise tener una para ponerla junto a la suya. Sé que es un poco extraño colocar la foto de una viuda junto a la del marido muerto y que un poco más allá esté la del primer hijo de ambos, también muerto. Pero la vida es eso mismo: una sucesión de difuntos. A su edad, señor Cristo, probablemente usted lo sepa tan bien como yo.

El niño regresó junto a ellos. Traía en las manos un libro no muy voluminoso con la cubierta gastada y las páginas amarillentas por el uso. Era una novela barata de las que vendían en los quioscos.

—Aquí también sale un policía secreto como usted —dijo el niño, entregándole el libro—. Pero este no es español: es americano.

Cristo no conocía el libro ni a su autor: *El caso Leavenworth*, de un tal A. K. Green. Hojeó las primeras páginas, pero la letra era minúscula y no alcanzó a leer una sola palabra.

—Se lo puede quedar —dijo el niño—. Se lo regalo. Yo ya lo he leído.

Cristo le dio las gracias y se guardó el libro en un bolsillo. No tenía la menor intención de leerlo, pero no quería disgustar al niño, que salió otra vez del comedor, tal vez en busca de otro libro.

—¿A usted le gusta leer, señor Cristo? —preguntó la condesa.

—Me gustaba, sí. Leía mucho cuando era joven. Ahora ya no tanto. Mis ojos ya no son lo que eran.

La condesa explicó que enseguida llegaría la sirvienta para servirles la comida, que ya estaba lista porque esta la había preparado por la mañana, después de la limpieza. Propuso que esperaran en el jardín.

—Le resultará curioso que una condesa como yo no tenga una criada a su disposición las veinticuatro horas del día…

—Ciertamente, me llamó la atención que su hijo estuviera solo en la casa.

—No es lo habitual que lo esté. Paso con él la mayor parte del tiempo, salvo cuando estoy de viaje o en misa, como esta mañana.

—¿El niño no va a misa?

—Lo llevo a la misa de maitines a primera hora, cuando hay menos gente. No me gusta que se mezcle con la muchedumbre. Yo lo hago porque no tengo alternativa: tengo que dejarme ver y cumplir con el papel que me toca como viuda del conde. Pero mi hijo quiero que se críe libre de influencias pueblerinas, incluidas las del servicio. En esta casa solo entra el personal imprescindible durante el tiempo imprescindible. Yo misma soy quien se ocupa de instruirlo, y usted podrá juzgar si lo estoy haciendo bien. A medio plazo, mi intención es deshacerme de todas las propiedades de mi difunto marido en esta provincia, como me deshice en su día de nuestro palacete en Casar de Palomero, lo que hoy es el cuartel de la Guardia Civil, y luego llevarme a mi hijo a Madrid para educarlo como corresponde a alguien de su clase, entre aristócratas y personas importantes, no entre agricultores o ganaderos con ínfulas de empresarios como los que abundan en esta tierra.

El jardín, aunque encajonado entre tapias, era lo bastante amplio como para recorrerlo por la vereda de guijos que lo circundaba. En el centro, entre algunos setos y macetas con arbustos, había un pequeño banco de piedra, y junto a este, un roble solitario que debía de estar allí mucho antes de que construyeran el jardín y la vivienda a su alrededor.

—¿A qué ha venido en realidad, señor Cristo? —preguntó la condesa de sopetón.

—Me pidió usted que lo hiciera, ¿ya no se acuerda?

—No creí que fuera a hacerlo.

Escucharon un ajetreo de trastos en el interior de la casa. La criada debía de haber llegado y estaría organizándolo todo para servir la comida.

—Ayer por la mañana maté al Botas de un tiro —dijo Cristo.

—Lo sé —repuso la condesa—. Me lo han dicho esta misma mañana, justo antes de la misa, a la entrada de la catedral. Bueno, lo que me han dicho es que, después de que el Botas raptara a una niña en Las Mestas, alguien lo había tiroteado y había liberado a la cría. Y que ese alguien era un forastero al que habían visto desde hacía unos días deambulando por la comarca. No podía ser nadie

más que usted.

—¿Y quién se lo ha dicho?

—Varias personas, de hecho; cada quien me ha contado una parte de la historia. Tengo muchos ojos y oídos en Las Hurdes: parientes, amigos, empleados… Siempre estoy enterada de lo que ocurre allá arriba.

Aunque prefirió no preguntarle por ello, Cristo imaginaba que una de sus fuentes podía haber sido el juez Anselmo Gil, el hermano del difunto conde, quien tal vez aquella misma mañana habría acudido a la misa de la catedral, si acaso había regresado a tiempo de Las Hurdes.

—También sé que fue el Botas quien apuñaló al capitán Liédena y que usted no pudo hacer nada para salvarlo. Es una pena, porque yo conocía mucho al capitán y lo tenía en buena consideración.

La criada se asomó a la puerta del jardín y preguntó si debía servir ya la comida y si el caballero los acompañaría a la mesa. La condesa respondió que sí a ambas cuestiones.

—Fue el Botas quien asesinó a las dos niñas, ¿verdad? —preguntó de pronto la condesa, justo antes de que abandonaran el jardín.

—Ya sabe usted que sí —respondió Cristo.

El niño les salió al paso nada más entrar en la casa.

—Mire —dijo, mostrándole a Cristo otro libro que traía consigo—. En este también hay policías.

Cristo tomó el libro y lo examinó. Aunque no conocía aquel título en concreto, *El crimen de Orcival*, sí que conocía al autor: Emilio Gaboriau; incluso recordaba haber leído algunas obras suyas hacía muchos años. Era un escritor francés famoso por sus novelas de misterio.

—¿Tu madre te permite leer este tipo de libros? —preguntó Cristo —. No sé si son adecuados para niños…

—Las novelitas de detectives no son peligrosas para la mente de los niños, a pesar de que a menudo se inicien con un crimen —señaló la condesa—. Yo soy muy aficionada a ellas. En el fondo, el crimen no tiene importancia; no es un crimen real, sino una excusa para iniciar un juego cuya meta es averiguar quién es el asesino. Son un simple divertimento.

—En la vida real —repuso Cristo—, no suele ser difícil averiguar quién es el asesino. Hay muchos por ahí sueltos, y no suelen ocultarse demasiado. Lo complicado suele ser conseguir que paguen por lo que han hecho.

Capítulo veintiocho

La comida consistió en puré de patatas y pato a la naranja, dos de los platos favoritos de la condesa, según comentó ella misma; los acompañaron con varias copas de un vino de Burdeos que la condesa aseguró que reservaba para visitas especiales. A Cristo le agradó, pero no estaba seguro de preferirlo al vino de pitarra que había bebido durante los últimos días en Las Hurdes.

Durante la comida, Andresito continuó entrando y saliendo del salón con el permiso de su madre para buscar más libros que enseñarle a Cristo; a este le dio la impresión de que el niño no estaba habituado a otra compañía que la de su madre y sus pocos sirvientes, y de ahí su emoción por contar con alguien distinto con quien entretenerse. Cristo, por su parte, le narró al niño algunas aventuras de su tiempo en el Ejército: le habló de Cuba, de Marruecos y de Filipinas, y de los largos viajes por mar para alcanzar esos territorios.

—Yo también viajaré muy lejos cuando sea mayor —afirmó el niño, ya hacia el final de la comida—. Pero no será con el Ejército. Yo viajaré solo. Seré un explorador.

—¿Adónde te gustaría viajar? —preguntó Cristo.

—A Malasia —dijo el niño, señalando el último libro que había traído a la mesa: *Los tigres de Mompracem*. Cristo no lo había leído, pero a grandes rasgos conocía su contenido.

El niño apenas había terminado de pronunciar la palabra «Malasia» cuando, sin previo aviso, sufrió un ataque de tos que, aunque solo duró unos segundos, fue tan violento que Cristo llegó a levantarse de la mesa para auxiliarlo. Era una tos profunda y húmeda, desgarradora de escuchar: el cuerpo del niño se lanzó adelante y atrás con cada espasmo como si alguien lo estuviera sacudiendo. En cuanto se calmó, continuó hablando como si nada; le

explicó entonces a Cristo que el protagonista del libro se llamaba Sandokan y que su mejor amigo era un marinero portugués llamado Yáñez.

Tras la comida, la condesa ordenó a la criada que acompañara al niño a su cuarto para que durmiera la siesta. Eran casi las cinco de la tarde y el calor apretaba. Aun así, la condesa propuso a Cristo que salieran a pasear. El paseo fue largo y aburrido: la condesa caminó saludando sin ningún énfasis a las amistades que se fue cruzando, muchas de las cuales, se percató Cristo, se volvían una y otra vez a mirarlos para luego cuchichear a sus espaldas. Por lo demás, ella apenas abrió la boca más que para compartir con Cristo alguna apreciación sobre los lugares por los que pasaron: comentó algo sobre un mantel sagrado que siglos atrás se exhibía en un balcón de la catedral y también algo sobre un terremoto que había cambiado el curso del río y provocado que el antiguo puente de piedra quedara aislado en mitad del campo. El propio Cristo tampoco prestó apenas atención a la charla: al igual que la condesa, él también caminó todo el rato ensimismado en sus pensamientos.

Concluido el paseo y ya de vuelta en la casa, Cristo se dispuso a despedirse: si quería llegar a Madrid esa noche, aunque fuera de madrugada, pensó, no podía demorarse más.

—Quédese esta noche —le rogó la condesa, antes de que él anunciara su marcha.

Cristo aceptó sin discutir nada y el resto de la tarde transcurrió tan anodino y silencioso como lo había sido el anterior paseo, aligerado solo en parte por alguna conversación trivial, por varias copas de café y por la docena larga de cigarrillos que fumaron entre ambos. Mientras, el niño moscardoneó en torno a Cristo con más libros y más preguntas, pero pronto también él fue invadido por la apatía instalada en la vivienda y se salió al jardín a leer.

Cuando Cristo no pudo soportarlo más, cerca ya del anochecer y después de quién sabía cuánto tiempo sentados en silencio, cada uno en un extremo del sofá, se levantó y se asomó a la ventana que daba al jardín. El niño estaba tumbado boca arriba en la hierba. Aunque tenía un libro a su lado, ya no había luz suficiente para leer y miraba hacia arriba sin más, como intentando descifrar el

significado de las primeras estrellas que comenzaban a vislumbrarse en el firmamento.

—¿Él lo sabe? —preguntó Cristo en voz muy baja, aunque tuvo la impresión de que la pregunta retumbaba en las paredes del comedor.

A través del reflejo del cristal, Cristo observó cómo la condesa abría la boca para responder algo, pero no dijo nada. También ella se levantó entonces, como si hubiera despertado de algún trance, y caminó por la estancia hasta colocarse frente a la fotografía del hijo muerto.

—¿Qué es lo que debería saber? —preguntó—. ¿Que es un tuberculoso con un pie en la tumba, como lo fue su hermano?

La condesa se volvió hacia Cristo a la vez que este también lo hacía y sus miradas se cruzaron. Él sintió que aquella era la primera vez que se veían realmente.

—Su hermano comenzó a escupir sangre antes de cumplir los dos años —continuó ella—, cuando aún lo estaba amamantando. Había venido al mundo cuando el conde y yo habíamos perdido la esperanza de tener ningún hijo. Al descubrir su enfermedad, probamos todos los tratamientos médicos disponibles, sin reparar en gastos; el conde incluso compró una casa en la costa donde el niño y yo nos trasladamos a vivir durante un tiempo, para ver si el aire del mar le hacía algún bien. Pero todo fue inútil.

La condesa se volvió otra vez hacia la fotografía del niño y luego miró por la ventana.

—El conde siempre me culpó a mí de su muerte. Decía que era mi sangre y mi leche las que estaban enfermas. Que la enfermedad y la muerte corrían dentro de mí por ser hurdana y que no habría manera de que ningún hijo nuestro creciera sano para heredar su título y su apellido. Me maldijo una y mil veces. Maldijo a mi familia y a mis antepasados y, sobre todo, la hora en que se casó conmigo. Más tarde llegó él, Andresito: su nacimiento fue como un rayo de sol entre las nubes. El conde volvió a ilusionarse, pero yo no lo hice. No del todo. En el fondo, yo sospechaba que el conde tenía razón y que mi sangre hurdana era una sangre sucia. Una sangre enferma.

El niño se incorporó y sonrió al verlos a los dos al otro lado de la

ventana. Aunque, a causa de la penumbra, Cristo no alcanzó a ver su sonrisa, únicamente la intuyó.

—Cuando el conde murió —continuó la condesa—, Andresito todavía no había mostrado ningún síntoma de la enfermedad, y con el paso del tiempo también yo llegué a ilusionarme pensando que quizá él podría librarse del mal que se llevó a su hermano. El largo mal. —De repente, la condesa miró a Cristo y, en la oscuridad de la sala, a este le pareció que sus ojos brillaban como dos llamas diminutas—. Hace un par de meses sufrió el primer ataque de tos. Esa misma noche también escupió sangre por primera vez.

—¿Es usted una bruja, doña Rocío? —preguntó Cristo.

La condesa rio y su risa percutió los oídos de Cristo como un repique de campanas.

—No, no soy una bruja.

—Si no es usted una bruja, ¿cómo conocía la manera de intentar salvarlo? ¿Por qué creyó que la carne y la sangre de la niña lo curarían de su enfermedad?

La condesa trocó la sonrisa por un gesto grave que Cristo solo pudo imaginar.

—A mí misma me curaron del largo mal cuando tenía su edad —respondió ella—. Y lo hicieron así, dándome de beber una sangre que me dijeron que era de cabra mezclada con leche, y de comer una carne casi cruda que yo creí que era de cordero. También me obligaron a rezar oraciones invocando a docenas de santos ante dos tiras de cuero reseco en forma de cruz que pusieron frente a mí, en el suelo. Pero hace muchos años, en su lecho de muerte, mi madre me confesó que lo que me habían dado para sanarme no era sangre ni carne de animal, y que las tiras no eran de cuero.

Cristo apartó la mirada de la mujer y volvió a mirar al niño, todavía tumbado en medio del jardín.

—¿Y usted de verdad cree que sanó gracias a eso? —preguntó.

—Mi madre siempre lo creyó. No me lo contó arrepentida de lo que hizo, sino porque ella sospechaba que yo todavía llevaba el largo mal dentro de mí, y que si alguna vez tenía hijos ellos también lo sufrirían.

—La bruja a la que consultó su madre para salvarla a usted era la

madre de Minerva y el Botas, ¿no es así?

—Sí. Mi madre había sido amiga suya desde siempre y más de una vez había recurrido a ella para que me sanara alguna dolencia poco importante. Desconozco si aceptó salvarme por amistad o si acordaron algún precio. O si mi madre la coaccionó de algún modo para que lo hiciera.

—¿Por eso acudió usted a los dos hermanos, porque eran hijos de la persona que usted creía que la había salvado siendo niña?

—Supongo que sí. Aunque tampoco hubiera sabido a quién más acudir. Hace unas pocas semanas, a través de unos familiares que conservo en Las Hurdes, conseguí citarme con el Botas en un lugar remoto, en mitad de la noche, y allí le expliqué la situación. Le pagué mucho dinero para que consiguiera lo que necesitaba y también para que convenciera a su hermana de ayudarnos, aunque esto último creo que ni siquiera lo intentó: debió de pensar que su hermana era demasiado buena o que no era de fiar. O a lo mejor sencillamente quiso guardarse para él todo el dinero. Tampoco tenía mayor importancia: yo recordaba perfectamente lo que habían hecho conmigo, y por tanto sabía qué era necesario hacer para salvarlo a él.

—¿Fue usted en persona a buscar los restos de la niña al Canchal de las Cabras Pintadas?

—No, claro que no. Hubiera sido muy arriesgado verme con el Botas esa noche. Fue mi cuñado quien se encargó de hacerlo. O quien se encargó de buscar a alguien para hacerlo, mejor dicho. Un par de rateros que había mandado arrestar unos días atrás y a los que prometió perdonarles su condena si hacían de intermediarios.

—¿El juez también creía que su sobrino podría salvarse mediante esa salvajada?

—No tenía más esperanzas que yo misma. Pero él tampoco ha tenido descendencia, por lo que la muerte de su sobrino supondría la desaparición de su estirpe y la pérdida del título nobiliario asociado a ella. No me costó mucho convencerlo. Hasta fue a él a quien se le ocurrió que el viaje del rey a Las Hurdes podría servir para no iniciar ninguna investigación. Todo parecía estar de nuestra parte. Hasta que llegó usted.

La condesa levantó su mano derecha y apoyó el índice en el cristal.

—Mírelo —dijo, aunque la oscuridad era ya tan densa que no permitía distinguir más que una silueta confusa sobre la hierba—. ¿Cómo no iba a intentarlo? ¿Cómo no iba a estar dispuesta a cualquier cosa por salvarlo a él, incluso a asegurarme la condenación eterna?

Cristo se colocó un pitillo en los labios y se lo encendió. El niño se puso entonces en pie, como impulsado por el brillo que debió de ver tras la ventana, y se encaminó al interior de la casa.

—Pero no va a salvarse —repuso Cristo.

—No, no va a salvarse. Todo ha sido en vano.

El niño entró en el salón y le mostró a Cristo el libro que había tenido consigo en el jardín: *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde. Cristo no lo había leído, ni conocía al autor.

—Creo que al final no me quedaré a pasar la noche —dijo.

Epílogo

Alfonso XIII emprendió el viaje a Las Hurdes solo tres días después de que Cristo abandonara la comarca, el martes 20 de junio de 1922. Durmió esa noche en Casar de Palomero, en la vivienda de un vecino llamado Acacio Terrón, y el día 21 inició su recorrido, que finalizó el día 24 ascendiendo desde el valle de Las Batuecas hasta La Alberca, donde fue recibido y agasajado por Eloy Bullón, el gobernador civil de Madrid y diputado por el distrito de Sequeros.

Cristo, como el resto de españoles, pudo conocer los detalles del viaje a través de las numerosas crónicas periodísticas que se fueron publicando en aquellos días; en ninguna de ellas, eso sí —al menos no en las que Cristo pudo hojear—, se mencionó nada relativo a ningún crimen. Solo en algunas se habló, de un modo más o menos críptico, de ciertos sucesos recientes en los que había perdido la vida un oficial de la Guardia Civil.

El viernes 23 de junio, la víspera de San Juan y justo antes de salir hacia La Alberca para recibir al rey, el gobernador Eloy Bullón convocó a Cristo a su despacho en Gobernación. Allí, en presencia del jefe de policía de Madrid, Ramón Fernández-Luna, saldó con él la deuda por los servicios prestados, aunque le descontó, eso sí, una cantidad proporcional a lo insatisfactorio que, en términos generales, había sido el resultado de su misión. El gobernador no lo dijo de forma explícita, pero Cristo supuso que aquel dinero —tres mil pesetas, a sumar a las diez mil que había recibido antes del viaje— no era tanto una recompensa por su escasamente meritoria actuación como un pago por que mantuviera la boca cerrada.

—Y aún puedes darte con un canto en los dientes —le había asegurado el jefe de policía a Cristo, a la salida de la reunión—. Es un milagro que hayas cobrado algo, después de todo lo que ha ocurrido.

Dos semanas después, la tarde del domingo 9 de julio, Cristo se encontraba en la taberna de Pedro Castro sin otra perspectiva que beber tanto como le pareciera antes de regresar a su pensión, cuando escuchó que alguien preguntaba por él desde los escalones de bajada al local.

—Estoy buscando a Cristo.

Cristo estaba situado de espaldas a la puerta, y aunque ya mediaba la tercera jarra de vino, no estaba aún tan borracho como para desconfiar de sus oídos. Había reconocido la voz y, antes siquiera de volverse, gritó:

—¡Doctor Álamo!

El doctor descendió los escalones muy despacio, posiblemente más asqueado por el aspecto y el olor del tugurio que temeroso de quienes hubiera en su interior. Cristo se levantó de su asiento y corrió a abrazarlo.

—¿Qué está haciendo aquí?

El doctor, que vestía un traje negro de apariencia cara y perfectamente planchado, como no podía ser menos, se zafó del abrazo con alguna dificultad y respondió:

—Voy a estar de visita en Madrid durante unos días y no me hubiera perdonado no pasar a verlo a usted. Estuve en su pensión y otro de los huéspedes me dijo que tal vez lo encontraría aquí.

Cristo lo condujo hasta su mesa y ordenó a Pedro Castro que les sirviera dos jarras de vino.

—No puedo propasarme mucho con el vino esta tarde; me conviene retirarme pronto —explicó el doctor—. Mañana a primera hora tendré una reunión muy importante en el Ministerio de la Gobernación y quiero llegar descansado. Pero no se apure: habrá oportunidad de festejar nuestro reencuentro antes de mi vuelta a Las Hurdes.

—No esperaba menos —indicó Cristo—. ¿Y para qué es esa reunión, si puede saberse?

—El rey ha mandado crear un patronato para mejorar las condiciones de vida de los hurdanos y al parecer han pensado en mí para que haga de asesor en cuestiones de sanidad, por mi trabajo de estos años en la comarca. Quieren fundarlo antes de que termine

este mismo mes, supongo que para aprovechar el impulso del viaje real. De ahí la urgencia de la reunión: me convocaron ayer mismo y esta mañana tuve que salir precipitadamente para Madrid. Por eso no pude telegrafiarlo para prevenirlo de mi llegada.

—Tanto da, lo que importa es que me haya encontrado. Y eso del patronato no suena nada mal.

—Suena bastante bien. Aunque habrá que ver si la iniciativa llega a buen puerto, y si es algo más que otra operación de propaganda.

—Tengamos un poco de paciencia. Y un poco de fe.

—La fe siempre fue negociado suyo. De Cristo, me refiero.

Cristo celebró la gracia golpeando la mesa con la palma de la mano y haciendo volar las jarras vacías que había en ella.

—Zillo me pidió que le diera recuerdos, por cierto —añadió el doctor—. Ya se imaginará usted que, por estar al cuidado de su madre enferma, le ha sido imposible acompañarme.

—Ya, y es una pena, porque sé que le hubiera encantado salir por unos días de Las Hurdes y conocer la capital del Reino.

El tabernero les llevó el vino y Cristo se encendió un cigarrillo. Ofreció al doctor, que negó con la cabeza.

—Dígame, ¿qué tal va su herida? —preguntó.

Cristo volvió a levantarse del asiento y se levantó a su vez la camisa, mostrando la cicatriz de la puñalada en su costado. Todavía estaba cubierta de una costra rojiza, pero no había rastro de infección.

—Ya lo ve usted, bien hermosa ha quedado. Una más para la colección.

—A este paso, va a pasar usted de ser un Cristo resucitado a un eccehomo.

Cristo se sentó de nuevo y, tras dar un trago largo de vino, preguntó:

—¿Ha vuelto a saber algo de la condesa?

—¿De doña Rocío? Pues no. Creo que no estuvo en Las Hurdes cuando recibimos al rey. O por lo menos yo no la vi. Diga, ¿al final pasó usted por Coria a visitarla a su vuelta a Madrid?

—No, no lo hice.

Moraleja – Béjar
(febrero – agosto de 2024)

NOTA DEL AUTOR

La niña Francisca Sánchez Sánchez, de doce años, fue asesinada en septiembre de 1920 en el monte conocido como la Corderina, muy próximo a la alquería de Cambroncino, de una manera idéntica a la que es asesinada la niña Augusta Muñoz en esta novela.

El crimen de la Corderina, como se lo denominó en su momento en la prensa, atrajo mucha atención; no era para menos, debido a la violencia inusitada que se empleó y a que el móvil más probable era usar la sangre, las vísceras y la piel de la niña en un ritual de sanación, de acuerdo a los dictados de algún curandero de la zona.

En el diario *La Libertad* del 14 de octubre de 1922, se recogía la siguiente descripción del crimen:

> Muerta la niña y recogida la sangre, desgarró el asesino las miserables ropitas que vestía la pobre hurdanita y realizó las crueles y macabras operaciones siguientes: seccionó los tejidos blandos en la parte alta del esternón, siguió cortando alrededor de los dos pechos y hasta llegar al vientre bajo, separando un brazo, en forma de cruz, de la piel y todos los tejidos, hasta dejar al descubierto las vísceras de ambas cavidades, tórax y vientre; este trozo del cadáver de la infeliz niña tiene 46 centímetros de largo, 17 centímetros de ancho en la parte de los pechos y 17 centímetros la tira larga.
>
> Después, el salvaje asesino seccionó las costillas en su unión con el esternón, abrió el cadáver violentamente, fracturando las costillas cuarta y quinta del lado derecho y la quinta del izquierdo; cogió la tráquea y el esófago, los seccionó y arrancó todas las vísceras del pecho y del vientre, colocando todo en un lecho de ramas de brezos y madroñeras; separó el corazón, los riñones, un trozo del pulmón izquierdo y parte del intestino delgado; todo esto, el trozo ya citado en forma de cruz y la sangre se lo llevó el asesino, dejando lo demás allí abandonado con el cadáver.

Las crónicas del suceso no escatimaban en detalles, como se puede apreciar, y esa cruel precisión iba acompañada a menudo de titulares abiertamente amarillistas. Por ejemplo, el diario *El Liberal*, de 23 de septiembre de 1920, empleaba el siguiente titular para referirse al crimen: «El salvajismo en Las Hurdes. Un bebedor de sangre».

Sin embargo, más allá de ese «salvajismo» y ese ensañamiento con la víctima, el crimen de la Corderina resulta especialmente relevante por dos motivos: el primero, porque el suceso ocurrió en un territorio señalado desde hace siglos por una Leyenda Negra, como son Las Hurdes; el segundo, porque ocurrió en un período en el que en España se vivía una verdadera psicosis con el fenómeno de los raptos y asesinatos de niños, ya fuera por motivaciones esotéricas, como usar partes de sus cuerpos para la sanación de enfermos, o por otras quizá aún más oscuras, como las relacionadas con los abusos sexuales.

En cuanto a la Leyenda Negra de Las Hurdes, si bien no está del todo claro cuándo o por qué se originó, esta tuvo su primera plasmación textual en la comedia de Lope de Vega *Las Batuecas del Duque de Alba*, escrita con anterioridad a 1600, donde ya los hurdanos y batuecos eran representados como seres primitivos, aislados de la civilización. Lope de Vega vivió algunos años en Alba de Tormes, en Salamanca, como parte de la camarilla del quinto duque de Alba, y posiblemente fuera allí donde tuvo contacto con los fantasiosos rumores que ya correrían de boca en boca acerca de la comarca.

Durante los siglos siguientes, la Leyenda Negra de Las Hurdes no varió sustancialmente: hasta comienzos del siglo XX, sus habitantes fueron considerados por muchos una raza degenerada, sin escatimarse en apelativos despectivos hacia los hurdanos, y Las Hurdes y su miseria atávica, una deshonra para la nación española.

En ese contexto, la celebración en Plasencia, en 1908, del Congreso Nacional de Hurdanófilos supuso la primera llamada de atención sobre la situación de abandono de la comarca; por primera vez, se solicitó públicamente la intervención del Gobierno para la mejora de las condiciones de vida de los hurdanos, apelando a razonamientos médicos, humanitarios y hasta religiosos.

En las décadas inmediatamente posteriores, hubo un buen número de intelectuales que, desde una u otra perspectiva, y con mayor o menor acierto —o con mayor o menor implicación personal y académica—, se aproximaron a la cuestión hurdana. Lo hicieron, por ejemplo, Marcos Rafael Blanco Belmonte, Miguel de Unamuno o Maurice Legendre. Este último fue el autor del célebre libro *Las Hurdes: Estudio de geografía humana*, que, incomprensiblemente, no fue traducido al castellano hasta el año 2006, a pesar de que fue la inspiración para que Luis Buñuel viajara a Las Hurdes a rodar su documental en 1933. De esto hablaré enseguida.

En 1922, dos años después del crimen de la Corderina, Las Hurdes se convirtieron repentinamente en el centro del debate público nacional. Su situación se trató incluso en el Congreso de los Diputados como consecuencia, sobre todo, del activismo del doctor Gregorio Marañón, persona de confianza del rey Alfonso XIII y quien fue determinante para que el monarca decidiera viajar a la comarca en junio de aquel mismo año.

En mi novela hago coincidir estos dos sucesos históricos: el crimen de la Corderina —cuya fecha traslado del año 1920 a 1922— y el viaje de Alfonso XIII, fabulando con absoluta libertad sobre ambos.

En torno al viaje del rey a Las Hurdes se ha publicado y opinado tanto —¿fue un acto de humanidad, de propaganda?— que resultaría redundante añadir cualquier información aquí.

Del mismo modo, resultaría redundante ahondar aquí en otro de los hitos de la historia de la comarca y de su Leyenda Negra, el cual tuvo lugar trece años después del crimen y once años después de la visita del rey, y que ya he mencionado ya un poco más arriba: el rodaje en 1933 del documental *Las Hurdes, tierra sin pan*, de Luis Buñuel. Solo quiero apuntar que la misma polémica desatada tras el estreno de la película, que fue considerada por muchos como exagerada o tendenciosa, cuando no una simple obra de ficción, sigue vigente hoy entre hurdanófilos y vecinos de la comarca.

Así, el crimen de la Corderina —el cual incluso tuvo su adaptación literaria en un relato de 1925 titulado *La pobre niña hurdana*, posteriormente ampliado a novela, del escritor pacense hoy casi olvidado Severo Ramos Almodóvar— formaría parte de una Leyenda

Negra que, como puede verse, todavía tuvo un largo recorrido en los años posteriores hasta su completa desaparición ya en nuestros días, salvo en su vertiente histórica, ficcional o incluso turística.

El segundo motivo por el que el crimen de la Corderina resultaría relevante, ya lo he dicho, fue por haber tenido lugar en unas fechas, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, en que la sociedad española estaba conmocionada por lo que entonces se podía considerar una verdadera lacra social: los raptos y asesinatos de menores; por ponerlo en perspectiva, el temido sacamantecas u hombre del saco estaba convertido en personaje folklórico en España desde mucho antes de que Jack el Destripador saltara a la fama en Inglaterra. Al sacamantecas originario, Manuel Blanco Romasanta —el hombre lobo de Allariz—, le sucedieron otros asesinos en serie también célebres, aunque no necesariamente de niños, los cuales recibieron a su vez ese sobrenombre, como el alavés Juan Díaz de Garayo. Sin embargo, hubo dos sucesos concretos en las primeras décadas del siglo pasado que terminaron de perfilar en el inconsciente colectivo la figura del asesino que mata a niños para traficar con sus cuerpos y elaborar remedios para enfermedades usando su sebo, su sangre, su piel o sus vísceras: uno fue el crimen de Gádor, en Almería, y otro fue el caso de Enriqueta Martí, la conocida como la Vampiresa del Raval. En ciertos pasajes de esta misma novela me refiero a ambos, de ahí que no considere necesario detallarlos aquí.

Al contrario que en estos dos casos, eso sí, en el crimen de la Corderina, pese a que al parecer se llegó a detener a «todos los curanderos de la región» (diario *La Libertad*, 14 de octubre de 1920), jamás se averiguó quién estaba detrás del crimen; quién fue la mano ejecutora —el matarife, sacamantecas o «tío del unto»—; o quién fue el instigador o instigadora, si acaso eran personas distintas. Posiblemente por esta razón, al no haber juicio ni condena, el crimen cayó en el olvido poco después, perviviendo solo en la memoria de los vecinos de la comarca.

Cinco años antes del crimen de la Corderina, en 1915, había tenido lugar otro crimen horroroso muy cerca de allí, en la finca de Malladas de Moraleja. Entre las cinco víctimas muertas a hachazos

hubo dos niñas de doce años; uno de los supervivientes, herido de gravedad, era un niño de cinco. Al crimen de Malladas, su proceso judicial y todas sus ramificaciones posteriores le dediqué mi anterior libro. El crimen de Malladas no tuvo un móvil similar al de la Corderina, pero no voy a esconder que ese crimen también me sirvió de inspiración para el presente libro. Al cabo, se trata de dos crímenes atroces que quedaron sin resolver, ocurridos en la misma época y en la misma zona: el norte de la provincia de Cáceres, donde, por cierto, yo mismo me crie y donde todavía resido.

También en el norte de la provincia de Cáceres, en el municipio de Acehúche, murió otra niña de manera misteriosa en 1925, solo cinco años después del crimen de la Corderina y diez años después del crimen de Malladas. La niña tenía dos años y el caso tampoco fue resuelto satisfactoriamente: en la prensa de la época se habló otra vez de curanderos y vampiros, y aunque se dictaminó que la niña murió de hambre al extraviarse y que fueron unos perros o bestias salvajes los que destrozaron sus restos, el suceso jamás se esclareció del todo.

El clima de miedo instalado en España por el alto número de raptos y asesinatos de menores a comienzos del siglo XX era tal que hasta un autor vanguardista y conocido por su humorismo como Ramón Gómez de la Serna llegó a publicar en prensa, en 1926, un relato titulado *El sacamantecas*, inspirado por un suceso ocurrido en aquellos días en Madrid. Con esto basta para hacernos una idea de la magnitud del problema.

El crimen de la Corderina, en definitiva, no fue anecdótico. Fue un suceso que solo se puede comprender de manera adecuada considerándolo dentro de los parámetros de su época. Una época ya felizmente superada. Lo mismo que la Leyenda Negra hurdana.

Las Hurdes todavía son un territorio remoto y desconocido para la mayoría. Un territorio de leyenda habitado por brujas, duendes o diablos, pero únicamente en fechas señaladas, como en su famoso carnaval. Por cierto, algunas de las leyendas hurdanas más famosas, como el Niño Blanco o el Machu Lanú, aparecen citadas u homenajeadas discretamente en esta novela, algo de lo que más de un lector avispado ya se habrá percatado.

Las Hurdes, en definitiva, son hoy una comarca dinámica, alegre y acogedora. Su Leyenda Negra ya solo es materia para los libros de historia.

Y para los de ficción, como este.

AGRADECIMIENTOS

A mi editor, Gregori Dolz, y a todo el equipo de Alrevés, por su confianza y porque llevan muchos años trabajando duro por que mis libros lleguen a los lectores en las mejores condiciones.

A mis lectores cero, José María Brull Calbet, Felipe Rodríguez Pérez y María Frisa, por su tiempo y sus consejos.